

Nuestra Bandera

Alternativas económicas desde la izquierda

**Mutaciones del mercado y del Estado,
y construcción de un nuevo
concepto de política económica**

Philippe Herzog

La sociedad de *mejorvivir*

Tomás R. Villasante

Reforma ecológica de la economía

Presidencia del PDS

**La izquierda ante el ocaso
del neoliberalismo**

Jesús Albarracín

**Alternativas económicas de la izquierda:
algunas cuestiones para un debate**

Miren Etxezarreta

NUESTROS CLÁSICOS:

La actualidad de Robespierre
Gabriel Fernández



uto?ías

Nuestra Bandera

UNIVERSIDAD

Facultad de Educación

REVISTA DE DEBATE
POLÍTICO Y TEÓRICO
EDITADA POR EL
PARTIDO COMUNISTA
DE ESPAÑA

DIRECTOR
Pedro Marset

REDACTOR JEFE
Vicente Romano

CONSEJO DE REDACCION

A. López Salinas
Gerardo del Val
Salvador Jové
Manuel Monereo
Juan Trías
J. M. Laso Prieto
Manuel Ballesteros
Rafael Huertas
Rafael Jerez

REDACCION Y ADMINISTRACION
c/Marques de Monteaquedo, 8
28028 Madrid
Tfno.: 91/ 356 98 07

DISEÑO, REALIZACION Y PRODUCCION
Contrastes, diseño gráfico S.L.
c/Duque de Alba, 13
Tfno.: 91/369 13 39

IMPRESION
Maralpa, S.A.
c/Juan Zofío, 22

DEPOSITO LEGAL
M.20.1666-1977

El interior de esta revista está impreso
sobre papel 100% reciclado

EDITORIAL

Editorial 4

LOS TEMAS DE UTOPIAS:
ALTERNATIVAS ECONÓMICAS
DESDE LA IZQUIERDA

Mutaciones del mercado y del Estado,
y construcción de un nuevo concepto
de política económica

Philippe Herzog 10

La sociedad de *mejorvivir*

Tomás R. Villasante 24

Reforma ecológica de la economía

Presidencia del PDS 39

La izquierda ante el ocaso del neoliberalismo

Jesús Albarracín 52

Alternativas económicas de la izquierda:

Algunas cuestiones para un debate

Miren Etxezarreta 62

CRÍTICA DE LA CULTURA,
CRÍTICA DE LA VIDA COTIDIANA

Ley del tiempo

Mujeres comunistas italianas 68

A DEBATE

El nuevo desorden mundial

Benedict Anderson 80

La historia después del fin de la historia

José María Laso Prieto 91

Anatomía de una mentira

Darío L. Machado Rodríguez 100

NUESTROS CLÁSICOS

La actualidad de Robespierre

Gabriel Fernández 104

A vueltas con los clásicos (II)

Manuel Ballesteros 114

LIBROS

Apple, Freire y Giroux: la educación
escolar como práctica para la libertad
y la democracia radical

Rafael Jerez Mir 118

Utopías

Editorial

La piedra de toque, el momento de la verdad para una propuesta de transformación de la sociedad desde la óptica de la izquierda tiene lugar cuando se es capaz no solamente de explicar e interpretar la naturaleza de la contradictoria situación que la sociedad capitalista produce en las grandes capas de la población, sino cuando se ofrecen alternativas realizables, viables para un funcionamiento y estructura social distintos, encaminados a la satisfacción de las necesidades de la inmensa mayoría, que solucione los problemas presentes y se oriente hacia la superación de orden existente. El hundimiento de la experiencia soviética de planificación y organización socioeconómica centralizada, después de 74 años en vigor, y el fracaso de las sucesivas experiencias socialdemócratas en el marco de la sociedad capitalista, en algunos casos con más de 40 años de vigencia plantea de forma inequívoca la necesidad y, en cierta forma, la urgencia de hallar una alternativa al desolador panorama actual.

Los dos modelos de referencia, el de economía centralizada estatalizada y el de Estado del bienestar en el marco capitalista, ofrecen aspectos comunes, así como profundas y evidentes diferencias. Los dos surgen como consecuencia de la presión de las organizaciones populares, de forma revolucionaria el primero en el transcurso de la I Guerra Mundial, y como compromiso entre capital y trabajo el segundo, tras la II Guerra Mundial para evitar la ola revolucionaria; los dos recurren a la intervención del Estado para introducir profundas modificaciones en el ámbito de la producción de mercancías, fijación de precios y salarios, distribución de dichas mercancías, establecimiento de salarios indirectos compensatorios (seguridad social), aunque en el primer caso la propiedad de los medios de producción y del capital (y de la plusvalía) es pública, estatal, y en el segundo continúa dentro de los principios de la economía de mercado, siendo privada la propiedad de los medios de producción, del

Paradoja

capital y sus beneficios; los dos modelos alcanzan en un determinado momento éxitos espectaculares, generando con ello perspectivas de evolución mantenida, estable, de crecimiento indefinido; el fracaso al que abocan ambos modelos socioeconómicos posee fundamentalmente causas internas, ligadas a la misma naturaleza de su éxito, aunque también concurren factores externos no tan directamente dependientes de las condiciones de su desarrollo económico; de esta forma en el primer modelo la adecuación planificada centralmente entre las principales variables del proceso productivo permite rendimientos y eficacias importantes, pero llega un momento en que se convierten en rigideces que distorsionan y hundén el proceso, y en el segundo modelo el compromiso social y política que da pie al Estado de bienestar y a la aplicación de las fórmulas keynesianas permite aumentar los salarios directos e indirectos merced a la introducción acelerada de innovación tecnológica, que posibilita una irreversiblemente creciente producción de mercancías por hora de trabajo, que a su vez lleva al consumo acelerado de productos (con las consecuencias alienantes y esquiladoras que implica), y da lugar a la reducción continua de la masa trabajadora ocupada (paro estructural), y por ello a la disminución de los ingresos fiscales y a la crisis del propio modelo.

No es casual que una consecuencia de este fracaso haya sido en ambos casos el desprestigio de las fuerzas impulsoras, de la izquierda, comunistas y socialistas, de sus valores, y consiguientemente el desarrollo de valores opuestos, individualistas e insolidarios, así como de valores alternativos inicialmente (o a priori) no globalizadores (ecologistas, pacifistas, feministas, etc.). Ello ha ido unido a otra característica común a ambas experiencias, la ausencia de participación, en los sucesivos momentos, mecanismos y fases de funcionamiento del proceso productivo en un sentido amplio, de las fuerzas sociales protagonistas, trabajadores y

población general. No han sido sujeto activo éstas ni por la existencia de disposiciones legales ni por las prácticas sociales de la propiedad de los medios, de los mecanismos de toma de decisión, de los beneficios o consecuencias del proceso productivo, de los procedimientos de planificación local o global, etc. La separación entre población y dirigentes ha sido absoluta. Esa compartimentación, esa división y ausencia de globalidad ha favorecido el desarrollo de prácticas caracterizadas por su corto alcance, llevando en último extremo a la difuminación de los valores solidarios y de corresponsabilidad.

Siempre resulta más sencillo explicar y comprender lo pasado que acertar a establecer propuestas que realmente permitan abrir nuevos caminos. En el caso de la economía está claro que la izquierda no posee en estos momentos una alterna viable ni en España ni en Europa, y también parece claro que las condiciones actuales no son precisamente las más favorables para formular tales alternativas: auge del pensamiento conservador, privatizador, desprestigio de lo público, hegemonía de los valores individualistas, «solidez» de las grandes estructuras capitalistas con sus diversas multinacionales, pragmatismo de parte importante de las fuerzas sociales de progreso que afirman imposibilidad de revoluciones en el panorama europeo («la única revolución pendiente es la fiscal») y postulan la ineludibilidad de la colaboración (pactos) con el capitalismo «de rostro humano» liderado por Alemania (en posición a un capitalismo de rostro salvaje norteamericano, !!)

Sin embargo, las dificultades no exoneran de la necesidad de avanzar en la búsqueda de una alternativa que permita la radical transformación de la realidad. Para fuerzas como el PCE esta convicción desea ir unida a la reflexión y apreciación de todas las iniciativas teóricas y prácticas que permitan construir tal propuesta. Parece evidente que los ingredientes que se desprenden del análisis somero señalado anteriormente indican que la

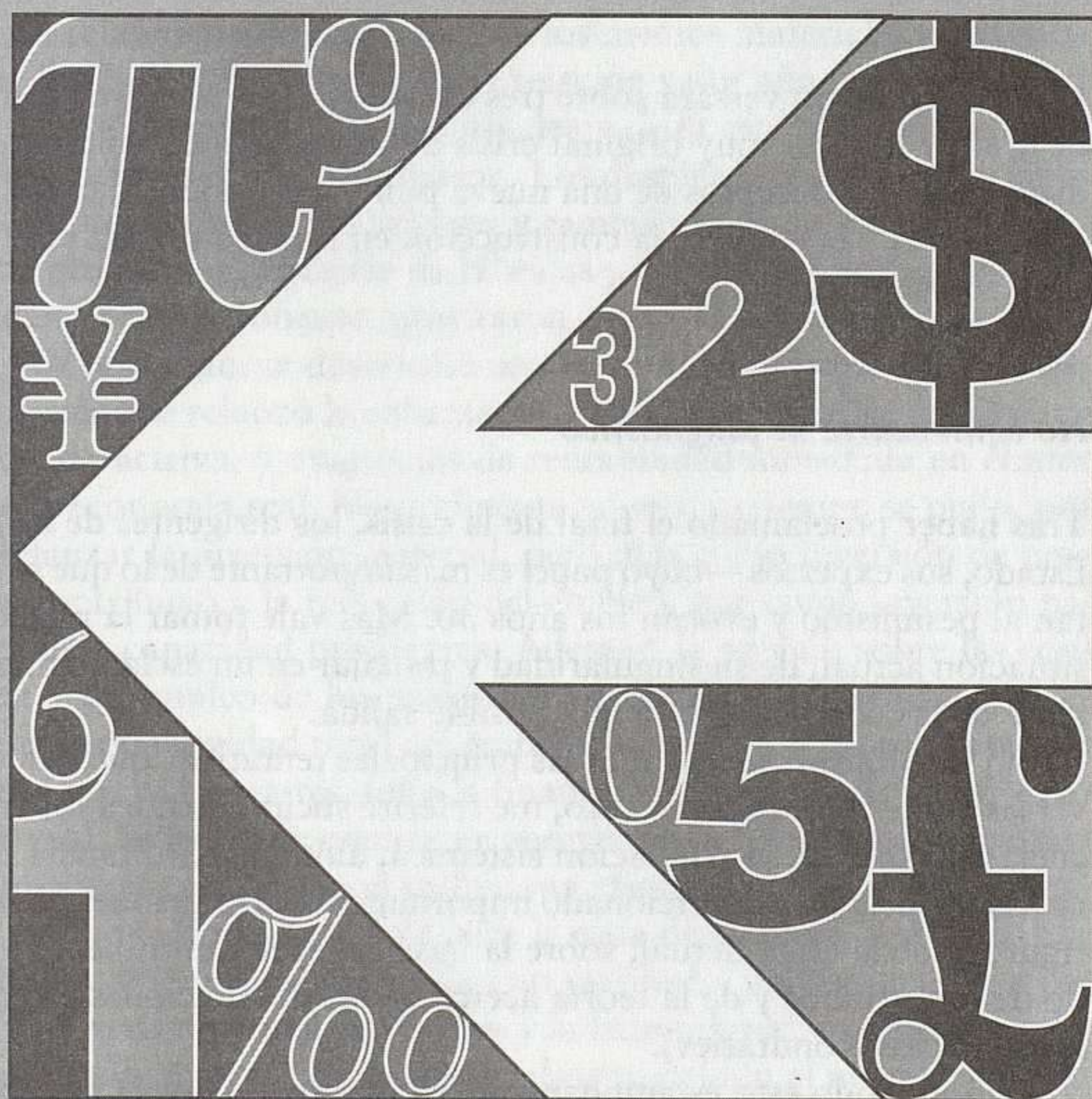
alternativa ha de recoger como componentes necesarios: la participación plena y democrática, la modificación de las relaciones de propiedad de los medios de producción (y del capital) en un sentido colectivo, social, la integración de las aportaciones de la investigación y de la cultura, la planificación democrática, la primacía paulatina de lo público frente a lo privado, la identificación y evaluación de las necesidades de la inmensa mayoría de la población y la adecuación a ellas de los mecanismos y objetivos de la producción de mercancías, y fundamentalmente la creación de valores diferentes a los actualmente predominantes que den sentido, permitan y justifiquen la creación y desarrollo de alternativas socioeconómicas que se perciban claramente como contrapuestas a las dimanantes de la lógica capitalista.

Se trata, es verdad, de configurar valores alternativos, distintos a los vigentes que sirvan de base para instaurar en su seno todas las actividades que dibujan una alternativa económica. Pero también es cierto que no consiste en un acto de voluntarismo ético, sino que debe constituir un todo con el conjunto de procesos que dan lugar a la satisfacción de las necesidades de la población de forma eficaz y eficiente, percibida como mejor a la que ofrece el capitalismo. Esta propuesta ha de ser viable, compatible en un cierto período con la hegemonía del capitalismo, pero consciente de que en última instancia constituye una lucha por la hegemonía social, cultural y política, en la que se usan todos los recursos disponibles para modificar los términos de la relación. Y por último parece evidente que la alternativa no puede ser cuestión de iniciativas cupulares, iluminadas, que ha de ser simultánea en un ámbito geopolítico amplio y a través de expresiones múltiples, no limitadas a un tipo de mercancías, descansar en organizaciones sociales de mayor envergadura que la meramente productiva e incorporar el respeto a la naturaleza como un valor intrínseco.

Este número de *Nuestra Bandera* sale a la luz precisamente cuando en el seno de la Izquierda Unida se está debatiendo, como fruto de la *Convocatoria para la Regeneración* y de la *Convocatoria para la Construcción de la Alternativa* un conjunto de propuestas tendentes a la superación de la actual situación política, social, económica y cultural. Tras un imprescindible contacto y enriquecimiento con las organizaciones sociales de distinta índole a lo largo y ancho de la geografía española, estas propuestas van a constituir el programa de trabajo que con o sin elecciones deben permitir recuperar el protagonismo de los valores característicos de la izquierda: la solidaridad, la ética, la planificación democrática, la corresponsabilidad, la austeridad.

La empresa es, como se ve y se sabe, ingente, pero no deja de ser cierto que la crítica del pasado obliga a comenzar desde abajo, que no es lo mismo que desde cero, con los valores y anhelos que posibilitaron las experiencias realizadas, pero también con la convicción de que quien debe protagonizar conscientemente la marcha de la historia es la sociedad en su conjunto, y no una parte o «vanguardia» de la misma. ■

ALTERNATIVAS ECONOMICAS DESDE LA IZQUIERDA



LOS
TEMAS
DE
uto?ias



ALTERNATIVAS
ECONOMICAS

Mutaciones del mercado y del Estado, y construcción de un nuevo concepto de política económica

Philippe Herzog

Mi comunicación versará sobre tres cuestiones que se entrelazan: el diagnóstico de la muy grave y muy original crisis del sistema económico mundial; las condiciones y los conceptos de una nueva política económica, capaz de estimular el crecimiento y el empleo; la construcción en Europa de una comunidad de cooperación sin dominación.

No equivocarse de diagnóstico

Tras haber proclamado el final de la crisis, los dirigentes de las empresas y del Estado, sus expertos —cuyo papel es más importante de lo que se cree— se orientan al pesimismo y evocan los años 30. Más vale tomar la medida precisa de la situación actual, de su singularidad y trabajar en un esclarecimiento teórico potente de las condiciones de una posible salida.

Sin intentar presentar aquí las principales tentativas que han emanado de diversas escuelas de pensamiento, me referiré sucintamente a los trabajos de la escuela marxista de la regulación sistémica, animada en Francia por Paul Boccard. Esa escuela ha proporcionado importantes contribuciones para un diagnóstico riguroso de la crisis actual, sobre la base del redescubrimiento y vasto desarrollo de los estudios y de la teoría acerca de las fluctuaciones cíclicas de largo período (ciclos Kondratiev).

Aunque todo esto es ampliamente escamoteado por la ideología dominante, es difícil negar que una sobreacumulación de capital gravita a escala mundial, por las enormes exigencias de rentabilidad que de ella se derivan, sobre las condiciones de vida de los asalariados, de la población y del empleo.

¿De dónde procede todo esto? Del período de auge de la posguerra, asentado en su momento en profundas reformas de estructura, determinadas por los avances del sector público y del derecho social, y estimuladas también por un comienzo de incremento demográfico. Dos presiones conjuntas contribuyeron a desarrollar las tensiones sobre la tasa de beneficio en los años sesenta. Por un lado, la elevación de la relación capital/producto, medida en precios constantes

y ligada a los excesos de la sustitución máquina-hombres, sobre la base del sistema técnico de la posguerra; por otro lado, el descenso de la relación población activa disponible/población inactiva, que contribuyó a un estrechamiento de la relación del beneficio respecto al valor añadido. Las dificultades para elevar la tasa de beneficio, en el momento en que se acumulaba el capital material y financiero, en particular en el seno de grupos que se transnacionalizaban y se hacían gigantes y en el seno también del sistema financiero, trajeron consigo una «gran inflación», que permitió la elevación malsana de la tasa nominal de beneficio.

La fase de dificultades, digamos de crisis duradera, empezó a la vuelta de los años 60-70. Tuvo lugar entonces una espectacular recuperación de la tasa de beneficio, apoyada, en particular durante los ochenta, en dos nuevas condiciones: alza de la relación población activa/inactiva, que favoreció el alza considerable de la relación beneficio/valor añadido e innovaciones tecnológicas excepcionales, de las que hablaremos y que suscitaron el establecimiento de un nuevo sistema técnico, que relativamente economizaba los medios materiales y permitía un alza, aunque limitada y no general, de la relación valor añadido/capital.

Pero tales esfuerzos para salir de la crisis, lejos de la esperada salida, desarrollaron círculos viciosos que la acentuaron. Los despidos, el alto nivel y el ascenso del paro, la presión sobre los salarios y también el frenazo en la demanda de medios de producción, el cierre de fábricas y otras desvalorizaciones del capital, las tendencias deflacionistas, gravitaron contra el crecimiento de la demanda global. Por otro lado, se desarrolló una formidable hinchazón financiera, verdadero cáncer que relanzó la sobreacumulación de capital financiero, en especial de la deuda activa, y exigencias de rentabilidad inmediata en contra del empleo y de la economía real. Naturalmente, al mismo tiempo se pudo, por un momento, relanzar la inversión material, pero más como inversión de productividad, que contribuyó a la reducción del empleo, que como inversión para el desarrollo de la capacidad productiva. Además, la presión sobre las condiciones de vida y de empleo de los asalariados engendró dificultades para el crecimiento de la productividad total del trabajo humano. En un momento en que el dinero está por todas partes, falta la financiación para la actividad y para el progreso social. Se habló de escasez de ahorro. De hecho, la masa de dinero que se acumula y que circula no se utiliza con eficacia; no genera valor añadido global ni valor añadido disponible para la vida de la gente. Así pues, hay a la vez necesidades de financiación masiva no satisfecha y tasas de interés sobrevaloradas. A fuerza de erosionar el empleo y la base salarial, lo financiero devora lo real. Resultado, también hay falta de ahorro, debido al nivel insuficiente de los salarios y a la crisis del empleo.

En relación con la recuperación de la inversión, períodos de recuperación en el crecimiento de los mercados pudieron tener lugar en este contexto de crisis duradera. Así es como la demanda de los países en vías de desarrollo, en los años 70, y la de los EE. UU. en los 80, contribuyeron al crecimiento del mercado mundial. Pero sorprende observar cómo la venta de los productos se hizo a crédito, acompañándose de una excesiva acumulación de deuda activa que, finalmente, creó las condiciones de una recaída. La dimensión financiera de la coyuntura de recesión, o de muy débil crecimiento, en los años 90-92, y de la que no se logra



ALTERNATIVAS
ECONOMICAS



ALTERNATIVAS ECONOMICAS

salir, es sobrecogedora. Se ha visto a los estados y a su enorme maquinaria financiera pública impedir la caída en una depresión real, cuando el crack bursátil de 1987, y cómo consiguieron relanzar el proceso con créditos, pero ya estamos otra vez hundidos en los excesos bursátiles y en el sobreendeudamiento. Con nuevas dimensiones, el sector bancario ha superprestado y abandonado la producción; los déficits y las deudas públicas han crecido; el presupuesto y el crédito público son absorbidos para impedir el desplome del mercado financiero. Coexisten un exceso de crédito especulativo y la deflación del crédito (crédito crunch) para la actividad real. Como el consumo y la inversión están tocados del ala, hay un enorme problema de mercado.

El desarrollo de esta crisis interviene en condiciones sociodemográficas, tecnológicas y financieras, enteramente nuevas, que le confieren una radical originalidad. Explosión del crecimiento demográfico en el Tercer mundo, de un lado, que exige equipo para las poblaciones e industrialización; ascenso irreversible del trabajo de las mujeres, de la demanda de educación, envejecimiento demográfico en las sociedades capitalistas desarrolladas, de un lado, que se acompaña del rápido progreso de los servicios. Este movimiento trae consigo una exigencia masiva de creación de puestos de trabajo, enormes necesidades de financiación y, por tanto, de creación de valor añadido, y el ascenso de las aspiraciones a un trabajo más rico, y a disponer de tiempo para sí mismo y para el despliegue de las capacidades en el trabajo y en todo tipo de actividad.

Al mismo tiempo vivimos los comienzos de una revolución informacional que acompaña y sobrepasa la revolución industrial, todavía inacabada. No sólo se trata de reemplazar la mano del hombre por la herramienta, sino de sustituir ciertas operaciones del cerebro por el ordenador. Con la revolución industrial cierta descalificación del trabajo manual acompañó al desarrollo de la máquina. Pero hoy, por el contrario, la informática supone un salto adelante de las capacidades humanas de arriba abajo de la producción. Pues para concebir y fabricar ciertos productos o servicios hay que ser capaz de apropiarse de la información y de comunicarla, y el despacho de productos modernos y complejos supone también el desarrollo de los servicios, de las redes y de la calificación de la población.

Las actividades y tecnologías informacionales hacen posible un descenso duradero de la relación capital/producto en los países desarrollados, y ésta tendería a reducir la parte necesaria del beneficio en el valor añadido. Pero ¿qué condiciones de productividad y de despacho se necesitan para que todo esto sea compatible con las necesidades del empleo y con las demás demandas sociales?

Todo ello supone que tiende a predominar un nuevo tipo de crecimiento de la productividad. La carrera tras la productividad aparente del trabajo (reemplazar el hombre por la máquina) lleva consigo el desgaste del hombre (y de los recursos naturales) y va acompañada de un derroche o una subutilización del equipo. La productividad total del trabajo mide mejor la productividad efectiva (producción/gasto total en trabajo presente y pasado, no sólo en trabajo directo). Si se desarrollasen mejor las capacidades humanas, se podrían concebir y utilizar mejor los equipos (el gasto para el hombre condiciona la economía relativa en costos materiales), y acrecer la productividad total.

Por otra parte, el desarrollo de las poblaciones sin exclusivas permitiría elevar, a la vez, la oferta y la demanda globales. Pero eso exige financiación masiva para la investigación y la formación, redes y tiempo libre. Es pues necesario poder acrecentar el valor añadido disponible en la producción y los servicios, es decir, el valor añadido menos las inversiones materiales y financieras necesarias.

El imperativo ecológico es coherente con todas estas consideraciones: desarrollar al hombre y economizar medios materiales, esto condiciona el reciclaje y la regeneración de los recursos naturales.

Como en cualquier contexto de crisis duradera, hoy se plantea la cuestión de nuevas estructuras que permitan e inciten al predominio de nuevas condiciones de crecimiento. Y como siempre, las antiguas estructuras son un elemento de bloqueo.

La financiación pública y el desarrollo del sector público permitieron salir de la crisis entre las dos guerras. Hoy la ineficacia de estas estructuras presta su flanco a la privatización, que es un factor que acentúa la crisis. El rápido crecimiento del mercado financiero en los años 80, al favorecer la acumulación a escala mundial, refuerza las exigencias a corto plazo propias de la rentabilidad financiera en detrimento de la población. La intervención pública permite impedir la recesión, pero mantiene los círculos viciosos del paro y de un crecimiento débil; como ya he evocado, el crecimiento financiera pública, el recurso de los estados al mercado financiero y toda la ayuda pública que los acompaña se contraponen a la desvalorización del capital sobreacumulado.

Es en este cuadro donde pueden interpretarse los círculos viciosos de la política económica que hoy se practica en los países de Europa.

La política dicha de «desinflación competitiva», conjuga la deflación salarial y la inflación especulativa y financiera. La débil alza de los precios y el mantenimiento de la paridad de la moneda nacional en un país como Francia han permitido enmascarar la gravedad del ascenso del paro, la debilidad del desarrollo de las capacidades productivas y la crisis de la eficacia, que se mide en la baja de la relación valor añadido/capital material y financiero.

La búsqueda de sistemas de cooperación internacional es una de las apuestas estructurales y esenciales para la salida de la crisis. Pero la arquitectura y los criterios del marco comunitario actualmente no ofrecen las condiciones de un nuevo crecimiento. El sistema monetario europeo ha permitido, por cierto tiempo, una mejor estabilización de las monedas y evitado la guerra estéril de las «devaluaciones competitivas»; pero ha actuado de manera asimétrica. El fuerte (Alemania) ha exportado las tendencias inflacionistas e impuesto políticas más deflacionistas entre los débiles. A escala mundial, como en Europa, los estados rivales sólo cooperan con la preocupación de reforzar las bases de la potencia de los grupos financieros o industriales, que son los «adalides» nacionales, transfiriendo las cargas e imponiendo su dominio a los otros.

La UEM tipo Maastricht no es el cuadro de un nuevo crecimiento ni de un combate contra el paro. Por el contrario es el cuadro que permite proseguir las políticas de «desinflación competitiva». Las políticas de «convergencia» son draconianas (*cfr.* Italia, Gran Bretaña, España misma...). La finalidad de la moneda única es desestabilizadora. Eliminar las especulaciones monetarias con esa moneda única no significa eliminar los desequilibrios reales, puede, al contra-



ALTERNATIVAS
ECONOMICAS



ALTERNATIVAS ECONOMICAS

rio, agravarlos y enmascararlos. En suma, en todo ello hay mayores peligros de exclusiones y de polarizaciones en el espacio comunitario.

El Mercado Unico y el proyecto de moneda única permiten, es cierto, atraer capitales hacia Europa. Ese es, con mucho, el modelo implícito de crecimiento. Y no obstante, a pesar de al menos diez años de bombeo de capitales de todo el mundo, los EE. UU. se encuentran en dificultad aguda y en un ocaso ya iniciado. No basta disponer de capitales, hay que utilizarlos bien. Si Europa acepta la guerra económica sin impugnar los privilegios del dólar, ¿cómo va a ser portadora de un nuevo crecimiento y de empleo? ¿Cómo abrir mercados en el Sur y en el Este, si Europa es depredadora contra los otros pueblos? Somos importadores netos de ahorro y no redistribuidores de nuestro propio ahorro. Y no abriremos mercados si aquellos a quienes se quiere vender no son capaces de producir para comprar. La guerra económica destruye la capacidad de producción en las regiones y países débiles.

Condiciones y conceptos para una nueva política económica

La crisis social y política que caracteriza la actual coyuntura obliga a enfocar cambios en la política económica. Pero la empresa es ardua y no basta con ajustes de corto alcance.

En EE. UU. Clinton ha sido elegido sobre la base de una promesa que liga más contenido social, más estado y el relanzamiento. Europa, dividida y bloqueada tartamudea: iniciativa de crecimiento, relanzamiento. En Francia los dirigentes no tocan el dogma de la política de «desinflación competitiva». Algunos trampean y, diciendo que esa política ha tenido éxito, hoy podría proyectarse una política de crecimiento, cuando ninguna orientación concreta funda tal afirmación. Otros se lanzan de manera ofensiva en busca de una línea populista y exigen una vuelta del estado en nombre de la exigencia de lo social y del restablecimiento de la nación. Las condiciones de una maduración ideológica todavía no se han reunido, pero la confrontación de ideas, necesaria al esfuerzo de innovación, puede acelerar el movimiento.

Se presiente que la ola neoliberal de los quince últimos años podría comenzar su reflujo. Pero será necesario algo más que el toque de trompetas para que caigan los muros y para hacer otra cosa.

Esa ola tiene fundamentos profundos: en la crisis de estructura se envuelven la crisis del estado y de la financiación pública. Tan verdad es esto, que los (socialdemócratas) que han gobernado y que empezaron con objetivos de progreso social y con la extensión del sector nacionalizado, rápidamente pasaron a la práctica del liberalismo de estado, es decir, al sostén público del mercado financiero y de la acumulación financiera.

No ha de descartarse la perspectiva de nuevas privatizaciones; ese peligro se inscribe en la realidad del ascenso de la deuda pública y de la crisis de eficacia del servicio público.

Superar esta situación exige una renovación cultural de la izquierda. Las culturas comunista y socialdemócrata de antaño son un elemento de bloqueo; es el momento de imprimirles un movimiento en profundidad. Durante mucho tiem-

po la cultura comunista no sólo opuso el estado al mercado, sino también la afirmación de las necesidades sociales a la apropiación efectiva de las apuestas de gestión, y siempre fue alérgica a la imbricación de lo público y de lo privado. Marx, a pesar de toda su ciencia, no pudo desarrollar su teoría hasta el mercado y la gestión. La URSS llevó a la caricatura el estatalismo y la negación del mercado y de los criterios de eficacia.

Los socialdemócratas no se libraron tampoco de esta herencia. Ciertamente, Keynes, que nos impregnó a todos, conjugó la intervención pública y la organización del mercado, por medio de reformas estructurales. Pero el continente sumergido —la gestión de las empresas— no se puso al descubierto. Los socialdemócratas adoptaron lo esencial de la cultura capitalista de la eficacia, entendida en tanto que productividad aparente del trabajo y rentabilidad de los capitales invertidos. Cuando asumieron la gestión en el poder, cultivaron una andadura elitista y rechazaron las aspiraciones a la autogestión.

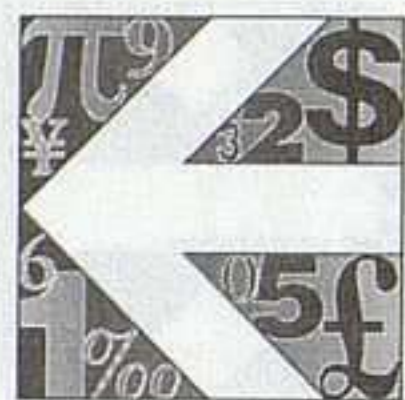
De modo general, el tratamiento de la política económica quedó encerrado en el dilema mercado/estado. Para corregir las taras del mercado, las gentes de izquierda tuvieron la tendencia de intervenir con el estado. El estado era, pues, la garantía de las condiciones del mercado y el estado apoyaba los criterios de rentabilidad capitalista, vigentes en el mercado. Es cierto que pudieron corregirse los estropicios sociales del mercado por la financiación de compensaciones. También se pudo financiar el desarrollo de actividades necesarias no mercantiles (seguridad social, servicios públicos). Pero ese estado hoy ha llegado a sus límites; está sobreendeudado, sus criterios y las estructuras de intervención no se adaptan a los retos de la mundialización o de la revolución tecnológica, en un momento en que tanto el paro como la demanda social son explosivos. Hoy, para cuadrar las cuentas y pagar las cargas financieras, el estado apela a los capitales financieros y abandona la protección de la población. Esta dinámica no puede contrariarse con embrujos.

Mi hipótesis... La intervención de los asalariados y de los pueblos, su innovación cultural y organizativa pueden estar preñadas de un nuevo pleno empleo en una vida más libre y valorizante, con un modelo de producción no «productivista», es decir, economizando capital. La puesta en acción de criterios financieros de eficacia social y de cooperación sin dominación permitiría un relanzamiento logrado de la producción. Una redefinición de la pareja público-privado, tendería a establecer un predominio social, un control social del mercado, y el Estado sería otro, más público, gracias a una irrupción de la democracia directa y de las solidaridades no mercantiles. Volveré sobre estos puntos.

Si el valor trabajo ya no es lo que fue, no es posible negar que el trabajo estructura al hombre y a la sociedad, y el paro los devasta. Por eso la búsqueda de un nuevo pleno empleo debe ser un objetivo social central; incluso la noción clásica de «pleno empleo en una sociedad libre» tiene que metamorfosearse y ampliarse; extenderse a las mujeres y a la población de todo el planeta; metamorfosearse, porque todos aspiran a un trabajo libre, valorizante, en una red de relaciones interactivas, donde la «libertad» no es la de los que deciden frente a ejecutantes flexibles, donde se puede optar por cambiar de empleo, en concordancia con el dominio de una vida total, que facilita el despliegue personal. Si



ALTERNATIVAS
ECONOMICAS



ALTERNATIVAS ECONOMICAS

acortar el tiempo de trabajo es una dimensión indispensable de un trabajo más corto, esa no es la llave para salir del paro; es un proyecto alicorto que no concierne ni al objetivo mismo del trabajo, ni a la división social desigualitaria de calificaciones y funciones. Además, repartir una masa salarial global que implícitamente se supone fija (se tiene en mientes la noción clásica del «fondo de salarios»), pondría en riesgo de acentuar la división de los asalariados, de forzar al trabajo gratuito o negro, y de degradar la eficacia social. Al contrario, un trabajo más libre y bien remunerado, cuyo fin no sea sólo acrecentar el beneficio y el capital, sino el valor añadido disponible para los asalariados y para toda la sociedad, repartir los recursos y los poderes, de modo que cada cual pudiera calificarse y participar en el ejercicio colectivo de las finalidades, y en la gestión de la empresa y más allá, he ahí —a mi entender— la senda real hacia un nuevo pleno empleo. En particular, si el empleo es más eficaz en términos de valor añadido, si, siendo más eficaz la utilización del equipo, la parte del beneficio en el valor añadido puede ser menor, y ya no es «necesario» oponer el salario al empleo; el empleo concurre a la vez a acrecentar la masa salarial y lo que se deduce para la sociedad. El empleo eficaz es el del hombre que ejercita y desarrolla sus capacidades utilizando mejor los equipos y los recursos naturales; o sea, en un modelo de productividad en radical mutación. No habría que matarse unos a otros para devorar la parte del mercado, como hoy con la pareja productividad aparente del trabajo contra el empleo y con la venta contra deuda que se le inflige a otro. Si cada pueblo puede acrecentar el valor añadido disponible y el empleo, la oferta y la demanda aumentan juntas, y es posible una reciprocidad en las aportaciones. Para ayudar a otro a poder reembolsar la compra por la venta de su producto, deben organizarse transferencias eficaces. Estos conceptos, por supuesto, traen consigo mutaciones en el orden del derecho y en el de la organización social y política. El derecho se extiende del empleo a la calificación, a la información y a la participación en las decisiones. El tratamiento del paro por parte del Estado cede el sitio a un tratamiento público del empleo y de su eficacia: definición de responsabilidades sociales de las empresas; solidaridades inter-empresas y servicios para elevar la relación valor añadido/población, y también la de población activa efectiva/población que desea trabajar; organización descentralizada de la inserción de cada uno en el empleo y en la formación. Pero también deben moverse la formación del salario, las deducciones sociales y la arquitectura de la protección social; moverse en el sentido de interesar en el reparto de los recursos disponibles y del control social, para crear empleo y valor añadido elevando la eficacia de los fondos utilizados.

Esto me lleva a la articulación de esta política por el empleo eficaz, a la concepción de la financiación y de la organización del relanzamiento económico. La escuela marxista de la regulación, en la que participo, considera a este respecto crucial la puesta en acción de nuevos criterios de eficacia en la gestión. Se trata del valor añadido disponible, de la elevación del valor añadido en relación con el capital adelantado, etc. Para las decisiones de financiamiento y de las opciones de las inversiones que tienden:

- A la financiación directa del empleo y del desarrollo de las capacidades humanas, sin elitismos ni exclusiones.

- A una economía de los medios materiales y financieros respecto al producto, que permita desprender más recursos para los seres humanos y el reciclaje y la regeneración de los recursos naturales.
- A una cooperación, una solidarización íntima de las actividades humanas y productivas, que impliquen un reparto de los recursos.

Estos criterios no eliminarían los de la rentabilidad capitalista, ligados a la revolución industrial y a la necesidad de acumular medios materiales, pero al estimular la búsqueda de un nuevo modelo de desarrollo entrarían en coexistencia conflictiva con ellos.

¿Cómo conjugar nuevos criterios de gestión global de la financiación y de la producción para un relanzamiento de la economía?

Tras la «desinflación», que globalmente no lo es, ya que tiende a una deflación real haciendo explotar la inflación financiera, es necesaria una deflación real asociada a una desinflación financiera. ¿Cómo hacer cuando las empresas, la banca y el estado dan preferencia al saneamiento de los balances y al desendeudamiento contra todo relanzamiento?, y ¿cómo relanzar de manera que no se hinche el globo especulativo, cuando los que deciden no imaginan más que la extensión de los fondos propios y la compresión salarial?

Financiar la actividad real eficaz y, en particular, el empleo y su calificación, lo que ensancharía conjuntamente la oferta y la demanda; tal es la dirección a seguir. Para ello, combinar la desvalorización de activos sobreacumulados (en consecuencia romper el papel archidominante del mercado financiero), sin provocar una deflación y desarrollar nuevos financiamientos y créditos para un crecimiento sano, socialmente eficaz.

Keynes proponía ya la extensión de los mercados y otro tipo de finanza para un nuevo crecimiento. En su momento, esa ecuación se resolvió por la intervención del Estado. Hoy reclama un control social descentralizado de las opciones financieras y de las inversiones, y también un sistema financiero menos estatal y más público.

Se trata, pues, de mucho más que de quebrar la hinchazón especulativa. Primero transformar las bases del crédito y del dinero. La masa dineraria de las imposiciones líquidas actuales se transformaría en compromisos de financiación a largo plazo para producir mayor valor añadido y empleo. Esto exige una solidaridad banca-instituciones públicas-industria, sobre la base de acuerdos concertados de crecimiento de la producción y de los servicios, con montajes que permitieran reducir los costos materiales y financieros, y asegurar mercados ampliados. Lo que supone un sistema fiscal que incite a producir, a crear valor añadido disponible y que disuada de la especulación y de la acumulación de haberes patrimoniales o financieros excesivos. Esas medidas pueden tener un efecto a la baja en la Bolsa. Para evitar la deflación habría que movilizar liquideces y reservas de las sociedades de seguros y demás instituciones financieras públicas, para ofrecer al mismo tiempo nuevos créditos de tesorería a largo plazo, a interés reducido, que sostengan proyectos viables de creación de empleo, de nuevas producciones, de modernizaciones tecnológicas y de reciclaje y regeneración de los recursos naturales. Esto supone una redefinición de la economía mixta. El sector privado, portador de esos proyectos y criterios, no debe cortarse de lo pri-



ALTERNATIVAS
ECONOMICAS



ALTERNATIVAS ECONOMICAS

vado, sino que, al contrario, debe difundir esa nueva cultura de responsabilidad de las empresas, sean públicas o privadas.

Financiar de otra manera para producir de otra manera. Se dice que como la producción moderna se inscribe en un mercado mundial, la guerra económica es un dato inevitable. Pero la guerra por partes de mercado conduce a terribles fracasos y devasta países enteros. Algunos quieren relanzar la noción de «política industrial», pero su visión se somete totalmente al sostén del grupo de los «campeones» que compiten a muerte; no es un proyecto colectivo que responda a necesidades sociales. Otros, o los mismos, quieren un relanzamiento por la financiación de infraestructuras, pero de no producir de otra manera, eso desembocaría en el fracaso, en un relanzamiento de las deudas sin verdadera dinámica productiva. Ciertamente, las necesidades de infraestructuras y de servicios son masivos, pero son imposibles sin producción, por la simple razón de que la consumen y por sí mismos no constituyen un mercado suficiente y autosostenido.

Es necesario definir una política de desarrollo de la empresa que se base en los servicios eficaces y en una organización social del mercado. Resolver el reto del paso de la investigación a la producción, redefiniendo su papel social (calificación, salud, alimentación, información, trabajo de otro tipo, desarrollo mundial) y organizando el reparto de los costos y la difusión en cooperación para poder producir. En idéntica dirección, ascender río arriba (reparto de los costos para el reciclaje-regeneración), con el fin de resolver el reto ecológico y no acantonarse en el principio el que contamina, lo paga. Dar a la cooperación para producir de otra manera una definición local y regional, y así inculcarla enteramente en las responsabilidades de empresas que eso exige, cooperar para crear mercados. Por ejemplo, en el Este y en el Sur no financiar para privatizar, rentabilizar o destruir, sino establecer una cooperación humana, real y financiera que acreciente la eficacia y las capacidades productivas.

Como se ve son necesarias una responsabilidad social de los grupos multinacionales, una asociación con las pequeñas y medias empresas, una renovación de los servicios públicos. Y esto me lleva al desafío de una nueva economía mixta. La redefinición del papel de los asalariados y de la población está en el centro de esta investigación acerca de otra economía mixta. En nuestra sociedad, es sabido, los papeles están repartidos: unos, la concepción y la gestión; otros, la ejecución y la reivindicación. El derecho y el Estado garantizan la repartición de papeles y las condiciones para tratar los conflictos. La mutación de la sociedad que se produce con los inicios de la revolución informacional reclama el desarrollo de las capacidades humanas. Los intentos por inculcarlas en nuevos modelos de relaciones sociales con frecuencia son un fracaso. Elaborar un nuevo contrato social es un envite revolucionario. Cambiar el trabajo es también cambiar los papeles: cada cual debe poder informarse, formarse y tomar parte en las decisiones. Al hacer esto, el corte entre privado y público estalla. Los privado — respecto a sí— y lo público —delegado hoy al Estado— deben superarse al mismo tiempo; cada individuo debe poder ser libremente capaz de iniciativa pública. No se trata de eliminar los patronos y el Estado, sino de repartir los poderes entre toda la población.

¿Cómo concebir, en esta perspectiva, la renovación del sector y del servicio público? La experiencia francesa de las nacionalizaciones de 1981 es amarga. La

principal lección es que la nacionalización es sin poder social y sin nuevos criterios de gestión no pueden tener éxito, y en lugar de acampar en la indecisión, en la ficción según la que no debe tocarse la frontera entre lo público y lo privado, en un momento en que la privatización avanza en la realidad, conviene enfrentarse con esa frontera. Tradicionalmente el servicio público no mercantil se ha querido aislado del mercado (la educación por ejemplo) y el sector público mercantil ha sido acantonado en el equipamiento de las redes y en el aprovisionamiento de medios materiales poco costosos. Hoy la revolución informacional reclama el desarrollo efectivo de la población, que debe considerarse como la red colectiva fundamental. Lo no mercantil no puede mantenerse aislado del mercado: por ejemplo, un joven formado pero en paro por falta de empleo es intolerable. Y el equipo sin servicio de calidad nueva, proporcionado a todos los usuarios y empresas, es subeficaz. Un vasto desarrollo de lo no mercantil y del servicio público son necesarios, pero con un público que va al mercado y a lo privado, para difundir los objetivos sociales, la ética de la responsabilidad y de la solidaridad, los criterios de eficacia social. La descentralización y la internacionalización indispensables en el sector público se orientarían entonces no a sostener la acumulación del capital y su rentabilidad, sino el desarrollo de la población y de sus capacidades de producir más y mejor.



ALTERNATIVAS
ECONOMICAS

Construcción de espacios de cooperación abiertos para un nuevo crecimiento: el caso de Europa

Para salir de la crisis mundial, una cooperación íntima de los pueblos es necesaria: el dominio tecnológico y financiero necesarios para un nuevo tipo de crecimiento, el desarrollo del Sur y del Este reclaman, es evidente, no sólo iniciativas locales y nacionales, sino su concertación y su solidarización en instituciones comunes al servicio de objetivos comunes.

Nunca se subrayará lo bastante la novedad radical de los problemas que se plantean. Para abordar estas cuestiones llevamos con nosotros una herencia cultural articulada en la pareja mercado-Estado. Pero el mercado hoy es un mercado de paro y no de crecimiento, y el Estado asocia correctivos sociales insuficientes o perversos (que acentúan la precariedad social) al sostén activo de un crecimiento financiero, canceroso. Cierta ciencia ficción ha soñado con un gobierno mundial virtuoso: eso equivale a una delegación extrema de poder y a no afrontar el desafío del control descentralizado del sistema mundial. Mucho más concretamente se aborda ahora el reto de la construcción de zonas de entendimiento y de cooperación entre pueblos que la historia y la geografía han reunido. Pero ¿cuáles son los conceptos de mercado e instituciones vigentes, su eficacia para unir verdaderamente poblaciones, en el respeto de sus diversidades, para un crecimiento real viable, creador de empleo?

Problema central es el de los criterios de cooperación política y económica. ¿Se pretende hacer un bloque, una potencia frente al mundo exterior? Por ejemplo, ¿hay que ir hacia un mundo en el que tres zonas de poder, en torno a los EE. UU., Japón y Europa, formarían bloques rivales pero aliados, que impedirían su dominación a los demás? Es una visión tomada de un pasado retrógado.



ALTERNATIVAS ECONOMICAS

Nosotros queremos un mundo hecho de zonas de entendimiento múltiples o interactivas, que excluyen la dominación sobre los otros. Esto pone ya en tela de juicio una cooperación fundada sobre los modelos del mercado y de la organización política predominantes.

Por ejemplo, fabricar un mercado único y un estado federal en Europa, ir hacia una unicidad que se confunde con la unión, cuando se trata de naciones plurales, es imponer constricciones deflacionistas a las regiones débiles y negar las diferencias. Ratificado o no, el tratado de Maastricht ha empezado mal. La unión política no puede fundarse más que en la adhesión y en la iniciativa de los pueblos mismos, no en la «entente» de estados rivales que intentan exportarle a otro sus problemas. La unión económica y monetaria no puede ponerse al servicio del crecimiento si no en la cooperación, para la puesta en igualdad de nivel de cada región, no en la obligación de alinearse con las condiciones monetarias del más fuerte.

Buscamos, pues, una unión que se funde en la autonomía y en la solidaridad de los europeos en torno a objetivos comunes de progreso social y de cooperación sin dominación. Es un cambio de óptica: Europa será el proyecto de los pueblos o no será. Y ¿en qué fundar la identidad de una pertenencia común, sino en torno a la exigencia social fundamental? Conjugar los esfuerzos hacia un nuevo pleno empleo, para crear más valor añadido, repartiendo costos y organizando los mercados, dentro de Europa y con las poblaciones a la espera del desarrollo, en el Sur, en el Este; he ahí el corazón, hoy ausente, del desafío europeo.

En cuanto a suprimir las fronteras, hay que realzar y reinventar el derecho y la democracia. Pero ¿con qué modelos? Las identidades, las capacidades humanas, el mercado del trabajo, son nacionales en lo esencial. Su internacionalización no es ni espontánea ni rápida, aunque el capital circula a gran velocidad y el comercio salta las fronteras. No hay un modelo único de derecho social en Europa, y es peligroso establecer un derecho mínimo único, que amenaza con desvitalizar los derechos nacionales más elevados. Al contrario, la ayuda mutua para elevar todos los derechos nacionales y establecer derechos comunes cuando eso sea necesario ofrecería magníficos móviles de conquistas sociales y, por tanto, de espíritu comunitario. La libertad de circular y de establecerse es un progreso —en principio, es verdad—, pero no puede realizar lo que promete sin entrelazarse con un derecho de inserción en el empleo, de información y de concertación transfronteriza. Por eso la palanca de la Europa del mañana es establecer la facultad de iniciativa de las poblaciones locales y regionales, de los asalariados de las multinacionales, para forjar y cumplir ellos mismos proyectos comunes, creadores de empleo y de progreso social, lo cual supone también su control de las financiaciones y de su utilización. Estas cooperaciones interregionales e interempresas, al servicio de esquemas de desarrollo creadores de ventajas mutuas, permitirían establecer reglas y objetivos de los servicios y de las redes públicas en el espacio europeo.

Las migraciones de los pueblos que ya han comenzado, refuerzan la exigencia de nuevos modelos de desarrollo. Cuanto más valor añadido se sea capaz de crear, economizando capital, tanto más transferencias eficaces podrán consentirse en favor del crecimiento de la población. Alemania acoge en masa a inmigrantes que llegan del Este; Francia y Europa del sur, en el futuro recibirán inmi-

grados procedentes del mediodía. Los temores, la xenofobia, los desgarros ya están ahí. Un enfoque humanista de la inmigración corresponde a un interés a largo plazo. Pero es necesario controlar un proceso en el que los costos son a corto plazo, mientras que los frutos de la industrialización y de la modernización de los países de origen, así como de su estabilización demográfica son a medio o largo plazo.

La integración de los inmigrados, la aceptación de las diferencias culturales y, en caso posible, su mezcla imponen enormes esfuerzos. El desafío crucial de una cooperación que tienda a permitir que esas poblaciones puedan trabajar y vivir en sus propios países es tanto más urgente. Para esos países se trata menos de enviarnos productos a bajo precio, para pagar su deuda, que de desarrollar un mercado en su propio seno, produciendo con los adelantos de fondos y la anulación de la deuda, que ofrecería una cooperación bien entendida. Los costos reales de ésta deberían repartirse en la Comunidad Europea; repartámonos los costos para la parte Este y su apertura, pero, en compensación, Alemania debe cargar también con los costos de una cooperación masiva con el Sur.

La crisis del estado-nación no sólo se debe a la presión de la mundialización. Los modelos políticos e institucionales están retrasados respecto a la sociedad en la etapa de la revolución informacional. Por ello, transponer a escala europea el antiguo modelo de la pareja estado-mercado no podrá resolver el problema democrático. Al contrario, acentuaría los excesos de la delegación de poderes, las desigualdades y las tensiones de clase. El marco de Maastricht no inicia en manera alguna la superación de los monopolios de decisión, ni de la conflictualidad aguda de los grupos multinacionales y de los estados. Que se razone en términos de cartel de estados, de superestado o de estado plurinacional, se reproducen las mismas dificultades. Es cierto que hay una dimensión estatal e interestatal de la cooperación. Pero para forjar nuevas finalidades sociales y acuerdos de cooperación sin dominación son necesarias conquistas de democracia directa, ejercida por los pueblos y su control sobre los aparatos de estado y sobre los elegidos. En esta óptica trabajamos, no en niveles verticales diferentes, y en fundar también un concepto de subsidiaridad, sino también y, aún más, en construir nuevas instituciones transversales, que permitan la iniciativa de los asalariados y de las poblaciones, desde los dossiers locales, regionales y nacionales, hasta los europeos y mundiales. Esa cooperación directa, de la que los elegidos serían los auxiliares, exige poderes de control sobre el Consejo de los Estados y sobre la Comisión. Todo esto perfila un enfoque confederal interactivo de una Europa no federal ni delegada.

Las finalidades sociales, el método democrático, son la condición para promover nuevos conceptos, un nuevo cuadro para el crecimiento y el empleo en Europa. No volveré sobre el diagnóstico crítico que me lleva a rechazar la aceleración en el cuadro concebido en Maastricht, sino al contrario, a construir nuevas opciones. Y ¿cómo oponer la iniciativa nacional a la europea? El mismo enfoque que arranca de la exigencia social del empleo, de una vida más libre que no excluya a nadie, exige a la vez cambios de la política nacional y de la política, que anima la participación en la construcción de Europa.

Concebir otras finanzas para un crecimiento sano y la creación de empleos nuevos y viables; esto concierne a cada uno de los europeos y a todos en con-



ALTERNATIVAS
ECONOMICAS



ALTERNATIVAS ECONOMICAS

junto. Ya ahora podría cortarse el crédito a la especulación, establecer tasas concertadas sobre el movimiento de capitales, transformar el SME.

Y todo ello en un nuevo tratamiento de la UEM. Debe saltar el presupuesto de una moneda única. Y no se trata de reintroducir la aceptación de una deriva inflacionista y de devaluaciones a repetición. Se trata de establecer la primacía del empleo, la necesidad de una reflación en la cooperación para un crecimiento sano, que implica deflación financiera. Con la moneda única, en 1997-99, los desequilibrios se arreglarían con un paro masivo en las partes más débiles y por el desplazamiento de poblaciones, en una zona en que los desniveles de productividad son masivos también. Las experiencias alemana hoy, italiana ayer, tendrían que ser reflexionadas. Al contrario, hay que explorar seriamente la hipótesis de una moneda común. Esa podría tener una doble definición: ecu corriente (cesta), ecu constante (por referencia real a un poder de compra constante del PIB comunitario). Emitida por un fondo monetario europeo serviría a la vez para proteger las monedas nacionales contra los desórdenes monetarios —siendo las paridades casi fijas, pero ajustables— y para financiar programas comunes de desarrollo, creadores de empleo y concurrentes a una convergencia real de las economías, con una puesta a nivel de las partes más débiles. Sería posible simultáneamente una política de relación del ecu con el dólar y el yen, que implicase el control de los flujos de capitales hacia el exterior. De todos modos, la transformación del SME es un reto ineluctable antes de 1997, de lo contrario se dislocará.

La cuestión del mercado único no está obturada. Su control social, la imposición concertada de las rentas financieras y de los movimientos de capitales, la redefinición de ratios y reglas bancarias, el desarrollo de fondos comunes, los programas de cooperaciones reales, todo esto está por hacer.

Al mismo tiempo, los pueblos del Este de Europa, del Centro y del Sur llaman a la puerta. Ahora bien, los patentes, los riesgos de una Europa construida en círculos concéntricos: un bloque dominado por Alemania, pero una Alemania en crisis; un primer círculo de satélites en el Centro y en el Norte; un segundo círculo, mejicanizado, en el Este. Por ejemplo, el acuerdo que instituía la EEE entre 19 países europeos, con el mercado único extendido, pero sin entrada de los países de la AELE en la unión política, ya es una fuente de paro y de graves tensiones sociales en los países concernidos. Los acuerdos de asociación de la CE con los países del Este acentúan el dumping, que esos países efectúan para abrirse mercados, así como la caída de los cambios Este-Este, la privatización con destrucción y no el desarrollo de las capacidades. Jacques Attali propone establecer un mercado común continental y una confederación panaeuropea. Pero pertenecer a una verdadera confederación no coincide con esperar a la puerta de una Europa del Oeste que forma un bloque. Y en el mercado común, donde existiera un bloque mercado único, el resto sería semicolonial. Para abrir la CEE hay que cambiarla: control social del mercado, enfoque confederal en su seno.

Con el Sur es necesario una asociación íntima de iguales (partenariat), pero ¿cuál? La relación con el Magreb mantiene especializaciones nocivas y carencia de cooperación. Oriente Medio es coto cerrado de los EE. UU. Los acuerdos de Lomé con Africa son cada día más insuficientes e inaptos cara al drama de ese continente. Una Europa adalid de la cooperación, efectiva y masiva, sin tutor americano, no alineada, contribuiría a afrontar el reto de una nueva civilización.

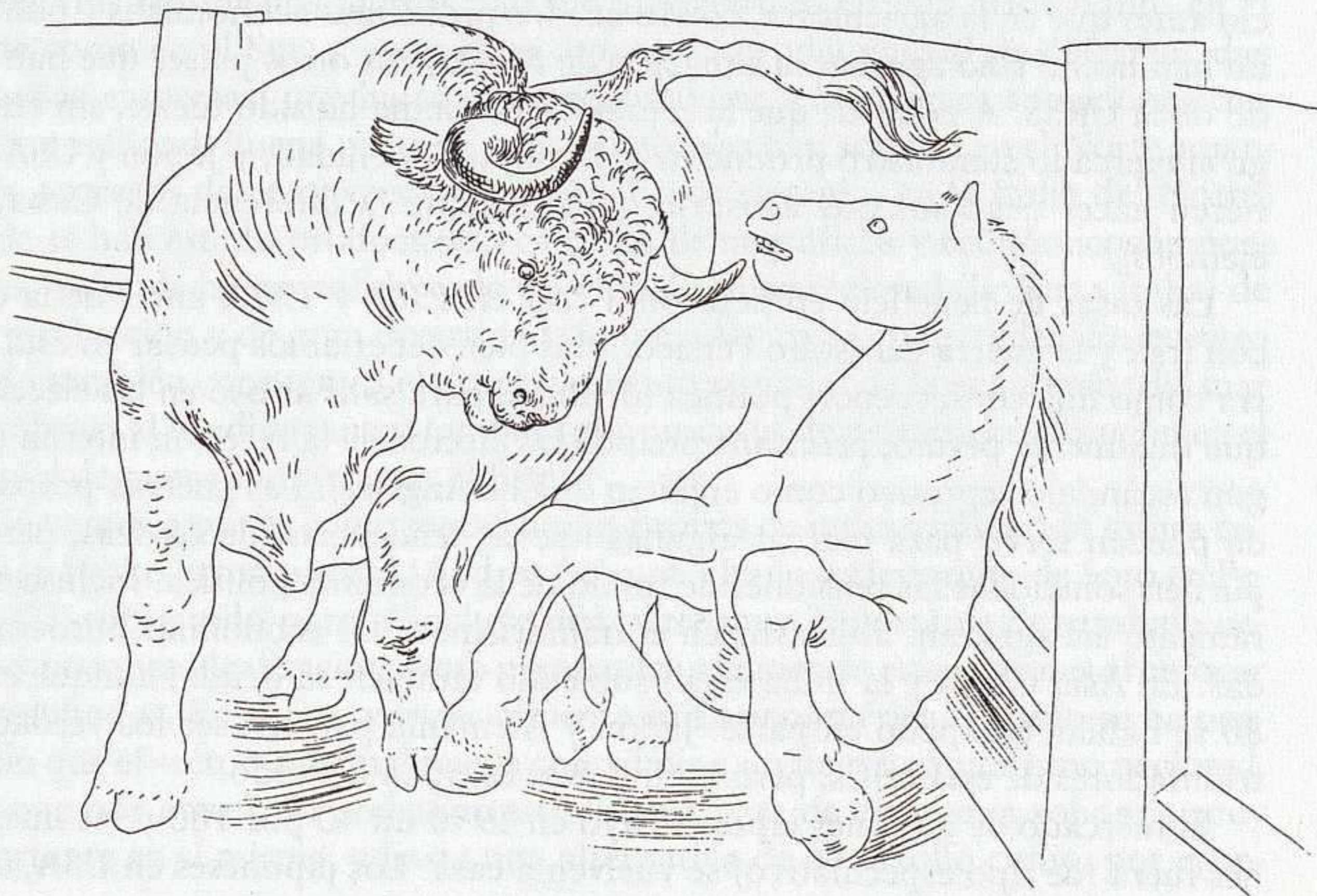
Estas ideas ¿de dónde salen? De una investigación colectiva de más de treinta años, y de luchas sociales y políticas del mismo período. Expresan, por ello, la impaciencia por levantar los bloqueos políticos y culturales que obstaculizan su realización.

No es posible subrayar lo bastante los peligros de la coyuntura actual y de los años 90 que nos esperan; y la necesidad de aportaciones humanistas y progresistas, innovadoras y dinámicas, para construir a largo plazo, pero también para fundar decisiones inmediatas.

La contradicción entre la duración de las mutaciones culturales y la acción inmediata no nos es desconocida. Que se trate de promover un papel nuevo, social y político de los asalariados, sostenido por la conquista de poderes, de establecer un control público sobre la finanza y el aparato del Estado, o de la facultad que los pueblos se otorgarían para organizar sus relaciones internacionales es un proceso revolucionario de varias generaciones. Nuestra esperanza es que, estando la sociedad en mutación potencial mucho más madura de lo que se cree, los primeros pasos en esta dirección son posibles. Por ello concedemos la mayor importancia a la confrontación de ideas, amplia y libre, en el curso de la cual nuestras ideas se fecundarían con las de otros; gran importancia la de beneficiarse con las motivaciones e informaciones de los movimientos sociales. En cuanto al cambio necesario y radical de las concepciones del poder y de los modelos de organización política, implicados en una salida positiva de la crisis, nos esforzamos por provocarlos. Y no es precisamente lo más fácil. ■



ALTERNATIVAS
ECONOMICAS



Toro y caballo, 1927
Pablo Picasso



ALTERNATIVAS
ECONOMICAS

La sociedad de *mejorvivir*

Tomás R. Villasante

En los años 80 los países del Sur y del Este sufrieron una aparatosa derrota económica, que ha situado los problemas mundiales en un nuevo plano de referencias. Tomando datos de A. G. Frank: «En 1990 el ingreso per cápita promedio de América Latina había declinado en un 13 por 100, retrocediendo al nivel de mediados de los 70. En Africa cayó en más del 25 por 100, a los niveles de preindependencia de 1960 (1). Gorbachov en la URSS intentó interpretar los cambios políticos que venían sucediendo en el mundo impulsados por los movimientos sociales de estas décadas pasadas, y responder así a los desafíos económicos de USA. Pero la perestroika se lanzó a la liberalización en la industria y el comercio antes que en la agricultura, con lo que los problemas económicos y políticos no han hecho sino agrabar la situación de Rusia y los otros países que han salido de la URSS. A pesar de que la represión en China ha sido fuerte, sin embargo el mercado suministró productos del campo a la ciudad, y Japón y USA prefieren hacer negocios que acosarla políticamente (a diferencia de Cuba, por ejemplo).

Las tasas de beneficio empezaron a caer en 1989 y 1990, antes de la crisis con Irak y la guerra del Golfo Pérsico. Más bien deberíamos pensar en esta guerra como una consecuencia política (de Bush) para salir airoso en las elecciones que finalmente perdió, precisamente por los efectos de la recesión interna (y algún escándalo represivo como el juicio de Los Angeles). Las guerras-propaganda pueden servir para marcar algunas nuevas tendencias ideológicas, pero no pueden solucionar las tensiones de fondo de la economía política. Incluso seguramente las agravan, al insistir en el militarismo y las economías burocratizadas. En Asia China y la India están subiendo también su deuda, aunque en los 80 se habían escapado en parte. Japón y Alemania parecen ser los verdaderos triunfadores de esta crisis, pero tampoco se escapan del todo.

El mercado de acciones japonés cayó en 1990 un 40 por 100 y las inversiones fuera (de tipo especulativo) se vuelven a casa. Los japoneses en USA, como

(1) André Gunder Frank (1990), «Ironías económicas de la política mundial». CENDES. 15/16. Caracas.

los kuwaities en España, se llevan su dinero y muestran las verdaderas dependencias de nuestras economías. Los alemanes también se ponen a mirar hacia dentro y a reactivar sus políticas proteccionistas ante los graves costos de una reunificación muy acelerada y que no quieren pagar ellos solos. Algunas conclusiones primeras cabe sacar en relación con estos cambios en el imperio del dólar. No se trata sólo de que la URSS haya desaparecido, sino sobre todo de que hay un proceso de nuevas hegemonías sobre otras bases económicas. Los países sin ejércitos (Japón y Alemania), aún con problemas internos, parecen los mejor situados (sobre todo tecnológicamente) para afrontar la nueva competición mundial. Paul Kennedy consiguió un gran éxito con su libro sobre el «Ascenso y caída de las grandes potencias», al relacionar esto con los complejos de expansión militares que no se sostienen en economías mundializadas.

Vamos a hablar de políticas económicas alternativas, pero no queremos caer en utopías absolutas, y por eso es necesario recordar los puntos de referencia actuales. Tanto a escala macroeconómica como en la microeconomía. Entendemos las propuestas que debemos hacer con aquellas concreciones suficientes como para poder basarse en hechos y ejemplos reales que están sucediendo ahora, aunque sea de manera minoritaria. No vamos a inventar algo completamente nuevo, porque eso nos parece menos revolucionario, por irrealizable, que transformar las relaciones vigentes, haciendo que los ejemplos emancipadores minoritarios pasen a ser los dominantes, mientras se suprimen o se trata de controlar los aspectos más negativos de el sistema de acumulación mundial. Pasemos que el planeta está amenazado seriamente por la crisis ecológica, tanto de despilfarro como de recalentamiento global, y que son necesarias medidas urgentes antes que grandes sueños visionarios.

Algunos fenómenos nuevos han ido apareciendo en esta crisis, tanto en el Norte como en el Sur, y entre ellos destaca la productividad de determinadas pequeñas empresas, que han sabido acomodarse a las nuevas situaciones con enorme agilidad. Buena parte de estas economías han surgido en el Norte a partir de procesos de reconversión industrial, por ejemplo, en la Italia del Norte, donde se han estado produciendo cambios demográficos y económicos importantes, y donde ha aparecido todo un modelo supraregional (la Terza Italia) de alta producción y de gran diversidad, frente a las crisis industriales. En nuestro estado también conocemos el desplazamiento regional de la economía (del mar Cantábrico al Mediterráneo) también por procesos de desindustrialización en el Norte y de nueva industria en el Este.

No vamos a poner como modelo tales formas de industrialización difusa como han hecho otros autores (Andrea Saba en «Italia o Hernando de Soto en Perú») (2), sobre todo porque incluye una parte muy importante de «trabajo negro» y no tanta idealización como pretenden algunos de estos autores al enfocar sus resultados. En el Sur, y especialmente en Latinoamérica, no sólo se ha postulado que el sector informal puede contribuir a un nuevo capitalismo nacional, sino que por otro lado podría constituir una base de economía solidaria muy importante en sí misma, y hasta una alternativa de desarrollo como, por ejem-

(2) Andrea Saba (1981), «La industria Subterránea». I. Alfons el Magnanim. Diputación de Valencia.



ALTERNATIVAS
ECONOMICAS



ALTERNATIVAS ECONOMICAS

plo, la experiencia de L. Razetto en Chile (muy citado por otros autores latinoamericanos) (3). No cabe duda que ante los graves procesos de desindustrialización que se viven tanto en regiones enteras del Norte como del Sur, el recurso a empresas que se sitúan en los márgenes de la ley, que son de pocos miembros, incluso familiares, que atienden a unas demandas muy diversas, que se autoexplotan en la jornada laboral, con pocas instalaciones y costos de producción, etc., son efectivamente un recurso de sobrevivencia, con alta productividad. Pero quedan aún bastantes preguntas en el aire.

Los problemas de estas pequeñas empresas están en cómo se insertan en los sistemas tecnológico, financiero y comercial principalmente. Lo cual implica que los aspectos principales de una economía hoy les son ajenos, y que su posición dependiente no permitiría pensar tales experiencias como un modelo autónomo y/o viable. A pesar de lo cual hay elementos positivos a los que se debe prestar atención y ver cuáles otros deben ser superados, para poder integrar tales realidades en cualquier alternativa que quiera tener los pies en el suelo. Los trabajos a tiempos parciales, combinando la artesanía, la agricultura, los servicios turísticos, etc., en unidades territoriales que impliquen menores desplazamientos (barrios o pueblos) son algunos factores interesantes a añadir al alto grado de implicación-productividad conseguido.

Otros autores han abordado este tema completando algunas de las lagunas observadas, por ejemplo, Bagnasco al remarcar la importancia en la Terza Italia del compromiso de los ayuntamientos y de universidades en la realización del modelo de reindustrialización en sus aspectos más emancipadores. Efectivamente, lo que es una salida de sobrevivencia dentro de los parámetros de acumulación del capital no debe confundirse con una alternativa, aunque sí debe ser tenida muy en cuenta. El control financiero de estas economías es un factor decisivo, que se corresponde con la importancia de las finanzas y las deudas (externas e internas) en todas las economías mundiales. Las altas rentabilidades bancarias se apoyan en las altas productividades, tanto de estas economías en sus propios países (hay datos para Catalunya, por ejemplo), como en que los países del Sur se han convertido en exportadores netos de capital hacia el Norte. No sólo la deuda externa, sino también la fuga de capitales, el pago de patentes, la caída de los precios de materias primas, etcétera.

En Latinoamérica un 50 por 100 de la economía puede estar incluida en lo que se suele llamar «sector informal» y que debería ser tenido mucho más en cuenta. Por ejemplo, José Luis Coraggio (4) lo toma como referencia, pero no como Razetto o Hernando de Soto, sino para mostrar cuáles son las idealizaciones en que se puede caer y las necesidades de ampliar esta perspectiva hacia elementos del Estado, Universidades, ONGs, etc. En coherencia con el Fondo Monetario Internacional y otras políticas liberal-productivistas, se plantean políticas para «pobres», para amplios sectores que quedan excluidos del sistema de producción mundial y que no se sabe qué hacer con ellos. Cada vez mayor

(3) Luis Razetto (1990), «Economía popular de solidaridad». Area de Pastoral Social de la Conferencia Episcopal. Santiago de Chile.

(4) J. L. Coraggio (1992), «Economía popular y vivienda». Ponencia del Instituto Fronesis. FLACSO. Ecuador.

número de personas en el mundo no son necesarias para el sistema de acumulación y se las relega a estos mecanismos marginales.

Hay una terrible consecuencia dentro de algunas de estas soluciones, que en ocasiones son incluso bienintencionadas, y es que se crean políticas diferenciales, con cierto corporativismo para los pobres, por un lado, y para los trabajadores fijos, por otro, con lo que a veces se consigue separar en bloques diferentes y hasta contrapuestos los intereses de las clases dominadas. En no pocas ocasiones aparecen conflictos entre sectores dependientes pugnando por las migajas que caen del sistema mundial. Lo que además lleva a pensar alternativas para economías marginales, donde las nuevas tecnologías o los modos ecológicos de vivir bien no son considerados, sino sólo la lógica de la supervivencia.

Alternativas parciales y generalización

Alain Lipietz (5) repasa los distintos modelos que se están experimentando dentro del sistema de acumulación del capital y avanza algunos elementos alternativos, pero usándolos de otra manera. Por ejemplo, cómo la empresa Michelin muestra un ejemplo de «socialismo», pero sólo para su propio beneficio. Es decir, beneficios o ganancias de la productividad son para la empresa. Empresa que ha pactado compromisos de implicación en la producción cediendo en distribución de tiempos. Estamos hablando de los parados que crean su empresa o de los sindicalistas que negocian la reorganización del trabajo del taller, o en la «Emilia-Romagna donde; como decía un investigador italiano: los obreros llegan a ser patronos y los patronos asalariados, sin dejar de ser comunistas», lo que nos devuelve a toda la lógica de la Terza Italia o economías populares más o menos informales y su importancia. Un tema muy importante para pasar de las soluciones en una sola empresa o en un sector marginal a soluciones más ambiciosas es encuadrar estas políticas económicas en territorios de una cierta dimensión ecológica, económica y política. algunas regiones en reconversión industrial han planteado luchas muy duras por la defensa del puesto de trabajo, luchas sindicales defensivas y que se han saldado con bastantes derrotas, frente a gobiernos que se reafirman en su liberal-productivismo. La cuestión no es defender el empleo tal cual, en un mundo en donde las mutaciones van tan rápidas, sino el «derecho a vivir y trabajar en el país», es decir, el crear nuevos empleos, reindustrializar, cursos de capacitación profesional, soluciones ofensivas y no defensivas.

Soluciones de conjunto para toda la población de una región que eviten pactos corporativos parciales, donde los cualificados trabajen a la japonesa y los otros al paro, y donde aparezcan nuevos inmigrantes para el servicio doméstico, mensajeros, trabajos más descalificados, etc. Como nos recuerda A. Lipietz, debemos cambiar, «trabajar menos para trabajar todos» por «trabajar todos para trabajar menos», que es el verdadero objetivo. Según su cálculo, una hora semanal menos de trabajo salvaría en Francia 250.000 empleos al cabo de cinco años. La semana laboral de 35 horas, al cabo de cinco años (pues los efectos



ALTERNATIVAS
ECONOMICAS

(5) Alain Lipietz (1989), «Choisir L'Audace». Editions La Decouverte. París.



ALTERNATIVAS ECONOMICAS

no son inmediatos) generaría en torno a un millón de empleos. No sólo empleos industriales, sino empresas para cubrir nuevas y viejas necesidades desatendidas (protección de la naturaleza, reciclaje, restauración de bosques y todo lo que significa recuperar la calidad de vida). La solución concreta propuesta es generalizar el trabajo en equipos sucesivos dentro de la misma empresa, para aprovechar las infraestructuras y las maquinarias al mismo tiempo (por ejemplo, turnos de 8 a 14 horas y de 14 a 20 horas, o jornadas continuas de lunes a jueves, y de viernes a domingo como ya hay en empresas periodísticas). Naturalmente este tipo de cambios dentro de las empresas, o incluyendo la aparición de nuevas, necesita de una regulación pactada y generalizable.

Estos pactos regionales o locales, por ejemplo, no tienen que basarse sólo en una regularización de salarios, ya que las motivaciones de tiempo disponible para otras actividades o reconocimiento social son también muy importantes en nuestras sociedades. De hecho, muchas de las situaciones de nuevas empresas se crean a tiempo parcial, sin abandonar algún trabajo fijo que tenga algún miembro de la familia. Hay interés en mantener un puesto de trabajo fijo, pero también en intentar nuevas actividades posibles más creativas o más solidarias. Y aquí es donde la regulación debe intentar potenciar un «tercer sector» de verdadera utilidad social. Un sector de implicación real de los productores que pueda sustituir buena parte del trabajo negro, sector potenciado públicamente y compaginado con el voluntariado social.

Pero ha de tenerse cuidado en no hacer de este tercer sector ni un apéndice del Estado ni de la economía de acumulación capitalista, con sus respectivas lógicas. Si la lucha por el poder o por ganar más dinero sustituye a las lógicas de motivación de este sector, además de desnaturalizarlo como alternativa posible en su ampliación, tampoco funcionará como agilizador de las burocracias estatales. En gran medida, el papel muy importante de este sector está en ser una escuela de autogestión y democracia de base, de desburocratización, etc. Los usuarios aquí tienen un papel trascendental a diferencia del estado del bienestar, donde las burocracias y sectorializaciones apenas son accesibles para los usuarios.

Los cambios que planteamos no van, por tanto, en la dirección del conocido Estado del Bienestar, ni siquiera del descentralizado y con algunas mejoras añadidas. Planteamos una lógica muy distinta, donde el concepto descentralización se someta antes al de participación. Pues no se trata de acercar el estado a los ciudadanos para que su gestión sea más o menos burocrática, sino de cambiar su gestión por la de los ciudadanos directamente, a través de sus formas de iniciativas y participación. Es decir, más que Estado lo que queremos es emergencia de la sociedad. La sociedad civil debe recobrar papeles de protagonismo, no en esa lógica que la quiere confundir con la iniciativa privada capitalista, sino en su sentido de iniciativas sociales de signo popular.

Así pues, frente al retorno, por otro lado muy difícil, del Estado del Bienestar propugnamos la sociedad del mejorvivir. Vivir mejor tiene también claras connotaciones alternativas al bienestar. Confrontamos estar con vivir, pues nos parece muy pasivo el verbo estar, como pensionistas dependientes del Estado y no como activos vivos de una sociedad que dinamizamos. El término «bien» nos parece una absolutización de lo que es bueno o malo, y una codificación de ob-

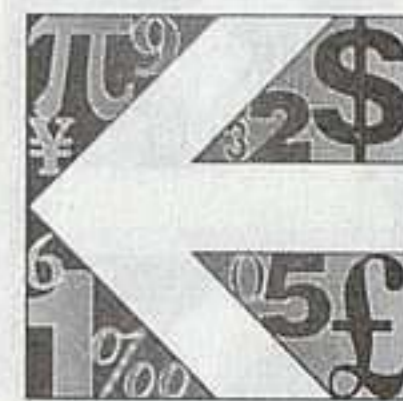
jetos a adquirir, lejos de cuyas lógicas nos queremos situar. El término «mejor» es claramente relativo a la situación de cada país, cultura, y no tiene porqué dosificar los deseos o necesidades de la participación ciudadana. Y además, con el término completo queremos llamar la atención de que no queremos volver atrás, a ningún experimento pasado ni de estatatismos a lo URSS, ni de Estados del Bienestar periclitados, ni de economías de la pobreza en sus localismos latinoamericanos.

Entedemos con J. L. Coraggio que puede desarrollarse un sector de economía popular que no se tenga que regir necesariamente por la ley de la acumulación del capital. No se trata tampoco de acumular mucho para luego repartirlo con los pobres (crítica de J. Friedman al concepto de necesidades básicas) (6). Más bien se trata de la «reproducción ampliada de la vida humana» como concepto central y que obligue a repensar la actividad pública y privada desde la reproducción, no sólo desde la producción. La lógica de la reproducción de la vida humana (aspectos de sostenibilidad ecológica y de cultura apropiada) colocados por encima de la lógica simple de reproducción del capital.

Estamos hablando de objetivos para un desarrollo territorial, que no desconoce la presencia del Estado y de una mundialización del capital, que no trata de desconectarse, sino de implicar a parte del Estado y de las economías populares ya existentes en pactos de esta otra lógica alternativa. Valores de uso frente a la ley de los valores de cambio. Hasta ahora la economía doméstica ha sido poco tenida en cuenta y estudiada, pero últimamente, fruto de estos cambios de valores, nos proporciona elementos muy valiosos de reflexión. Más cuando en los países del Sur nos encontramos esta economía doméstica tan unida a economías populares, que buscan más el objetivo de reproducir la vida que la acumulación (casi imposible) de capital. Aún cuando haya articulación con las leyes del mercado, lo que rige estos espacios comunitarios o domésticos es otra lógica de recuperar la vida como sea (invasiones, etcétera).

De nuevo debemos recordar que no se trata de que tal economía se quede en cuestiones de supervivencia, aunque en el Sur se tenga que partir de ahí muchas veces. Universidades públicas, ONGs, centros de investigación pueden formar (y a veces encontramos buenos ejemplos) redes de tecnologías importantes al servicio de estas economías populares. Las administraciones públicas descentralizadas tienen un gran papel también a jugar, como se ha estado demostrando en algunos casos europeos y latinoamericanos. No se debe idealizar ni a las organizaciones popular, ni a la ONGs, ni a los ayuntamientos, pues de todo hay, pero sí conviene destacar que el campo popular no es patrimonio de nadie en exclusiva. Se trata más de incorporar prácticas distintas e incluso provocar su discusión sobre aspectos en conflicto, que de dictaminar quién tiene razón de una vez por todas.

En suma, estamos hablando de sentar unas bases económicas, pero necesitamos de una auténtica revolución cultural entre los movimientos sociales, los profesionales y las administraciones locales, cuando menos. Por ejemplo, en nuestros países está casi perdido el derecho comunal, pues sólo se habla de derecho



ALTERNATIVAS
ECONOMICAS

(6) John Friedmann (1992), «Empowerment: The politics of an Alternative Development Blacwell Publishers».



ALTERNATIVAS ECONOMICAS

privado o público, y esto afecta a las orientaciones de la vida pública o privada. Sin embargo, en nuestras tradiciones de tipo rural aún existen muchos conceptos que hacen referencia a intercambios y economías no rígidas por la lógica de acumulación del capital o estatal del poder. Insistimos en que no se trata de volver atrás, sino de avanzar para que las cooperativas y otras formas de economía social puedan recuperar este derecho comunal, pues no tiene porqué ser del derecho privado; así como las universidades tampoco tienen que ser públicas o privadas, sino comunales para que sus iniciativas y enseñanzas puedan implicarse en las comunidades respectivas.

En Centroamérica, fruto de estas discusiones, de los problemas surgidos con la revolución cubana y la sandinista, de las esperanzas de Haití o de El Salvador, y siempre pensando en pequeños países, se han formulado algunos proyectos que responden claramente a estas lógicas que aquí se vienen apuntando. Antxon Mendizábal, por ejemplo (7), plantea la concertación para una economía popular alternativa para El Salvador tras el proceso de paz que se ha iniciado. Se trata de pasar de lo local a lo estatal, donde destaca «experiencias autogestionarias de multiáreas», «regiones agroindustriales», «agrupaciones comarcales y sectoriales para economía de escala», asociaciones cooperativas (ya en marcha), asociaciones de comunidades urbanas (viviendas, etc.) y «centros de apoyo a los movimientos populares que están en esta orientación».

Para todos estos procesos plantean la necesidad de la concertación en dos direcciones: Una interna, entre todos los sujetos populares que están por respaldar estas vías alternativas de economías y territorios, que intentan otras lógicas, y también, una concertación externa hacia los sectores que siguen en las lógicas capitalistas o estatistas. Lo que en Latinoamérica llaman concertación, en Europa lo podemos llamar pacto o alianza. Así podemos pensar en alianzas entre los distintos movimientos sociales e iniciativas de economía social, voluntarios, Universidades, Ayuntamientos, de un signo emancipador o alternativo, y por otro lado pactos con los sectores estatales o de acumulación de capital, a fin de mejorar la calidad de vida de Europa.

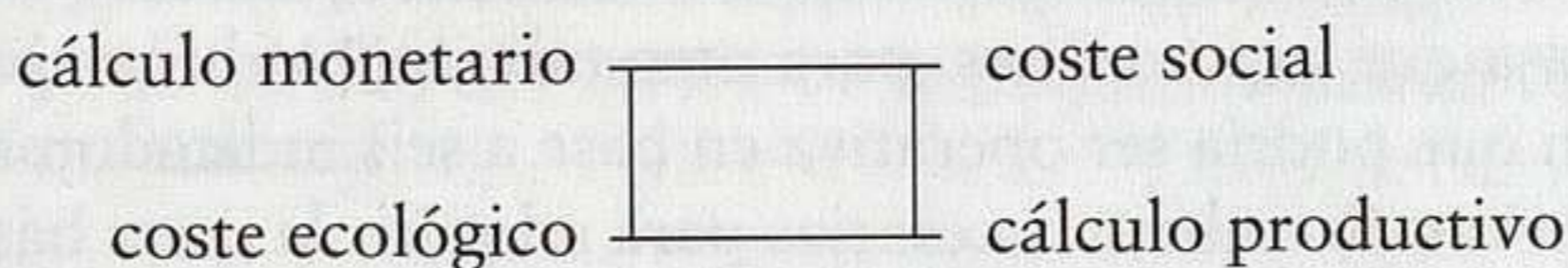
Los indicadores sociales y ecológicos

Las alianzas, pactos o concentraciones tienen que ser ante contenidos. pero los contenidos no son simplemente programas, sino antes también valores de medición, indicadores de la calidad de vida, objetivos que pretendemos. Y hoy estamos ante una cuestión de mucho fondo para entender la diferencia entre aquellos con quienes nos podemos entender y llegar a un campo común de preocupaciones y alternativas, y frente a aquellos otros que miden con otras medidas, que aspiran a otras cosas y con los que sólo parcialmente podemos pactar alguna cuestión circunstancial. La cuestión de los indicadores hoy pasa a ser una cuestión central que permite que nos entendamos, o que sea imposible comprendernos y mucho menos trabajar juntos.

(7) Antxon Mendizábal (1992), «Negociación y modelo alternativo en El Salvador». III Jornadas de Economía Crítica. Barcelona.

Hace ya algún tiempo que se viene estableciendo en economía una diferencia significativa entre la economía monetarista y la productiva. La discusión viene de atrás, con una importante reflexión en C. Marx sobre el fetichismo de la mercancía en el capital, pero que la contabilidad del llamado «socialismo real» tergiversó, tal como ha puesto de relieve en su día Ch. Bettelheim (8). Entre la lógica del valor de uso y la lógica del valor de cambio hay profundas diferencias, pero además el encubrimiento, por la circulación del dinero, del valor por las horas trabajadas, nos da que: consigue finalmente más dinero una empresa actual por especular con la bolsa, con el suelo urbano o con la droga, que con reales producciones de bienes y servicios. La economía monetaria de la deuda, de la evasión de capitales, etc., se ha despegado incluso de la economía productiva.

La mixtificación de todas estas formas de medir el valor llega a tal extremo que se denominan «costes» o «externalidades» a los elementos sociales o naturales que constituyen precisamente la razón de ser de la propia economía, si la contemplamos como valor de uso y no de cambio. Así hoy tendríamos que hacer referencia a cuatro tipos de cálculos de producción según las medidas clásicas, los cálculos monetarios según los indicadores internacionales (referencia en el dólar), los costes sociales que ya no son tan habituales, pero que deben ser incluidos (OIT, etc.), y los costes ecológicos que o son medidos monetariamente o en unidades energéticas.



Aquí aparece otro problema y es el de las unidades de medida, pues si calculamos en dólares o pesetas los costes ecológicos, nos salen unas cifras muy dispares a si lo hacemos con unidades energéticas, como han demostrado entre nosotros J. Martínez-Alier y J. M. Naredo (9). No es en absoluto neutral el sistema de medición. La producción agraria española puede haberse multiplicado por 15 en el desarrollismo en unidades monetarias, mientras que en kilocalorías su producción real sólo se duplicó, si seguimos los datos que nos aportan estos autores. Y con los cálculos sociales nos ocurre lo mismo, es decir, ¿qué unidades de medida adoptamos? No parece conveniente reducir la cuestión social a «costes monetarios». Y se nos plantea así la necesidad de precisar qué unidades de tipo social valoramos más.

Hazel Henderson es una economista que ha trabajado esta cuestión de los indicadores con profundidad y que ha participado en diversas convenciones internacionales sobre este tema (10). El sistema mundial financiero (que ella denomina «el casino global») mueve los indicadores electrónicos de las bolsas de valores, del EMI, BIRD, GATT, etc. Pero las actividades mundiales en un 50 por 100, en Norte y Sur, no aparecen reflejadas por pertenecer al sector «infor-

(8) Charles Bettelheim (1973), «Cálculo económico y formas de propiedad». Siglo XXI. Madrid.

(9) J. M. Naredo (1987), «La economía en evolución». Siglo XXI.

(10) Hazel Henderson (1981), «The politics of the solar age. Alternatives to economics». Doubleday. Nueva York.



ALTERNATIVAS
ECONOMICAS



ALTERNATIVAS ECONOMICAS

mal», doméstico o no pagado. Y así los «Producto Interior Bruto», «renta per cápita», etc. dejan mucho que desear. Además estos indicadores son monetarios en exclusiva, con lo que deforman cualquier apreciación productiva, ecológica o social. Y aún hacen propaganda de aquellos territorios o países que especulan bien con su moneda, aunque su calidad de vida no sea tan deseable.

Por eso H. Henderson propone un grupo de indicadores que comprenderían el Índice de Desarrollo social (SDI) y que a título de ejemplo partirían de los siguientes: indicadores de inversión en recursos humanos (esperanza de vida, mortalidad infantil, etc.); recursos humanos y productividad (pagada y no pagada) como número de horas productivas trabajadas (pagadas y no pagadas), autoempleo, cooperativas, etc.; comparación entre negocios civiles frente a militares; depreciación de las infraestructuras construidas; diversidad genética de las especies; calidad medioambiental (contaminación del aire y agua, reciclado, etc.); eficiencia energética; equivalentes de la paridad del poder de compra, y separación entre los quintiles de población más ricos y más pobres.

Como se ve se trata de unos conceptos muy diferentes de los habituales y además suponen otros objetivos para otro desarrollo alternativo al actual. Así llegamos a ser conscientes de que se trata de un problema de gran importancia pedagógica sobre los valores a los que aspira la sociedad. De aquí la importancia de índices resumidos y claros, pues no se trata tanto de encontrar la «verdad» más objetiva de comparación, sino que entendamos como pueblo llano hacia dónde vamos, en base a qué aspiraciones. Para otro trabajo (11) he preparado también una aportación que podría ser operativa en base a seis indicadores: 1. La evolución entre las horas de trabajo necesarias para adquirir la cesta básica de la compra o la evolución del 20 por 100 (quintil) más rico y más pobre, respecto a la medida de rentas del territorio. Según datos disponibles y zonas habría que examinar alguno de ellos o una combinación. 2. La capacitación profesional y educativa, medida por ejemplo en el índice de fracaso escolar, en las disparidades de capacitación educativa, etc., pueden medir la disponibilidad de los recursos humanos para implicarse en el desarrollo social y local. 3. La calidad de hábitat tiene diversas medidas según ecosistemas diferentes, pero índices como el de hacinamiento o los del número de usuarios de los servicios o equipamientos, nos pueden orientar sobre esta cuestión. 4. La esperanza de vida y la morbilidad son indicadores cada vez más generalizados y que representan la verdadera salud de la comunidad o sector, mejor que los indicadores curativos (que son remedios posteriores a la pérdida de salud). 5. El ahorro o eficiencia energética y de consumo de tierras (desertización y desforestación), la contaminación y otros elementos de la calidad de vida, no sólo medida en la actualidad, sino en sus proyecciones para las generaciones venideras. 6. Indicadores también del número de voluntarios y asociaciones, empresas de economía social, etc., frente a las inversiones en armamento y burocracia que se despliegan en un país, nos muestran los grados de represión o de implicación de las comunidades en sus desarrollos.

Estas y otras listas de posibles indicadores sociales y ecológicos son posibles según las circunstancias, pero lo más importante para llegar con ello a la po-

(11) T. R. Villasante (1992), «Tendencias, indicadores y metodologías para unos desarrollos sostenibles». III Jornadas de Economía Crítica. Barcelona.

blación es que sean asumidas por las administraciones públicas, por los movimientos sociales y por los profesionales comprometidos con las causas emancipadoras. El que se generalice su uso depende de que los movimientos cambien sus reivindicaciones expresadas en ganar «más» de todo, por exigir «mejor» en aquellas cosas importantes para las bases. Depende también de que las agencias de la ONU, los Gobiernos y hasta los Ayuntamientos se preocupen de investigar y publicar este tipo de índices. Y depende también de que los investigadores y profesionales no nos conformemos con lo más cómodo de copiar, los datos tal como nos lo ofrecen, y seamos capaces de criticarlos o compararlos con aquellos otros más significativos social y ecológicamente. Algo empieza a cambiar, pero aún estamos en los comienzos.

Por suerte ya va habiendo una serie de movimientos en el Norte y en el Sur que empiezan a establecer ciertas campañas de boicot a aquellos productos cuyos índices sociales o ecológicos no son aceptables. Así, movimientos populares del Sur han mostrado (por razones nacionalistas o ecológicas) sus razones para enfrentarse a determinadas empresas que han considerado que expoliaban sus recursos naturales. En el Norte algunas asociaciones populares de consumo han emprendido campañas de denuncia y hasta boicots contra aquellas empresas que contaminan sus territorios, o incluso se han elaborado informes y propagandas que muestran las características de la empresa que contamina, que explota a sus trabajadores, que practica el racismo o mete conservantes en la alimentación. En un mundo dominado por la información y la propaganda, este tipo de campañas pasa a ser fundamental.

Alternativas y procesos transformadores

La solución «agropolitana» de John Friedmann, presentada hace años (12), se basaba en comunidades territoriales selectivas que integrasen distrito, región, nación; también en la comunalización de la riqueza productiva; la igualdad de oportunidades de cara al poder social, etcétera, es decir, algo así como comunas que se sustraen a la ley del valor internamente y que crean sus propios intercambios en base al valor de uso. Es decir, unidades de «200 personas por kilómetro cuadrado de tierra cultivada, con lo que se puede diseñar los distritos agropolitanos para una población total entre 15.000 y 60.000 habitantes. La inclusión de una villa dentro del distrito aumentaría su total con la adición de otros 5.000 a 20.000 habitantes. Aproximadamente sugerimos que la población de los distritos agropolitanos tendría un tamaño de 20.000 a 100.000». Y también sugiere en las ciudades vecindades agropolitanas.

Sin llegar a tales grados de comunalismo, en nuestras ciudades han empezado a aparecer algunas plataformas o coordinadoras de movimientos con ámbitos de distritos o barrios, según formas naturales de sus propias relaciones. También han ido apareciendo en comarcas que están afectadas por la reindustrialización o por alguna instalación peligrosa. En todos los casos, una vez que se pasa la fase defensiva ante tal o cual agresión, se pasa a la fase de redactar una propues-

(12) J. Friedmann y C. Weaver (1981), «Territorio y función». IEAL. Madrid.



ALTERNATIVAS
ECONOMICAS



ALTERNATIVAS ECONOMICAS

ta conjunta con los deseos y necesidades manifiestas de los distintos movimientos sociales en presencia. No suele ser fácil por el corporativismo de cada movimiento, y en todo caso es buena señal que se consiga redactar y poner a andar tales plataformas, porque obliga a cada asociación a salir de su encierro sectorializado.

Hay, efectivamente, unos tamaños territoriales y demográficos que nos indican hasta dónde nuestras culturas son capaces de abarcar con cierta democracia de base. En núcleos menores ciertamente es más fácil conocerse, pero hasta un tamaño ciudadano o comarcal no se alcanza la masa crítica como para hacer estos proyectos. Y una vez superados tales ámbitos, se pasa a otras formas metropolitanas, regionales y estatales más centralizadas. Hemos dicho que la participación debe ser tenida en cuenta antes que la descentralización, y es que esta por sí sola no significa nada. Y al organizar la participación desde abajo, entonces la descentralización ya no es algo impuesto o tecnocrático, sino el fruto de la emergencia de las fuerzas populares.

Lo que queremos proponer aquí es unos Presupuestos Alternativos Integrales (PAI) para cada zona comarcal o distrital del tipo de las que venimos señalando. No es una unidad independiente, sino integrada (por arriba y por abajo) con otras unidades, pero que puede ser hoy un elemento muy valioso, justamente por estar en ese tamaño que permite articular los elementos dispersos. Señalamos, en primer lugar, la necesidad de que exista un presupuesto económico, más que un plan o un programa, sobre todo por el cansancio de tantos planes y programas incumplidos. Parece que con un presupuesto éste debe invertirse en unos plazos fijos y así pasamos del mundo de las teorías al de la operatividad. Los ciudadanos están muy escarmentados y si queremos que exista participación han de mostrarse realizaciones tangibles.

Además alternativos porque en este tamaño es donde hoy es posible que las leyes del valor de uso, internamente, puedan regir sobre los intereses de especulación y otros. Aquí es donde los nuevos indicadores han de mostrar que puede haber otros valores en juego para conseguir una calidad de vida adecuada a las necesidades de la población. Se trata de una concertación interna, por la que luchan los movimientos implicados en la zona, con cuyos indicadores han de convencer y movilizar a los ciudadanos, y han de conseguir pactar con las autoridades y con las inversiones internacionales el poder desarrollar estos Presupuestos Alternativos.

Son Integrales porque no se basan en un sector en exclusiva, sino que buscan la sinergia de diversos puntos de vista y de diversas infraestructuras combinadas. Por ejemplo, un presupuesto que incluye temas de viviendas y hábitat, por un lado, pero que no descuida el empleo, reservando espacios para ello, y que integra todo el presupuesto en la cuestión cultural local, que es la argamasa capaz de movilizar a los ciudadanos afectados. En cualquier coordinación de este tipo siempre vamos a encontrar temas culturales, temas territoriales y temas de empleo, y una buena prueba de la idoneidad de los presupuestos es que con la integración de estos aspectos se gane en sinergia y operatividad colectiva.

En esta situación estos Presupuestos Alternativos Integrales están tratando de jugar con criterios antimercado, pero dentro del mercado mundial y su regulación monetarista. Por eso hay que aclarar cómo se puede estar en el mercado.

Primero aclarar que mercado ha habido casi siempre, sin que hubiese capitalismo, lo que pasa es que ahora la ley del mercado se impone a todas las demás, especialmente convirtiendo la fuerza de trabajo en una mercancía más. Como señala Rafael Pla (13) «superado un cierto umbral de complejidad, un sistema sólo puede funcionar eficientemente a través de una regulación flexible de los subsistemas componentes del mismo». Entre sistemas separados hay que buscar alguna forma de regulación de mercado (no necesariamente capitalista), e internamente a cada sistema la planificación o, mejor aún, la presupuestación.

Precisamente en el momento en que las nuevas tecnologías informáticas permiten sustituir la ciega regulación del mercado capitalista por otro de regulación consciente y voluntaria, es cuando están proclamando las virtudes del neoliberalismo. La informática puede hacer una participación más directa en las formas planificadas y con mayor control de base para articularse entre las unidades productivas y territoriales menores, y así ir elevando los valores de uso a ámbitos superiores. «Las leyes del mercado repugnan a las nuevas industrias de la comunicación y la informática: dado que el coste de la reproducción de una información no guarda relación con el trabajo necesario para su producción, la misma ley del valor pierde sentido, y el pirateo se convierte en un fenómeno imparable y objetivamente subversivo frente a la lógica mercantilista del capitalismo» (R. Pla).

Martin Ryle (14) habla de que estamos ante un seudomercado, o como lo llama H. Riechmann, un mercado ecosocialista al que aspiramos (15). No existe el mercado libre, pues siempre está regulado, por las transnacionales o el FMI, y por eso hay que plantearse cómo sustituirlo por otra regulación. Insisten estos autores en un sector público o social donde lo fundamental estaría en unas reducciones de la jornada laboral, manteniendo salarios suficientes y el reconocimiento del trabajo doméstico como trabajo socialmente necesario. Además un mercado ecosocialista donde la fuerza de trabajo no sería ya mercancía, pues se recompensaría con tiempo libre más que con salarios, con prestigio social sobre unas bases salariales fijas. Se entiende que para todo ello es necesario una revolución cultural desde las bases sociales.

Los campos de potencialidades

Para que estas lógicas y estas revoluciones culturales de lo cotidiano vayan tomando cuerpo administrativo, lo que se propone es un nuevo contrapeso a la democracia representativa tal como la conocemos. Existen formalmente unos consejos económicos y sociales apenas operativos. Se trataría de reforzar a todos los niveles, desde los ayuntamientos para empezar, unos ejecutivos consejos económicos-ecológicos-sociales, donde la sociedad civil directamente se exprese a través de sus asociaciones y a través de referéndums electrónicos. Y es

(13) Rafael Pla (1992), *Más allá del mercado*, en «Perspectivas del socialismo hoy». Fundación de Investigaciones Marxistas. Madrid.

(14) Martin Ryle (1988), «Ecologism and socialism». Radius. Londres.

(15) Jorge Riechmann (1992), «Una sociedade ecosocialista possivel». Combate 158. Lisboa.



ALTERNATIVAS
ECONOMICAS



ALTERNATIVAS ECONOMICAS

que es necesario una cámara de iniciativas de las bases sociales para ir metiendo dinamismo a las democracias anquilosadas donde vivimos.

No se trata de reforzar el Estado con más aparatos burocráticos, sino de todo lo contrario. Traigo aquí una propuesta para Chile de Osvaldo Sunkel (16) para que el desarrollo sostenible no tenga que suponer una nueva tecnocracia de los ecologistas sobre la población. En vez de un Ministerio del Medioambiente, se propone un fondo como ente autónomo, es decir, recursos económicos controlados por un consejo popular, para realizar un sistema de proyectos que estimule la creatividad y con evaluación externa. Entidades así pueden funcionar como coordinaciones populares, en sistemas de contrapoderes y de estímulo de iniciativas de base y descentralizadas.

A escala mundial nos encontramos con que Brasil, por ejemplo, fue excedentario en los años 80 y en 1988 tuvo 14 millones de dólares en excedentes, lo que le coloca el tercero del mundo, tras Japón y Alemania. Y sin embargo sus problemas no hacen más que crecer. Como apunta A. Lipietz, un cierto proteccionismo parece muy necesario, al menos, durante un cierto tiempo, siendo selectivo. Esto implicaría un mundo multipolar y donde los organismos internacionales (EMI, ONU, Tribunal de La Haya, etc.) fueran lo más democráticos posibles y pluralistas. Samir Amin ha postulado la conveniencia de la construcción de un mundo «multicéntrico» (17) y en ese sentido la «desconexión» no es tal, pues no se trata de autarquías, sino de «separación selectiva temporal», tratando de establecer una protección para el arranque del territorio en cuestión. Tal como lo califica F. Albuquerque (18), un «desarrollo autónomo y auto-centrado en la población».

El proponer todas estas reflexiones sobre una política alternativa, que abiertamente rechaza el estatismo y también el neoliberalismo, no es para recrear un tercer sistema o una ilusión en que por efectos de compensación entre la planificación de estado y el mercado de capitales cabe establemente un corrector surgido de la sociedad civil y de los movimientos sociales. Es más, bien para proponer una alternativa y no una compensación. Otra cosa es que tal alternativa no la crea posible como llovida del cielo, sino ya experimentada en parte, en algunas experiencias particulares. Hablamos, pues, de aprovechar lo que está surgiendo como embriones, pero sabiendo que tales impulsos, aún en el caso de que se planteen así mismos como compensaciones de desequilibrios ante el Estado o el mercado, inevitablemente han de optar por secundar el pacto liberal-productivista o bien forzar otro pacto, donde el Estado se hace más participado y el mercado acepta regulaciones desde los valores de uso.

La tendencia hacia el «casino global» de los estados en su autoritarismo se da la mano con el camino hacia la monopolización de los mercados, que fieles a las regulaciones monetaristas, desregulan los gastos sociales e incrementan los militares, con guerras locales por todo el mundo. Desde la «sociedad civil» se

(16) Osvaldo Sunkel (1990), «El desarrollo sustentable: del marco conceptual a una propuesta operacional para Chile». Ifda-Dossier 73/76. Nyon. Suiza.

(17) Samir Amin (1988), «La desconexión. Hacia un sistema mundial policéntrico». Madrid.

(18) E. Palazuelos, F. Albuquerque y otros (1988), «Dinámica capitalista y crisis mundial». Akal. Madrid.

sufre la dejación de los servicios públicos y la marginación de las economías populares. Las tendencias no son tanto ya hacia la derecha o hacia la izquierda (más libre mercado o más planificación), sino dentro de las economías mixtas, que son todas; más hacia un control democrático de las bases de la sociedad civil, o más hacia un elitismo de altura, donde el productivismo se refugia en juegos de el casino global.

En medio quedan las economías mixtas y los proteccionismos que en sí mismos no dicen nada. Han de optar en función de las correlaciones de fuerzas entre arriba o abajo, más que entre izquierda o derecha, más ceñidas por la movilización de las bases por su calidad de vida, o más libres para jugar a la mitarización y al respaldo de los grandes negocios transnacionales. Esta es la nueva contradicción central que se presenta en nuestro mundo y que a escala internacional se nombra como Norte-sur, pero que existe en todas las ciudades también y en todas las comarcas.

No sólo nos preocupan las tendencias, tal como señaló J. Galtung en su momento: hay alternativas (19). Lo que tratamos aquí de hacer es comentar algunos ejemplos parciales en qué basarlas y esquematizar algunos desarrollos potenciales. Desde el punto de vista de las potencialidades hay una base económica que debe constituir un campo propio entre las empresas ecosociales, las economías populares, cooperativas, centros de investigación y profesionales, asociaciones de voluntariado, patronatos y la descentralización y participación en la administración.

Para constituir estos campos de potencialidades, tan importante como reconocer una cierta base económica, es identificar unas relaciones de comunicación fluidas y con un sentido propio. Así, la creación de redes de comunicación son muy importantes y las movilizaciones solidarias y festivas entre los distintos componentes. El propio Foro Global de Río de Janeiro del año 1992 puede ser un buen punto de referencia, a pesar de sus múltiples problemas internos. El generar elementos de cooperación al desarrollo internacionales, soportes de radio y televisión para la educación popular y las participaciones populares en los desarrollos sostenibles son elementos que potencian la conciencia común de muchos movimientos.

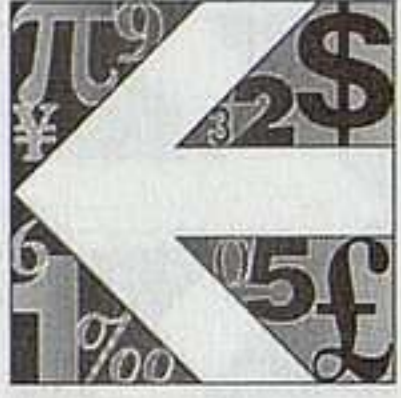
Todo ello nos lleva a una profundización en las formas democráticas, con formas de democracia participada, donde las bases tienen varios cauces electorales (partidos, sindicatos, asociaciones, empresas, etc.) y se da una coimplicación entre los diversos poderes así constituidos, tratando de activar más las iniciativas de base, aunque sean minoritarias que las mayorías que tienden a ser conservadoras. La democracia no es tanto el rodillo de las mayorías (el centralismo democrático no era más que eso), sino el respeto y el impulso de las minorías, que son (en una sociedad diversa) las que potencian las iniciativas creativas.



ALTERNATIVAS ECONOMICAS

Las guerras propaganda pueden servir para marcar algunas nuevas tendencias ideológicas, pero no pueden solucionar las tensiones de fondo de la economía política. Incluso seguramente las agravan, al insistir en el militarismo y las economías burocratizadas.

(19) Johan Galtung (1984), «Hay alternativas». Tecnos. Madrid.



ALTERNATIVAS ECONOMICAS

Ideológicamente este campo de potencialidades ya debe saber que no hay la ideología verdadera que nos vaya a salvar, sino más bien distintas tradiciones y prácticas plurales dentro de las tendencias emancipatorias. Estas diferencias de origen o de afiliación permiten convergencias operativas y concertaciones entre sindicalistas, nacionalistas, ecologistas y ecosocialistas, por ejemplo, o también entre socialdemócratas (no liberales), comunistas críticos, alternativos o demócratas radicales. No se trata en encontrar una ideología resumen que unifique, sino el acostumbrarse a enriquecernos con la diferencia, con la aplicación a cada situación concreta de distintos análisis y así ganar en riqueza de interpretaciones. Las potencialidades no están en la unificación, sino en la diversidad capaz de entenderse para realizar prácticas comunes y así abrir caminos de emancipación. ■



Ilustración para *Lisístrata*, 1934
Pablo Picasso



ALTERNATIVAS
ECONOMICAS

Reforma ecológica de la economía

Presidencia del PDS
(Tesis para el debate)

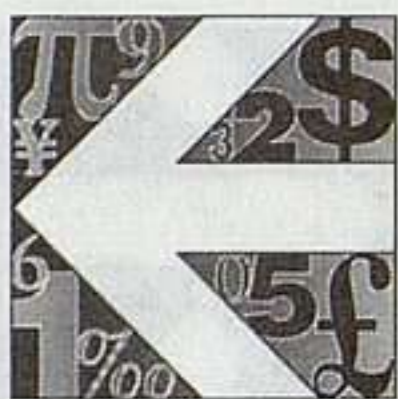
I

Hoy día la humanidad se halla ante el reto de que la continuación del modo actual de producción y de vida no puede garantizar ya su desarrollo y existencia futuros. El derecho humano más elemental, el derecho a la vida, se ve más amenazado y menos respetado que nunca. Con la subordinación de todas las esferas de la vida social a las leyes del beneficio y al mercado, el modo de producción capitalista constituye la causa profunda de la agudización de los problemas medioambientales, de la grave destrucción de los fundamentos naturales de la vida, que amenazan la existencia de la humanidad como especie. Expresión de la crisis medioambiental son la decreciente fertilidad del suelo, la cada vez más frecuente «lluvia ácida», el agujero de ozono, la muerte masiva de algunas especies, la crisis energética, que para la mayoría de los habitantes de la tierra se presenta como crisis de combustible (leña), las crecientes catástrofes por inundaciones. Se agudiza de un año para otro. Las medidas para su solución no pueden postergarse por más tiempo.

Aunque la destrucción de la capa de ozono por diversas sustancias a una altura de 30 a 50 km es conocida, se siguen fabricando esas sustancias. Se venden y se compran, y, en última estancia, las ganancias impiden la regeneración de la capa de ozono. La prohibición mundial de determinados compuestos fluorocarbonados no va a detener el aumento del agujero de ozono, otras combinaciones con cloro continuarán la destrucción de las moléculas de ozono. Se requieren soluciones que desemboquen en cambios profundos de toda la industria química y que han de imponerse contra las leyes del beneficio.

De la economía de residuos se derivan considerables perjuicios ecológicos a escala mundial. Como mercancías, los residuos se llevan allí donde se pueden almacenar de forma más barata. La norma es ésta: cuanto más tóxicos son los residuos, tanto más se puede ganar con ellos.

La explotación de las materias primas en los Estados del Tercer Mundo por los consorcios del Norte se efectúa conforme a las reglas del máximo beneficio. La cadena es bien conocida: los consorcios compran las materias primas a los-



ALTERNATIVAS ECONOMICAS

precios más bajos, las transportan junto con los productos semiacabados al Norte, allí fabrican los productos acabados y se los venden más caros a los Estados de los que han sacado las materias primas. La consecuencia es el impedimento de un desarrollo económico autónomo de los países del Tercer Mundo, así como su mayor empobrecimiento económico y ecológico.

Muchos de los productos, tecnologías y sistemas técnicos originariamente ideados para fines civiles y pacíficos se han utilizado luego, por razones de lucro o de poder, para fines militares, despilfarrando así muchas energías investigadoras y recursos enormes. Esto rige tanto para la antigua RDA como para los países occidentales.

Debido al enfoque economicista del progreso social, a la subordinación del medio ambiente natural al crecimiento más rápido posible de la producción material, a la insuficiente eficacia de la economía y a los déficits de democracia y transparencia, en los países de socialismo estatal se desperdiciaron las posibilidades de la propiedad social y de la regulación estatal de la producción a fin de hacer progresos en la solución de los problemas medioambientales. Mientras que en algunos campos, como en la clasificación y aprovechamiento de subproductos (SERO) y en la creación de zonas de protección agrícolas se pudieron obtener resultados positivos en la RDA, aumentaron los daños ecológicos y la contaminación en regiones de importancia vital.

En la República Federal de Alemania se hicieron algunos progresos en aspectos parciales de la contaminación ambiental, pero no se han resuelto y se han agudizado todavía más los problemas fundamentales de la amplia explotación y despilfarro de los recursos naturales, la creciente contaminación de la naturaleza con montañas de residuos, el peligro que supone para el ser humano y la naturaleza la alta participación de la energía en el sector energético, la concepción del transporte sin perspectivas de futuro. La economía del beneficio capitalista no sólo ha impedido hasta ahora el desarrollo extensivo de la industria, sino que también ha dificultado la democracia representativa practicada por la burguesía, orientada a los éxitos a corto plazo y períodos electorales de 4-5 años.

II

Bajo la influencia de la crisis mundial del medio ambiente y la amenaza de la catástrofe ecológica han aumentado las discusiones en torno al crecimiento y el modo de desarrollo económicos del futuro. Están pasando cada vez más a ocupar el centro de las discusiones políticas a nivel nacional e internacional (véanse, entre otros, los informes del Club de Roma, el de Brundtland, la Conferencia de la ONU sobre Medio Ambiente en Río, las propuestas de los Verdes para una nueva «ley de estabilidad» en la República Federal de Alemania). En este contexto surgió también la demanda de una reforma ecológica de la economía. Pero, hasta ahora, el contenido de esta demanda es bastante incierto, vinculándose a él ideas bien distintas. Por eso es importante proseguir el discurso, a fin de precisar mejor los criterios y directrices de la reforma ecológica de la economía. Así se hará una aportación tanto al programa de un partido

socialista de izquierdas y a un concepto de reformas sociales básicas en donde ocupen un lugar importante las ideas para la solución de la crisis mundial del medio ambiente, como a las demandas sociopolíticas y económicas que deben concordar con la exigencias de una reforma ecológica de la economía a largo plazo. No se trata solamente de evitar los daños directos al medio ambiente, sino de evitar en general las consecuencias negativas o indeseadas de la técnica en relación con el medio ambiente y la seguridad social, entre otras cosas, mediante la valoración cualificada de las consecuencias técnicas y un público democrático vigilante.

III

En la idea de la reforma ecológica de la economía se parte de que en el futuro no puede mantenerse ninguna formación social ni ningún modo de producción sin una profunda reconstrucción ecológica, la cual debe comprender cambios radicales en el metabolismo social con la naturaleza que incluyen o afectan a todos los ámbitos vitales de la sociedad. La necesidad, argumentada por Marx y Engels, del proceso racional de intercambio del ser humano con la naturaleza, de la unión entre presupuesto económico y natural, adquiere todavía mayor actualidad ante la agudización de los problemas medioambientales para la existencia de la humanidad. Conseguir una nueva acción recíproca entre el ser humano y la naturaleza presupone concebir al ser humano como ser social y como parte integrante de todo el modo de producción y de vida. En este sentido son muy esenciales las demandas de ecologización y humanización del modo de producción y de vida.

La reforma ecológica de la economía, en particular de la producción material, constituye el núcleo de la ecologización de la sociedad. Las bases naturales de la vida sólo pueden mantenerse y garantizarse para el futuro mediante una reforma ecológica de la economía.

La reconstrucción ecológica de la economía va inseparablemente unida a la creación de un nuevo tipo de desarrollo económico, caracterizado sobre todo porque el proceso de reproducción económica está cada vez más determinado por y sometido a las exigencias ecológicas y sociales. Este nuevo tipo de desarrollo económico se designa también con el concepto de desarrollo sostenido (véase «Nuestro futuro común», Informe de la Comisión Mundial para el Medio Ambiente y el Desarrollo).

La imposición de ese concepto de «desarrollo sostenido» requiere profundas transformaciones sociales, sobre todo en las estructuras de propiedad y en el modo de regulación para limitar el principio de ganancia.

IV

La creación de este nuevo tipo de desarrollo sostenido exige la formación de una nueva calidad en el modo de producción y de vida, así como en el desarrollo de las fuerzas productivas. Por los demás, hay que tener en cuenta que



ALTERNATIVAS
ECONOMICAS



ALTERNATIVAS
ECONOMICAS

los problemas y consecuencias del desarrollo económico y del crecimiento son muy diferentes en los países industriales y en los poco desarrollados del Tercer Mundo.

Sin solucionar los problemas económicos y sociales más urgentes de los países del «Tercer Mundo» no habrá progresos sustanciales en las cuestiones medioambientales de estos países ni del mundo.

Para los países industriales se trata especialmente de las reorientaciones siguientes:

Primero. Hasta ahora, en el desarrollo de la técnica y elaboración de materias primas y energía, y aumentar la cantidad de operaciones de materias primas y de energía por unidad de trabajo y de capacidad, sin tomar en consideración el agotamiento de los recursos naturales y las gigantes montañas de residuos. En el nuevo tipo los esfuerzos, los puntos esenciales para el uso de la tecnología y de los recursos tienen que desplazarse al aprovechamiento complejo de las materias primas, así como a la amplia utilización y devolución de todos los residuos de la producción y remanentes.

Segundo. Hasta ahora se trataba de obtener las tasas de crecimiento más altas posibles del producto interior bruto y de la productividad del trabajo, sin prestar suficiente atención a los efectos futuros, a largo plazo, sobre el desarrollo económico y la calidad de vida. En el nuevo tipo tienen que ocupar el primer plano, a largo plazo, la preservación de las condiciones naturales para el desarrollo económico y la mejora de la calidad de vida.

Tercero. Si en el desarrollo económico anterior, y en tanto en cuanto las exigencias medioambientales desempeñaban un papel, se trataba preferentemente de «retoques» posteriores del proceso de daños ambientales (preocupación posterior). Con el nuevo tipo, lo determinante tiene que ser cada vez más evitar e impedir los daños al medio ambiente (preocupación previa). Esto exige cambios de principio en las condiciones económicas básicas, en los objetivos de la política económica y tecnológica.

De todo esto se desprende que: en el desarrollo futuro lo que importa es el trato racional con las fuentes de la riqueza y del trabajo y con la naturaleza. Los problemas de la reproducción natural y del ahorro de materias adquieren su mayor importancia en el ciclo económico.

Del valor modificado del medio natural para la vida social se derivan también consecuencias profundas para la cultura, el modo de vida, la estructura de valores, la conciencia de las personas como sujetos actuantes. De las apremiantes exigencias ecológicas se desprenden sobre todo consecuencias para los cambios necesarios en las estructuras de las necesidades de los seres humanos, así como la creciente responsabilidad de los que hoy viven de poner en consonancia sus acciones con los intereses vitales de las generaciones futuras.

De la economía de residuos se derivan considerables perjuicios ecológicos a escala mundial. Como mercancías, los residuos se llevan allí donde se pueden almacenar de forma más barata. La norma es ésta: cuanto más tóxicos son los residuos, tanto más se puede ganar con ellos.

V

Si se parte del hecho de que la amenaza del medio ambiente tiene carácter global, la inversión de este estado de cosas no se puede conseguir únicamente con las medidas de un país o de un grupo de países. Exige el enfoque interestatal, global. Los presupuestos esenciales tienen que crearse mediante la transformación de las relaciones económicas internacionales, sobre todo entre los países industriales y los del «Tercer Mundo», y la formación de un orden económico nuevo, justo.

VI

Las exigencias de reconversión militar mediante la desmilitarización y el desarme van íntimamente ligadas a la reforma ecológica. El ser humano y la naturaleza se ven amenazados por igual. La disolución de la alianza militar del Pacto de Varsovia no ha conducido a la disolución ni limitación del potencial militar adversario, la OTAN. La limitación radical de la producción militar es tan necesaria como su paulatina reconversión social y medioambiental.

En las condiciones actuales, la militarización de la economía y de la vida social, así como las guerras, son las manifestaciones principales y más peligrosas para el medio ambiente. Más allá de su daño directo al medio ambiente, en virtud del empleo de enormes recursos materiales, financieros y también intelectuales, sustraen medios que la sociedad necesita para la preservación y mejora del medio ambiente.

Como muchos de los sistemas técnicos y de los productos desarrollados para fines civiles se emplean cada vez más para desarrollar, producir y dirigir armas, hay que hacer todo lo posible mediante la movilización de la opinión pública democrática para impedir esta utilización inapropiada y este despilfarro enorme de los recursos (diariamente se gastan 2.700 millones de dólares USA en defensa y armamento). Esto exige al mismo tiempo influir con conceptos alternativos en la transformación rápida y efectiva de la producción militar en civil, como, por ejemplo, la producción de técnica medioambiental, de reciclaje, sanitaria y alimentaria, a fin de no sólo mantener así los puestos de trabajo, sino también crear otros nuevos.

Sin progresos esenciales en el desarme y en la disminución de las amenazas militares apenas se dará la necesaria inversión en la política medioambiental, a nivel nacional ni, sobre todo, internacional ni global.

La íntima conexión entre reconversión militar y reforma ecológica se manifiesta también en que, en su mayor parte, son las mismas fuerzas políticas y los mismos sujetos quienes propugnan cambios fundamentales en estas dos esferas vitales o quienes se resisten a estos cambios.



ALTERNATIVAS
ECONOMICAS

La reforma ecológica de la economía, en particular de la producción material, constituye el núcleo de la ecologización de la sociedad. Las bases naturales de la vida sólo pueden mantenerse y garantizarse para el futuro mediante una reforma ecológica de la economía.

VII

Los criterios para determinar el contenido y las direcciones de la reforma ecológica, así como para valorar los resultados conseguidos son, sobre todo, los siguientes:

1) Las exigencias ecológicas no sólo deben tenerse en cuenta en todas las decisiones económicas, especialmente en los procesos de desarrollo estructural y tecnológico, sino que también deben determinar en gran medida el contenido y los resultados del proceso de decisión. Como casi todas las decisiones económico-políticas van unidas a conflictos de objetivos y a intereses diversos, en las discusiones se trata a menudo de hasta qué punto deben ser prioritarios o dominantes las exigencias medioambientales en el proceso de decisión. A este respecto se da la concepción siguiente:

— A las exigencias medioambientales hay que darles un peso mayor que el recibido hasta ahora, generalmente en todas las decisiones y programas económicos a nivel nacional, interestatal (como la CE) y global (como en la problemática Norte-Sur).

Lo que importa es analizar las condiciones y contradicciones reales, concretas, entre las exigencias ecológicas, por un lado, y las sociales y económicas, por otro, así como proponer y valorar las correspondientes alternativas. Por ejemplo, en la necesaria limitación proyectiva de la producción de coches o en la suspensión de producciones dañinas para el medio ambiente en regiones con fuerte desempleo.

— En el proceso de decisión, y sobre todo en las decisiones a largo plazo, debe darse un predominio claro de las exigencias ecológicas, así como en las decisiones para la suspensión de producciones que son un peligro para la vida o muy nocivas para la salud. Sin embargo, también aquí hay que proponer alternativas para la solución de los problemas sociales que se presenten. Mediante la opinión pública democrática hay que influir en que, con la escrupulosa elaboración y consecuente traslado de las estimaciones de las consecuencias técnicas a la hora de preparar las decisiones para la configuración de la técnica se evalúen los riesgos y las probabilidades de éxito del correspondiente desarrollo tecnológico, y, partiendo de aquí, se elaboren y establezcan soluciones alternativas para evitar o impedir consecuencias ecológicas y sociales no deseadas.

— En las decisiones sobre innovaciones de productos y tecnologías hay que tomar en cuenta la compatibilidad con el medio ambiente, las posibilidades del aprovechamiento complejo de las materias primas y el reciclaje posterior.

2) Contenido y resultados de la reproducción, de los ciclos económicos, tienen que modificarse fundamentalmente sobre la base de las exigencias ecológicas. Esto significa, sobre todo:

— La inversión radical en la aplicación del trabajo social, esto es, de utilizar el trabajo, los recursos financieros y materiales para preparar cantidades cada vez mayores de energía y de materias primas, y para corregir y suavizar luego los daños a la naturaleza, pasar al empleo del trabajo y de los recursos para ahorrar materias primas, es decir, para evitar su uso, así como reducir e impedir los efectos negativos en la naturaleza y sus ecosistemas.



Esto exige vincular los ciclos económicos con los naturales y cuidar de no elevar el consumo absoluto de recursos naturales en el aumento de la producción, sino de reducirlo a largo plazo y aliviar la naturaleza mediante otros productos.

Especial importancia tienen a este respecto los ecosistemas. Sólo funcionan dentro de ciertos límites de carga. Si se superan éstos, se rompen. Tomar en cuenta y quedarse por debajo de esos límites de carga tiene, por consiguiente, una función primordial. De esto también forma parte el saneamiento de regiones, que alteró la influencia humana. Como curre con el mínimo vital social, se puede partir de que también hay mínimos vitales ecológicos para toda la tierra y las diversas regiones. Por ejemplo, habría que determinar e imponer la proporción de bosques, el «grado de contaminación» tolerable del agua, aire y suelo. De las exigencias medioambientales se desprenden determinadas actuaciones ecológicas que han de anteponerse a los intereses de la propiedad.

De aquí surge la demanda de limitar tanto social como ecológicamente con regulaciones jurídicas la codicia y el afán de ganancia que se derivan de la propiedad privada.

— Hay que aprovechar mejor las posibilidades de la dirección social y del instrumentario de la economía de mercado para fomentar esas estructuras de producción y de consumo, y esas tecnologías que reducen el consumo absoluto de recursos, aumentan el uso de materias renovables y suponen una carga mínima para la naturaleza con residuos. La formación de ciclos naturales cerrados ocupa una posición clave en todo esto. Sobre la base de los problemas no resueltos y de los agudizados conflictos del mundo capitales, gana en importancia y actualidad, precisamente con los problemas y conflictos ecológicos, la demanda general de establecer un nuevo orden de relaciones entre la regulación estatal, sobre todo estratégica, y la regulación del mercado.

Reforma ecológica significa esforzarse cada vez más por establecer la siguiente serie de prioridades:

- limitar el empleo de recursos naturales, sobre todo escasos y no reproducibles;
- evitar la producción de residuos, especialmente con el aprovechamiento complejo de todos los componentes importantes de las materias primas;
- reutilizar los residuos en el proceso de reproducción;
- devolver a la naturaleza con un mínimo de carga para el medio ambiente los restos no aprovechables.

La fabricación de productos nocivos para el medio ambiente tiene que eliminarse en un espacio de tiempo aceptable y ser sustituida por otros favorables. Y no puede considerarse como solución el desplazamiento de esa producción o el transporte de residuos tóxicos a otros países.

En la reforma ecológica de la economía desempeña un papel especial el desarrollo estructural y tecnológico en los sectores que, por sus bases materiales de producción y por sus productos, han provocado hasta ahora daños muy graves al medio ambiente: minería, industria energética, industria química, metalurgia, agricultura intensiva, tráfico (especialmente de coches).

La reconstrucción ecológica exige sobre todo, aunque no únicamente, elaborar conceptos ecológicos para estos sectores. Entre ellos se cuentan:

- un concepto integrado de transporte ecológico;



ALTERNATIVAS
ECONOMICAS

- un nuevo concepto de energía basado en el ahorro, el empleo de energías alternativas y el abandono de la energía nuclear;
- un concepto ecológico para el desarrollo de la agricultura con escasa utilización de energía, abonos minerales, etcétera;
- un concepto de transformación de la estructura y de la base tecnológica de la industria acorde con las exigencias del medio ambiente.

Los resultados de la actividad económica y del crecimiento no deben seguir juzgándose por el incremento de la producción y de los rendimientos, sin tener en cuenta las repercusiones sobre el medio ambiente. Así, por ejemplo, el aumento de las emisiones de sustancias tóxicas y de los residuos, entre los que se cuentan los residuos nucleares, de las impermeabilizaciones del suelo y del transporte individual menoscaban la salud y el medio ambiente natural, y ocasionan grandes gastos. Por eso deben considerarse como factores negativos y agravantes en la valoración del desarrollo económico. Hay que sacar las consecuencias correspondientes para el cómputo económico global. En relación con la crisis ecológica se refuerzan las demandas de crecimiento cero o negativo. A nuestro juicio, la salida del efecto antiecológico de la anterior expansión económica, y sobre todo industrial, estriba menos en impedir el crecimiento que en modificar la calidad de la actividad económica, de los ciclos económicos y, por ende, también del crecimiento. Las influencias negativas sobre el medio ambiente no se derivan únicamente del crecimiento, sino también de la simple continuación del volumen de producción alcanzado. La cuestión del ritmo de crecimiento, si crecimiento cero o incluso negativo de la economía, no puede resolverse desde el crecimiento mismo. La continuación del anterior crecimiento económico se contradice con las exigencias ecológicas. Lo decisivo es que todo el proceso económico de reproducción responda cada vez más a criterios ecológicos, que se efectúe una fuerte diferenciación del crecimiento de los diversos ámbitos, sectores y tipos de producción, en función de sus efectos sobre el medio ambiente, y que se establezcan globalmente los criterios de un desarrollo cualitativo de la economía.

Junto a la riqueza material acumulada en los países industrializados, sobre todo la riqueza de los potentados, y a la redistribución de la renta y de los gastos del Estado (limitación de los gastos de armamento, de los costos de la abultada burocracia, de las subvenciones, etc...), el crecimiento es una fuente necesaria de la que se obtienen o liberan los recursos necesarios para la solución de los problemas ecológicos. Por último, el crecimiento es imprescindible para los países del «Tercer Mundo», a fin de resolver sus problemas sociales y ecológicos.

3) En la orientación del desarrollo tecnológico ulterior y en la valoración social de sus efectos previsibles hay que partir más que nunca de las exigencias de conservar el medio ambiente natural para las generaciones futuras y, en particular, disminuir las influencias nocivas sobre el medio ambiente con efectos a largo plazo. De aquí se derivan las siguientes demandas:

- abandono de la energía nuclear;
- prohibición de fabricar sustancias altamente tóxicas;
- desarrollo fortalecido de tecnologías para el ahorro de recursos naturales, mayor aprovechamiento de energías alternativas, creación de ciclos mate-

riales cerrados, aprovechamiento de los subproductos resultantes y devolución, con poco perjuicio para el medio ambiente, de los productos todavía no aprovechables. Esto significa una reorientación tecnológica, pasando de la hasta ahora predominante concentración de la tecnología en realizar las diversas fases productivas desde la materia prima al producto final con el menor gasto posible de trabajo social, a una tecnología que contribuya mucho más a fabricar el producto final con menos empleo y escasa pérdida de material, y configurarlo hasta el momento de su separación de forma tan selectiva que puedan recuperarse, a ser posible, todas las sustancias que contenga.

— Desarrollar tecnologías medioambientales hasta convertirlas en un pilar de la política tecnológica del futuro para fomentar complejos productivos ecológicos.

4) De la reforma ecológica de la economía se desprenden demandas para el desarrollo ulterior del trabajo retribuido y la política de ocupación. El trabajo forma parte de la esencia del ser humano y, por consiguiente, también la interacción del ser humano con la naturaleza. La solución de los problemas medioambientales no puede efectuarse limitando el trabajo o el proceso de intercambio con la naturaleza, sino únicamente creando las condiciones bajo las cuales se pueden resolver las contradicciones y conflictos dentro de los procesos de intercambio mediados por el trabajo sin destruir la naturaleza ni causarle daños graves. La vinculación de la exigencia de derecho al trabajo para todos con la aplicación de criterios ecológicos en la organización de la producción, sus bases tecnológicas y sus resultados, se convierte en una demanda básica para el desarrollo ulterior de las fuerzas productivas y del proceso global de producción.

Entre reforma ecológica y política ocupacional existen múltiples relaciones, en parte contradictorias. Los cierres necesarios de centros de producción por razones ecológicas llevan a la pérdida de puestos de trabajo. Por otro lado, con la reforma ecológica pueden alcanzarse efectos ocupacionales muy positivos. Y, a decir verdad, tanto indirecta como directamente. Indirectamente: la reforma ecológica es sobre todo a largo plazo una condición necesaria para conservar puestos de trabajo y asegurarlos mediante el desarrollo y aplicación de tecnologías y valores de uso ecológicos. Directamente: la orientación ecológica de la producción plantea nuevas demandas al desarrollo de la tecnología y de los valores de uso que requieren el incremento considerable de puestos de trabajo en la investigación, el desarrollo y la tecnología. Además, la reforma ecológica crea puestos de trabajo mediante la redistribución del trabajo social para proyectos ecológicos, saneamiento del suelo, aguas y aire, protección del paisaje, etc., así como para el desarrollo y producción de técnicas medioambientales.

La garantía del derecho al trabajo exige dar pasos trascendentales hacia la reducción radical del tiempo de trabajo y la redistribución del mismo, especialmente hacia la creación de nuevos puestos de trabajo en la esfera de los servicios humanos y de la construcción de viviendas.

5) Los verdaderos progresos en la reforma ecológica no se logran, en primer lugar, con muchas medidas individuales, sino con un proceder complejo, fuertemente entrelazado y trascendente. Para eso se requiere, entre otras cosas, lo siguiente:



ALTERNATIVAS
ECONOMICAS



ALTERNATIVAS
ECONOMICAS

— la reforma ecológica de la producción debe vincularse a las otras fases de la reproducción, a fin de imponer al mismo tiempo las exigencias medioambientales en la producción, la circulación y el consumo (cambios en el modo de consumo);

— conceptos para materias primas importantes que comprendan también una acción internacionalmente coordinada desde su reducción, pasando por el transporte, los procesos y tecnologías de tratamiento y elaboración, y la distribución y el consumo de mercancías, hasta el trato con los residuos de la producción y los productos y materias consumidos;

— soluciones complejas para problemas medioambientales escogidos, particularmente agravantes;

— las medidas individuales aisladas, como la instalación de catalizadores de tres vías en los motores Otto y el sistema dual para materiales de empaquetar usados, no toman en consideración el entrelazamiento de los sectores de la economía y, por tanto, no constituyen ninguna aportación esencial a la reforma ecológica de la economía. Al contrario, con la instalación del catalizador de tres vías se anuncia una protección supuestamente suficiente del medio ambiente natural, con lo que los daños medioambientales causados por el tráfico masivo de automóviles y los consiguientes perjuicios económicos aparecen en el primer plano de la discusión y de la conciencia pública. El sistema dual pretende tener la solución del problema de los residuos, pero en este sistema no se le concede ningún peso a evitar los residuos como problema realmente básico de la reorganización ecológica.

Los problemas de tráfico no se pueden solucionar incluyendo en procesos de reciclaje los materiales artificiales instalados en los coches, produciendo determinadas piezas a base de materias orgánicas o utilizando más coches eléctricos. Tales medidas sólo tienen verdadero sentido si forman parte de una concepción ecológica, integrada, del transporte, que esté orientada al deseable abandono de la sociedad del automóvil, al ferrocarril en vez de la carretera y a la reducción del tráfico.

6) La reforma ecológica de la economía sólo puede tener éxito si las medidas e iniciativas nacionales se entrelazan con acciones y conceptos internacionales. Pero la ausencia de un procedimiento internacionalmente acordado no debe aceptarse como excusa de los pasos insuficientes y lentos en la política nacional sobre medio ambiente. La reforma ecológica de la economía incluye la responsabilidad de las metrópolis industriales en la solución de los problemas medioambientales y de desarrollo existentes en los países del «Tercer Mundo». Un nuevo orden económico, justo, constituye en este sentido un elemento irrenunciable de la reforma ecológica a nivel global.

7) La reforma ecológica de la economía tiene que ir ligada a una mayor ecologización de toda la sociedad. Para eso es menester, entre otras cosas, la rede-

política nacional sobre medio ambiente. La reforma ecológica de la economía incluye la responsabilidad de las metrópolis industriales en la solución de los problemas medioambientales y de desarrollo existentes en los países del «Tercer Mundo». Un nuevo orden económico, justo, constituye en este sentido un elemento irrenunciable de la reforma ecológica a nivel global.

7) La reforma ecológica de la economía tiene que ir ligada a una mayor ecologización de toda la sociedad. Para eso es menester, entre otras cosas, la rede-

Junto a la riqueza material acumulada en los países industrializados, sobre todo la riqueza de los potentados, y a la redistribución de la renta y de los gastos del Estado, el crecimiento es una fuente necesaria de la que se obtienen o liberan los recursos necesarios para la solución de los problemas ecológicos.

finición o modificación de los criterios y prioridades aplicados al progreso de las fuerzas productivas y al bienestar, tomando en consideración las exigencias medioambientales. De aquí deben derivarse también consecuencias para la política de investigación financiada con fondos públicos.

Progreso en el desarrollo de las fuerzas productivas significa, entre otras cosas:

- un elevado nivel técnico en la aplicación moderada, racional, de la energía y de otras materias primas, del suministro energético y en el empleo de energías regenerativas;
- en el aumento de la productividad ya no se puede tratar de tecnologías que requieren el empleo máximo de material por unidad de tiempo o de capacidad, sino mucho más de tecnologías que minimizan el empleo de material por unidad de producto acabado;
- optimizar el empleo de los modernos medios de comunicación y transporte, incluidos los mecanismos e instrumentos económicos, de suerte que sea predominante el transporte ferroviario de mercancías y el transporte público frente al tráfico de mercancías por carretera y, en general, contribuyan a reducir los transportes;
- planificar el desarrollo urbano bajo la primacía de la salud, del medio ambiente natural y de redes de tráfico óptimas. Los centros urbanos deben cerrarse al tráfico normal de coches.

El bienestar no debe valorarse por el volumen de consumo de artículos masivos ni bienes de lujo. Bienestar significa en primer lugar:

- satisfacer las necesidades básicas de todos los seres humanos;
- mayor cuota de mercancías que se producen en ciclos cerrados y según criterios de evitar residuos;
- menos sustancias tóxicas en el aire, en las aguas, en los acuíferos y en el suelo, así como en los alimentos;
- zonas de recreo que no estén cortadas por autovías ni demás carreteras;
- una movilidad de las personas que sólo en una parte muy pequeña se efectúe con el transporte privado de coches;
- reducir los efectos negativos de las tecnologías modernas, especialmente la tecnología de la información y de la comunicación sobre los seres humanos;
- crear infraestructuras y servicios ecológicamente compatibles para los seres humanos.



ALTERNATIVAS
ECONOMICAS

La reforma ecológica de la producción debe vincularse a las otras fases de la reproducción, a fin de imponer al mismo tiempo las exigencias medioambientales en la producción, la circulación y el consumo (cambios en el modo de consumo).

VIII

La reforma ecológica exige también consecuencias de orden político. Se trata sobre todo de una nueva calidad de la cooperación entre regulación estatal y



ALTERNATIVAS ECONOMICAS

mercado, a fin de reforzar la influencia estatal en interés de las exigencias globales de la sociedad y de objetivos estratégicos a largo plazo, así como de tener en cuenta las dimensiones internacionales, globales, de los problemas medioambientales.

Son necesarios sobre todo cambios políticos en las direcciones siguientes:

— hay que conseguir cambios en el orden económico internacional que respondan a la magnitud de los desafíos existenciales de los problemas ambientales. La Conferencia de Río, la Carta de la ONU, los tratados de Maastricht para el desarrollo de la CE, etc., muestran la enorme brecha que existe entre las demandas urgentes para preservar el entorno natural y las regulaciones internacionales totalmente insuficientes. Se necesitan, entre otras cosas, cambios en el orden competitivo internacional que apoyen las demandas medioambientales, regulaciones que prohíban el tráfico de los residuos, que presten la ayuda necesaria a los países del «Tercer Mundo» para solucionar sus problemas medioambientales y contribuyan a preservar la diversidad de las especies.

— El tipo anterior de industrialización y la subsiguiente modernización se contradicen con las exigencias medioambientales. La formación del nuevo tipo ecológico de desarrollo económico no se puede alcanzar únicamente en el plano nacional. Requiere sacar consecuencias de orden político a nivel internacional.

— Los límites de la regulación del mercado se revelan con toda claridad en el ámbito ambiental. No basta con abandonarlo a las fuerzas del mercado, ni la mayor consideración de la contaminación ambiental en los cálculos de costes y resultados de las empresas (internacionalización de los costes ambientales), en el cómputo económico global ni en los sistemas fiscales (ecoimpuestos). Sólo pueden ser efectivos en un sistema global que comprenda también deberes y prohibiciones y sanciones estatales. No debe permitirse ninguna «compra libre» de daños ambientales peligrosos para la salud, como contaminación de las aguas. En los ecoimpuestos (por ejemplo, impuestos sobre el petróleo) o en los gravámenes económicos del tráfico automovilístico en los centros urbanos (elevadas tasas de aparcamiento) hay que tener siempre presente que, por lo general, suelen afectar más a los socialmente débiles.

— Las regulaciones de orden político deben subordinarse a una estrategia de largo plazo en el ámbito ambiental. No deben vincularse al ritmo de 4-5 años de las elecciones.

— La regulación estatal en interés de la preservación y mejora del medio ambiente exige la democratización de la política ambiental, mayores posibilidades para los ciudadanos de participar en las decisiones sobre el medio ambiente.

IX

De las reflexiones sobre la reforma ecológica de la economía se desprenden consecuencias para la política del PDS. He aquí algunas:

— Partiendo del programa del PDS debería elaborarse un programa inmediato para la reforma ecológica de la economía.

— El PDS elabora los programas y conceptos para la reforma ecológica, a nivel supraempresarial, con representantes sindicales y con los comités de empresa.

— El PDS actúa especialmente en los municipios en favor de la reforma ecológica de la economía

- recomendando y fomentando una producción que grave lo menos posible el medio ambiente;

- aprobando asentamientos comerciales e industriales sólo cuando se hayan consumido ya todas las superficies útiles y no se dediquen a ellos superficies verdes;

- apoyando regulaciones de residuos que den preferencia a evitarlos.

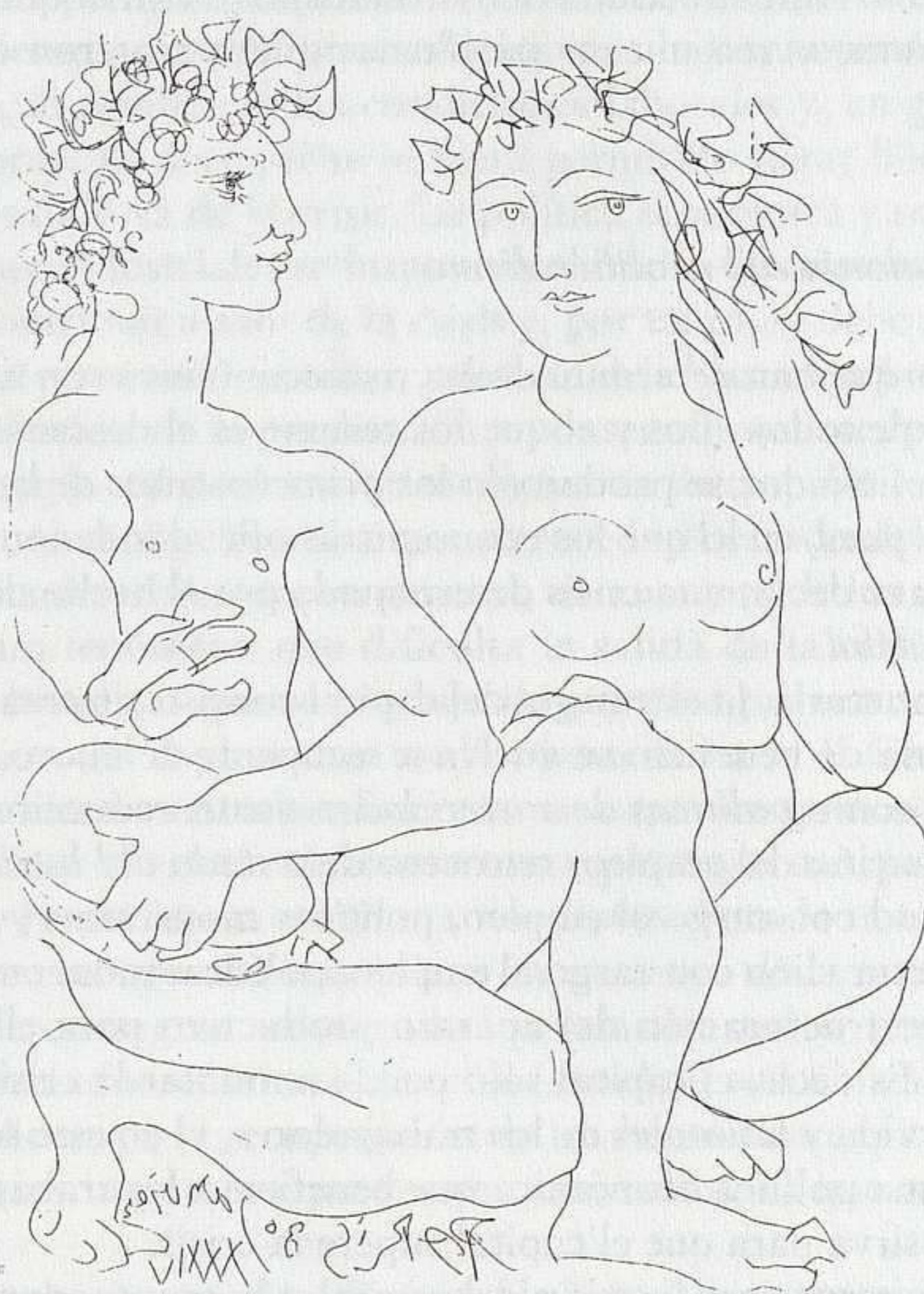
— El PDS elabora ideas sobre cómo estos conceptos pueden traducirse en el empleo de energías regenerativas.

— El PDS inicia múltiples iniciativas para la reforma ecológica del tráfico, que van desde propuestas concretas sobre el apoyo político de grupos, hasta acciones para establecer una organización ecológica del tráfico. ■

(Traducción de Vicente Romano)



ALTERNATIVAS
ECONOMICAS



Desnudos con pandero 1934
Pablo Picasso



La izquierda ante el ocaso del neoliberalismo

Jesús Albarracín

Los historiadores del futuro se refirirán a los años ochenta como la década neoliberal, en la que se impuso el conservadurismo más extremo y retrocedieron la cultura, la creación artística e incluso las libertades políticas. Y concluirán que fracasó, porque no fue capaz de sacar el capitalismo de la crisis en la que se encontraba. Antes al contrario, la radicalidad con la que se impuso el liberalismo económico creó nuevos problemas que le situaron en una posición más delicada.

1. *La hegemonía del neoliberalismo*

Los factores que han determinado la crisis económica son múltiples, pero el más importante de todos ellos y el que los resume es el descenso a largo plazo de la tasa de beneficio que se produjo en los primeros años de la década de los setenta. Se trata, pues, de lo que los economistas oficiales denominan *crisis de oferta* o, como Marx decía, una crisis determinada por el hecho de que *la burguesía es demasiado débil*.

Para remontarla, la estrategia del capital consiste en crear las condiciones para que la tasa de beneficio se vuelva a recuperar de nuevo, lo que exige lo que conocemos como *políticas de austeridad y ajuste*: reducción de los salarios reales, precarización del empleo, retroceso del *estado del bienestar*, aumento de la productividad con cargo al empleo, políticas monetarias y financieras restrictivas, reestructuración con cargo al empleo, políticas monetarias y financieras restrictivas, reestructuración del aparato productivo para eliminar la capacidad ociosa, etc. Es decir, el capital sólo puede remontar la crisis a costa de las condiciones de vida y laborales de los trabajadores, y, en este sentido, no es posible encontrar una política económica que beneficie a los trabajadores y que al mismo tiempo sirva para que el capital supere la crisis.

Ante la internacionalización del capital y la envergadura de la crisis, no caben soluciones aisladas para los países, sino que se requiere que la elevación de la tasa de beneficio se produzca en una parte sustancial del mundo capitalista.

Esto explica la generalidad que han adquirido las políticas de austeridad y ajuste, y la particular superexplotación del tercer mundo que se está produciendo. Pero la situación actual del capitalismo tiene otros componentes *económicos*: crisis del sistema monetario internacional, pérdida de la hegemonía americana, agudización de la competencia interimperialista —fundamentalmente entre los tres bloques: USA, CEE y Japón—, apertura de potenciales mercados en los países del Este, con la crisis del llamado *socialismo real*, etc. Todo ello hace que al conflicto capital-trabajo se le superpongan otros, que políticamente pueden tener mucha importancia, pero que no eliminan el carácter de clase que tiene la salida de la crisis económica.

Desde el principio de la crisis, la ideología keynesiana, que animó la política económica durante el período de expansión posterior a la II Guerra Mundial, fue perdiendo terreno en beneficio del liberalismo económico, porque éste aparecía a los ojos de la clase dirigente como la mejor forma de hacer efectivos los objetivos de la política de austeridad.

En primer lugar, el liberalismo trata de presentar a la crisis como resultado de que no se ha dejado jugar libremente al mercado. La causa de la misma no hay que buscarla en ningún pretendido debilitamiento de la demanda o en el descenso de la tasa de beneficio, sino en un «shock de oferta» que ha afectado negativamente a las condiciones que determinan la producción: las sucesivas elevaciones del precio del petróleo. La crisis habría tenido una corta duración si los trabajadores hubieran aceptado unos salarios más bajos, la pérdida coyuntural de sus empleos, el cambio en las condiciones laborales y, en general, las medidas estabilizadoras. Es decir, si se hubiera permitido jugar libremente al mercado, se hubiera salido ya de la crisis. La política económica y social de los gobiernos de los países industriales se inspira en el hecho de que el mercado es lo único que puede contribuir a salir de la crisis y, por tanto, se debe avanzar en la desregulación de la economía. Se trata, pues, de dejar actuar a la crisis para permitir la reestructuración de la producción y conseguir una recuperación de la tasa de beneficio por la vía de desvalorizar la fuerza de trabajo.

En segundo lugar, el capital necesita que retroceda el estado del bienestar. La crisis económica ha determinado, en general, un aumento de los déficits públicos, pero esto es un fenómeno que dificulta la salida de la crisis. El crecimiento de la tasa de beneficio que se produjo durante los primeros momentos de la fase de expansión del capitalismo tardío, posterior a la II Guerra Mundial, permitió que hubiera recursos suficientes para que los gastos del Estado crecieran y se extendiera el *estado del bienestar*, y para que una parte sustancial de los mismos se financiara con cargo a impuestos. Pero la tasa de beneficio ha descendido y su recuperación requiere un aumento de la tasa de explotación. Esto se puede conseguir reduciendo los salarios reales, pero también actuando sobre los llamados salarios indirectos (sanidad, enseñanza, etc.) y diferidos (pensiones). Además, la recuperación de los beneficios capitalistas exige una reducción de los impuestos que recaen sobre ellos, lo que agravaría el déficit público.

Hay también razones monetarias. Durante la actual fase recesiva, la inflación permanente sigue siendo la tónica dominante. El capital necesita un cierto grado de subida de precios, porque esto facilita la realización de la plusva-



ALTERNATIVAS
ECONOMICAS



ALTERNATIVAS
ECONOMICAS

lía, pero todos los países están interesados en reducir la inflación para que sus mercancías no pierdan competitividad en el mercado internacional y tiene que controlarse, pues, si se disparara, se desarticularía todo el sistema económico. Es necesario limitar el crecimiento del crédito y de la cantidad de dinero, pero cuanto más aumente el déficit del sector público, menor margen quedará para que crezca el crédito al sector privado. El crecimiento de este último es una fuente de inflación que más le conviene al capital, pues aminora los efectos que tiene la crisis sobre los beneficios y facilita la realización de la plusvalía. Por el contrario, el déficit público no es la mejor política para que el capital remonte la crisis, sino la peor, pues supone un obstáculo para el crecimiento de la tasa de beneficio y, además, es una fuente de inflación permanente no deseada.

En tercer lugar, la crisis del sistema monetario internacional ha reforzado el proyecto liberal. El funcionamiento de la economía capitalista depende de la solidez de dicho sistema, que está ligada a la existencia de una potencia hegemónica cuya moneda sea aceptada como unidad de cuenta, de medio de cambio y depósito de valor. Estos papeles los desempeñaron los Estados Unidos y el dólar durante el largo período de expansión posterior a la II Guerra Mundial, pero a principios de los años setenta la tendencia a la depreciación a largo plazo del dólar, debida fundamentalmente a los problemas estructurales de la economía americana, puso fin al patrón dólar y al sistema de tipos de cambio fijos que había funcionado hasta entonces, si bien debe resaltarse que, dado el predominio de las concepciones keynesianas y el alto valor que el pleno empleo tenía como objetivo de la política económica, los cambios fijos se consideraban ajustables cuando las economías arrastrasen un déficit estructural de sus balanzas de pagos.

Ante la internacionalización del capital y la envergadura de la crisis, no caben soluciones aisladas para los países, sino que se requiere que la elevación de la tasa de beneficio se produzca en una parte sustancial del mundo capitalista.

Para la CEE, la crisis del sistema tuvo como consecuencia una gran inestabilidad en las cotizaciones de las monedas, lo que perturbaba el funcionamiento del mercado común y chocaba con los objetivos económicos últimos que perseguía la construcción europea: el establecimiento de un mercado único con una moneda también única. El logro de una estabilidad aceptable entre las monedas europeas obligaba a una cierta convergencia de las políticas económicas, pero sobre todo el allanamiento del terreno para imponer la moneda única elevaba al tipo de cambio de categoría, pasando de ser una variable en la instrumentación de la política económica, a un objetivo al que sacrificar otros objetivos, todo lo cual reforzaba la estrategia liberal elegida por los gobiernos para afrontar la crisis e impregnaba de liberalismo el proceso de la construcción europea.

Así pues, el neoliberalismo económico, para distinguirlo del liberalismo a secas que inspiró a la burguesía revolucionaria del siglo XIX —por contraste con aquél, éste necesita leyes represivas, como la de seguridad ciudadana, para poder imponerse— ha sido la ideología adoptada por el capital para remontar la

crisis económica a su favor. Pero no es la única política posible que puede conseguirlo: la austeridad y el ajuste no tienen por qué ser siempre liberales y, de hecho, pueden dejar de serlo muy pronto.

2. Los límites del neoliberalismo

Casi dos décadas después de iniciada la crisis económica, la política neoliberal no ha sido capaz de crear las condiciones necesarias para que el capitalismo las supere: aunque la tasa de beneficio se ha recuperado, todavía está muy lejos de los niveles que tenía antes de la crisis económica y que se requerirían ahora para iniciar una nueva fase de expansión de larga duración. Por el contrario, la política neoliberal ha creado problemas nuevos, que pueden tener una gran importancia en la nueva recesión cíclica que se ha iniciado:

En primer lugar, la política neoliberal ha sido la culpable de que el capitalismo se haya asentado sobre una *hipertrofia financiera*, basada en una *economía de papel*, que no tiene nada que ver con la economía real. Esto no es una característica específica de la onda recesiva actual, pues ha sido un rasgo en la historia del capitalismo que en las fases de prolongado estancamiento, a falta de una rentabilidad suficiente del capital en la esfera productiva, se desarrollaran actividades especulativas que implican un mecanismo de explotación adicional de los trabajadores. Pero, en la actualidad, este fenómeno está adquiriendo unas dimensiones desconocidas.

El extraordinario desarrollo de la actividad financiera que ha tenido lugar en la última fase de expansión y las alzas especulativas en los mercados de valores y el sector inmobiliario, que todavía no se han desinflado, constituyen una bomba de relojería adosada al sistema, que puede estallar en cualquier momento y provocar una crisis de alcance imprevisible. Multitud de nuevos instrumentos financieros, de nuevos mercados, de nuevas instituciones y de nuevas operaciones han convertido al capitalismo en un enorme casino, donde masas astronómicas de capitales errantes, sin apenas relación con los flujos reales a los que centuplican, buscan rentabilidades a través de apuestas especulativas que se suceden las veinticuatro horas del día. La inestabilidad intrínseca de todo ese montaje es indiscutible y es así como en los últimos tiempos se han vivido algunas conmociones financieras —el crash de los mercados de valores en 1987, la repetición en 1989, el pánico desatado en algunos otros momentos, como al estallar el conflicto del Próximo Oriente, la caída en más de un 30 por 100 de la bolsa de Tokio desde 1990, las especulaciones contra las monedas europeas en el otoño de 1992—, que deben interpretarse como preavisos de algo que está por ocurrir: la desactivación de la burbuja financiera que se ha creado.

La magnitud que ha cobrado la esfera financiera supera cualquier otra etapa histórica, incluida los años que precedieron a la gran depresión del 29. Los niveles de las cotizaciones de las principales bolsas, a excepción de la de Tokio, están todavía más altos que antes del crash de 1987, después de haberse recuperado de aquellas jornadas y otras de cariz parecido. Por esos niveles, que dan una rentabilidad de las acciones muy por debajo de los tipos de interés en los mercados financieros sin que existan expectativas de plusvalías, por el carácter



ALTERNATIVAS
ECONOMICAS



ALTERNATIVAS ECONOMICAS

Para la CEE, la crisis del sistema tuvo como consecuencia una gran inestabilidad en las cotizaciones de las monedas, lo que perturbaba el funcionamiento del mercado común y chocaba con los objetivos económicos últimos que perseguía la construcción europea: el establecimiento de un mercado único con una moneda también única.

especulativo que tienen y por la volatilidad que han adquirido las operaciones y los movimientos de capitales, no pueden descartarse nuevas convulsiones financieras. Antes de que se inicie otro ciclo expansivo como el de los años ochenta y, sobre todo, antes de que se emprenda una onda larga expansiva, parece imprescindible un saneamiento del sistema que destruya parte del capital financiero. Ninguna recuperación firme puede desarrollarse con la rémora de la hipertrofia y la degeneración financiera que han tenido lugar.

Esta *hipertrofia financiera* repite otras etapas históricas del capitalismo, pero su magnitud y características reflejan condiciones específicas de su actual estadio de evolución —internacionalismo del capital, descomposición del sistema monetario internacional, desregulación de los mercados—, que hacen más inestable y peligrosos el castillo de naipes levantado con la expansión financiera y crediticia. Como se indicaba, no parece posible una nueva onda larga expansiva sin un previo saneamiento y, probablemente, ni siquiera una recuperación coyuntural.

En segundo lugar, la política neoliberal ha introducido un componente de de-

manda a la crisis actual, pero esto no es nuevo en la historia del capitalismo. Hasta la crisis de los años treinta, la economía neoclásica, fundamento último del liberalismo económico, había sido hegemónica en el seno de la burguesía. El mercado era la institución perfecta por excelencia, pues garantizaba que cualquier aumento de la producción se traduciría en un aumento equivalente de la demanda que haría frente a la misma. Como dijeron Von Mises y Von Hayek, en 1929, no podía haber depresión si la competencia perfecta funcionaba sin trabas.

La estructura neoclásica había sido montada sobre el supuesto de que el pleno empleo era el nivel al que trabajaba la economía, que todo alejamiento de él sería coyuntural y que la propia economía generaría los remedios necesarios para volver a la normalidad. Se producían crisis periódicas, pero cumplían un papel objetivo de adaptar la capacidad productiva al poder adquisitivo existente. Hacían desaparecer a las empresas menos productivas o más anticuadas, creaban las condiciones de una nueva

recuperación. Sólo bastaba con dejar que actuaran las libres fuerzas del mercado para conseguir que la economía se saneara a largo plazo.

Pero esto no tenía nada que ver con la realidad de los años treinta: el paro alcanzaba proporciones inusitadas, la capacidad productiva ociosa era la norma y nada indicaba que esta situación se fuera a corregir por sí sola. Y los peligros para el capitalismo de tal situación se empezaron a considerar superiores al no saneamiento del aparato productivo y la estabilidad monetaria. Los grupos más importantes del capital y los gobiernos de los principales países optaron por un cambio en la política económica como medio de mitigar los efectos de la crisis. La llamada «revolución keynesiana» y el cambio del papel que del estado en la gestión de la economía que supuso, no fueron sino la expresión ideológica cons-

ciente de este cambio de prioridades por parte de la clase dirigente. Desde entonces, el Estado ha jugado un papel prominente en el funcionamiento de la economía capitalista, la ideología keynesiana ha sido dominante y los gobiernos han utilizado sus recetas con el doble propósito de mantener la demanda efectiva y evitar la crisis, y extender el gasto público de carácter social para integrar las reivindicaciones de la clase obrera. Fue lo que se conoce como «Estado del bienestar».

¿Ocurre ahora lo mismo que en los años treinta? A lo largo de la década de los ochenta, la economía occidental registró una expansión cíclica de cierta entidad, que hace tiempo tocó a su fin. Primero fueron Estados Unidos y el Reino Unido, los que antes del conflicto del Golfo Pérsico, hace más de dos años, entraron en una recesión, mientras que en Japón y en el resto de Europa la actividad económica se desaceleraba acusadamente. Pero ahora las tasas negativas de crecimiento del PIB han llegado ya a Japón y a Alemania, y el fantasma de la recesión recorre el viejo continente.

En 1988 el punto más alto de la pasada expansión cíclica, el PIB conjunto de la CE creció a tasas superiores al 4 por 100, el año pasado sólo lo hizo un 1,1 por 100 y ahora ningún organismo oficial espera que en 1992 se alcance esta última cifra. El Reino Unido continúa sin salir de la recesión, a pesar de los esfuerzos reactivadores del Gobierno desde que la libra abandonó el SME en septiembre pasado; Alemania, cuyo PIB ya ha descendido un 0,5 por 100 en el tercer trimestre, se está adentrando decididamente en ella, y en el resto de la comunidad la actividad económica sigue debilitándose, los problemas económicos y sociales agravándose (el paro crece en todos los países), y las perspectivas no se despejan.

Detrás de la actual recesión hay un importante componente de crisis de demanda, provocado por casi veinte años de políticas de austeridad y ajuste. Los gobiernos más fervientemente liberales siguen insistiendo en la necesidad de continuar estrangulando a la economía, pero esto supone echar leña al fuego de una recesión que puede llegar a ser pavorosa, porque nadie hace nada por evitarla. En este sentido, la gravedad de la recesión combinada con la inestabilidad financiera internacional comienza a recordar demasiado a la situación de los años 30. ¿Es extraño que el liberalismo haya comenzado a retroceder?

La tasa de beneficio no se ha recuperado suficientemente en ninguno de los países industriales, de modo que el capital sigue necesitando las políticas de austeridad. Pero el liberalismo ha fracasado, porque no ha solucionado los problemas estructurales y puede agravar considerablemente los coyunturales: inestabilidad financiera y agudización de la crisis por debilidad de la demanda.

3. *El mundo al que nos enfrentamos*

Sin embargo, el fracaso del neoliberalismo no significa que la política económica de los gobiernos occidentales vaya a cambiar inmediatamente. La situación es mucho más contradictoria. Por un lado, la victoria de Clinton anuncia una política más expansiva en los Estados Unidos y puede esperarse que continúen



ALTERNATIVAS
ECONOMICAS



ALTERNATIVAS ECONOMICAS

actuando elementos de *políticas de demanda* en Japón y el Reino Unido, que serán contradictorios, pero que indican que hay sectores del capital significativos que han dejado de creer que las políticas de mercado, llevadas a sus últimas instancias, puedan servirles para remontar la crisis. Por otro lado, la cumbre de Edimburgo ha mostrado que la Europa comunitaria sigue bajo la influencia de la política ultraliberal del Bundesbank, lo que significa dos cosas: que la recesión será pavorosa, porque cuando se quiera reaccionar será tarde, y que las agresiones al *estado del bienestar* continuarán.

El panorama recesivo empieza a preocupar en las altas esferas de la comunidad, pero no es fácil encontrar una solución colectiva al problema, por las profundas discrepancias políticas que existen entre ellos. Europa está incapacitada para luchar contra la recesión por culpa de Maastricht, porque los requisitos de convergencia para implantar la moneda única tienden a trabajar a favor del ciclo recesivo. La lucha contra la inflación exige una política restrictiva —mantenimiento de altos tipos de interés, política monetaria rigurosa, etc.— y la reducción de los déficits públicos implica disminuir los gastos públicos y aumentar los ingresos, lo que supone un impacto negativo considerable sobre la demanda agregada.

Maastricht, por tanto, es un obstáculo para remontar la crisis económica y ésta es una de las claves para entender la «jaula de grillos» en que se han convertido las reuniones de las altas esferas de la Comunidad. Por un lado, Alemania aplica una política de altos tipos de interés para financiar la unificación, sigue obsesionada por la estabilidad monetaria e intenta imponer este criterio a toda Europa. Como ha dicho Schlesinger ante el Parlamento Europeo, «el Bundesbank cree que los criterios de convergencia no son ni muy claros ni particularmente severos». Pero, por otro lado, los efectos sociales de la recesión empiezan a ser alarmantes en todo el continente, lo que empujará a soluciones individuales en cada país, que inevitablemente ponen en cuestión la política ultraliberal que se viene practicando y agudizan las discrepancias en torno a la construcción europea diseñada en Maastricht.

Por lo que se refiere al Estado español, esto tiene importancia, porque las posibles políticas keynesianas está aquí más lejos que en ningún otro sitio. El Gobierno está decidido a que la economía española esté en el grupo de cabeza que construirá la Unión Económica y Monetaria en 1997, y no hay nada que pueda detenerle. Ha apostado decididamente por un proyecto cuya viabilidad es dudosa, pues ya ha sido rechazado por Dinamarca, todavía no ha sido refrendado por el Reino Unido y Alemania, y, para salir adelante, todavía debe enfrentarse a una recesión que puede ser pavorosa, porque la política de convergencia tiende a agravarla. Ha convertido el tipo de cambio en un objetivo supremo, en cuyo altar hay que sacrificar todo, subvirtiendo lo que dice el sentido común: que el tipo de cambio es un medio y no un fin en sí mismo, y que los objetivos son el empleo, el bienestar, el desarrollo, etc. Y está dispuesto a que la sociedad española pague el precio, poniendo en práctica una política económica tan regresiva y dura como sea necesario.

Dicho precio puede ser muy alto, porque la economía española no es del grupo de cabeza de la comunidad y, con la política del Gobierno, mucho menos lo será en 1997. El PIB per cápita español representaba en 1989 sólo el 58,5 por

100 de la media de los cuatro principales países de la CE —Alemania, Francia, Italia y el Reino Unido— y ello se debía, en parte, a que la productividad era menor —el 76,5 por 100 de la media de la CE—, pero también a que en la economía española trabaja menos gente: 323 por cada 1.000 habitantes frente a 422 en la CE. Y esto último es lo importante, porque si en nuestro país trabajara el mismo porcentaje de la población que en la CE, el desfase en el PIB per cápita se reduciría en 18 puntos.

El Gobierno han basado su política en el aumento de la productividad y el resultado ha sido que, en la actualidad, el empleo es notablemente menor que el que había en 1975, mientras que, en ese período de tiempo, la población activa potencial ha crecido en casi tres millones y medio de personas. Se ha desperdiciado la potencialidad de la economía española y, a juzgar por las previsiones del Ministerio de Economía —500.000 ocupados menos en 1992—, se seguirá desperdiciando. Con esta política nos hemos alejado de Europa y, en el futuro, nos seguiremos alejando.

Estos factores estructurales ha tenido su traducción en las cuentas exteriores. Desde el primer momento de la integración en la CE se puso de manifiesto la incapacidad del aparato productivo español para resistir la competencia exterior: el déficit comercial ha pasado del 3,2 por 100 del PIB, en 1985, al 6,4 por 100, en 1991, llegando a ser el más importante comparativamente entre los países industriales. ¿Cuál es el tipo de cambio de la peseta que restauraría el equilibrio de nuestra balanza de pagos, o, al menos, que reduciría significativamente tan importante desequilibrio? Dadas las condiciones de la economía española y el contexto ultracompetitivo que se ha instalado en Europa desde el Acta Unida, probablemente no existe.

El Gobierno socialista está empeñado en mantener la peseta en el SME a toda costa, pero el precio a pagar puede ser enorme y, al final, no conseguirá su objetivo. El capitalismo se ha convertido en un enorme casino y no cabe esperar que nadie apueste por el perdedor, porque la debilidad de la economía española es sobradamente conocida. Y el Sistema Monetario Europeo se ha transformado en un monstruo que devora a sus hijos y que no recuperará la estabilidad completa hasta que no esté formado exclusivamente por el marco y sus satélites.

4. ¿Hay un espacio para políticas socialdemócratas?

Durante la fase de expansión posterior a la II Guerra Mundial, la socialdemocracia se apoyó en la imagen negativa que el *socialismo real* tenía a los ojos de los trabajadores occidentales para insistir en que el verdadero socialismo democrático no se conseguiría con una aventura revolucionaria, que ya se veía a lo que había conducido, sino reformando el capitalismo, corrigiendo sus injusticias.



ALTERNATIVAS
ECONOMICAS

Sin embargo, el fracaso del neoliberalismo no significa que la política económica de los gobiernos occidentales vaya a cambiar inmediatamente. La situación es mucho más contradictoria.



ALTERNATIVAS ECONOMICAS

Maastricht, por tanto, es un obstáculo para remontar la crisis económica y ésta es una de las claves para entender la «jaula de grillos» en que se han convertido las reuniones de las altas esferas de la Comunidad.

ticias y profundizando en la democracia. En la teoría y en la práctica aceptaban el mercado y la economía de mercado, pero se afincaron en el «Estado del bienestar», lo tomaron como una seña de identidad propia y en los sitios donde gobernaron se preocuparon de desarrollarlo.

Pero a partir de la crisis económica, el desarrollo del Estado del bienestar se ha hecho contradictorio con las necesidades objetivas del sistema económico y no es posible gestionar la economía capitalista sin hacer retroceder al Estado del bienestar. Y entonces se inició el desplazamiento a la derecha: primero, del partido socialista francés, después del español y ha terminado afectando incluso al sueco. La antigua socialdemocracia instalada en los gobiernos se sigue apoyando en un sector de trabajadores para ganar las elecciones, pero practica una política liberal que difícilmente se podría distinguir de la de Thatcher o Reagan. Su discurso ideológico pretende diferenciarse del de la derecha en los valores éticos (solidaridad, cooperación, tendencia a la igualdad, eliminación de la pobreza), pero han abrazado el mercado y la economía de mercado como seña de identidad y se han hecho liberales.

Pero, ¿existe un espacio para una política socialdemócrata? Si el liberalismo fracasa, podemos incluso asistir a un cierto auge de políticas de demanda de corte keynesiano, pero no en el sentido de beneficiar a los trabajadores, porque esto iría en contra de la salida capitalista de la crisis. Una política de corte keynesiano paliaría los efectos del componente de demanda que se ha añadido a la crisis, pero no eliminaría los factores que están detrás de la caída de la tasa de beneficio. Sólo mostraría que la política económica liberal *no es la única alternativa* para el capital. La política de austeridad —en lo que se refiere a la reducción de los salarios reales, la flexibilización del mercado de trabajo, el retroceso del Estado del bienestar, etcétera— seguiría siendo necesaria, aunque hubiera que completarla con acciones del Estado para sostener

la demanda de las grandes corporaciones (lo que los keynesiano-marxistas americanos llaman *nuevo corporativismo*).

Así pues, a la socialdemocracia se le ha segado la hierba bajo los pies, porque no se puede combinar la aceptación del capitalismo con una intervención creciente del Estado, para corregir los efectos más perniciosos del mercado y el desarrollo del *Estado del bienestar*, elementos sobre los que construyó su discurso político en los 25 años posteriores a la II Guerra Mundial. La socialdemocracia que está en los gobiernos se ha desplazado hacia el liberalismo, sabiendo que a su izquierda dejaba el vacío político.

5. La alternativa de la izquierda

La izquierda debe partir de dos consideraciones. Por un lado, la izquierda, por cruda que parezca la perspectiva, no tiene más opción consecuente que oponer-

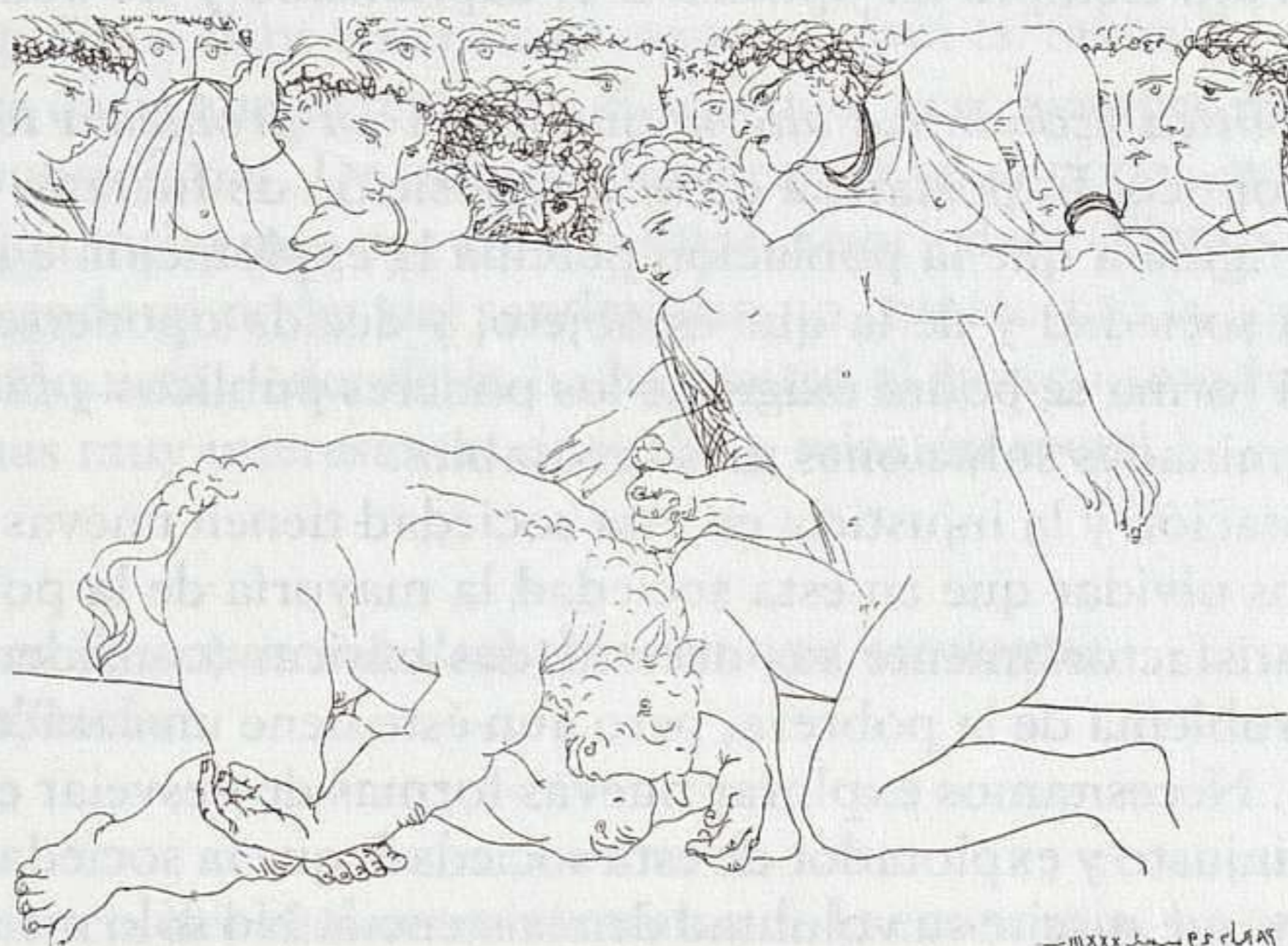
se a la integración europea que se está llevando a cabo, para luchar legítimamente contra la política desquiciada del Gobierno. Por otro, en el contexto de la crisis económica actual, una política económica que quiera ser realmente de izquierda, esto es, que beneficie a los trabajadores y que tienda a reducir la desigualdad social, chocará con la oposición cerrada del capital y, por lo tanto, exigirá un cambio en la correlación de fuerzas para imponerla, que no será posible si no recupera sus señas de identidad, que se han difuminado durante los últimos años.

Por un lado, esto pasa por la defensa de los intereses inmediatos de los trabajadores —salarios, condiciones laborales, empleo, las prestaciones sociales, etcétera—, defensa que, en contraste con lo que viene ocurriendo, debe tener un carácter más ofensivo que en el pasado reciente, dado el retroceso ideológico del liberalismo. En este sentido, una cosa es que haya márgenes para políticas socialdemócratas y otra que la izquierda deba abandonar la reivindicación de políticas expansivas o el desarrollo del Estado del bienestar, pues pueden ser beneficiosas para los trabajadores y tendrán más credibilidad entre ellos.

Por otro lado, la izquierda debe reforzar su carácter transformador, reivindicando una serie de medidas que cuestionan el sistema en profundidad, a las que la clase dominante y los gobiernos se opondrán cerradamente, pero que son sus señas de identidad. Entre ellas se pueden citar: el cambio en el papel del Estado como factor de corrección de los efectos perversos del mercado —control de los sectores clave de la economía, corrección de los desequilibrios regionales, instrumento para la satisfacción de las necesidades colectivas, creador de empleo, etcétera—, la defensa frente al liberalismo extremo a escala internacional, que ha llegado a convertir la competitividad en la norma suprema de regulación social —restricción a los movimientos de capital, eliminación del tipo de cambio como objetivo supremo, etc.— y la lucha por una Europa edificada sobre bases diferentes a las que se han diseñado en Maastricht. ■



ALTERNATIVAS
ECONOMICAS



Minotauro en la arena, vencido por un joven, 1933
Pablo Picasso



ALTERNATIVAS
ECONOMICAS

Alternativas económicas de la izquierda: Algunas cuestiones para un debate

Miren Etxezarreta

Las premisas básicas

1. *No hay políticas económicas alternativas.* En el capitalismo, el margen de maniobra para una política económica realmente alternativa es extremadamente reducido. No podemos ignorar la naturaleza del capitalismo y creer que va a permitir una alteración sustancial de sus reglas.

Por ello, la izquierda debe de plantear muchas más políticas de resistencia que políticas de gestión. El gestionar el capitalismo no debería constituir un objetivo de la izquierda, sino la vigilancia permanente y activa frente al capitalismo, para evitar sus tendencias esenciales y sus excesos. La reivindicación permanente.

Esto no quiere decir que la posición de la izquierda será siempre de negativa. Podría pactar, especialmente en aspectos concretos, cuando considere que está defendiendo los intereses de la mayoría de la población y los trabajadores. Pero siempre en oposición al capitalismo y no como gestor del mismo.

2. *La política económica alternativa no es un problema técnico.* Es un problema político. Importancia de la composición de fuerzas. La lucha tiene que ir dirigida a que la población perciba la explotación e injusticia que supone esta sociedad y de la que es objeto, y decida oponerse a la misma. Sólo de esta forma se podrá exigir de los poderes públicos y fácticos, imponerles determinadas soluciones más favorables.

La explotación y la injusticia en esta sociedad tienen nuevas expresiones. No podemos olvidar que en esta sociedad la mayoría de la población tiene cubiertas satisfactoriamente sus necesidades básicas (consideración aparte merece el problema de la pobreza, pero aun éste tiene un carácter distinto al del pasado). Necesitamos explorar nuevas formas de desvelar el carácter radicalmente injusto y explotador de esta sociedad, que la sociedad actual pueda percibir y que suscite su voluntad de resistencia. No sólo me refiero a nuevos problemas como tan a menudo se mencionan: ecologismo, feminismo, pobreza, tercer mundo..., sino a cómo desvelar, revelar, de manera com-

previsible y dinamizadora para la gente relativamente acomodada la explotación e injusticia fundamental que una sociedad capitalista implica. Por ejemplo, la vulnerabilidad total de los trabajadores, la incertidumbre laboral (despidos, jubilaciones a voluntad de la empresa, manipulación de puestos y horarios de trabajo), la total imposibilidad de incidir en las decisiones productivas, la esterilidad de la democracia parlamentaria para incidir desde la base en decisiones importantes (grandes opciones sobre la vida social —educación, salud, medioambiente, ciudades—, presencia en la organización de los servicios colectivos, planificación social...)

3. *Necesidad de definir muy claramente los objetivos de la izquierda.* ¿Se propone un avance de la sociedad de consumo o una sociedad distinta, más solidaria? ¿Un «modus vivendi» en y con el capitalismo, o un caminar hacia un sistema económico-social diferente? Necesidad de potenciar un modelo de sociedad: los límites del productivismo, la necesidad de diseñar una nueva composición del producto, los procesos y formas de trabajo, de modificar las formas de consumo y de relación social, de vida. El respeto al medioambiente. «Nosotros, al contrario, les decimos a los obreros, tendrán que pasar quince, veinte, cincuenta años de guerras civiles y luchas populares no sólo para cambiar las condiciones, sino también para que cambien ustedes y puedan ser capaces de ejercer el poder político» (Marx). No ofrezcamos «más de lo mismo», sino una forma distinta de sociedad y vida. Bastantes grupos sociales parecen estar bastante preparados para ello. (Cuidado, esto no quiere decir austeridad y pobreza per se. Nada de esto. Bienestar frente a «riqueza». El máximo bienestar posible, pero obtenido y disfrutado de una forma diferente. Ejemplo de «riqueza» con turnos y ritmos de trabajo infames. Con paro y marginación.)

4. *La muy relativa importancia del poder político.* Para todo esto no se puede tener prisa, ni ganas de gobernar rápidamente. El objetivo es transformar la sociedad. El poder en tanto en cuanto pueda ayudar a ésto, pero no por sí mismo. La dicotomía entre el trabajo en la base y la preocupación por el poder político debe tener una respuesta clara en favor del primero (lo cual no quiere decir que se renuncia al segundo, pero siempre de forma instrumental y subsidiaria). De otro modo se estará en el poder, pero se habrá esterilizado una lucha más por transformar la sociedad. (Ejemplos de Nicaragua —la llegada al poder del sandinismo no transformó la sociedad—, y la España franquista —donde la lucha contra el franquismo hizo ensayar muchas formas muy interesantes de lucha y relación social.)

Algunas líneas de actuación deseables en una economía internacionalizada

Nota previa:

a) Insuficiencia del análisis en términos de la economía. La economía está formada por grupos sociales y hay que ver la incidencia que la dinámica de aquélla tiene en cada uno de los grupos.



ALTERNATIVAS
ECONOMICAS



ALTERNATIVAS ECONOMICAS

b) La internacionalización (manifestada en una doble tendencia a la globalización y la regionalización) es el modelo del capital. Papel central de la competitividad a nivel mundial y los flujos de capitales. Deseos y tendencia a la liberalización completa por parte del capital internacionalizado, para poder operar con la máxima libertad a nivel mundial. Resistencias y conflictos que fuerzan a la regionalización. España peón menor en este marco. Dificultades de una política económica autóctona.

c) No es lo mismo una política económica alternativa para épocas normales que ahora para sacar a la economía de la crisis en que está situada. Me referiré principalmente a políticas para épocas normales.

En este marco, desde la izquierda:

— Objetivo central: una economía eficiente, con una distribución equitativa. El empleo como mecanismo básico de distribución equitativa. El empleo como mecanismo básico de distribución de la renta.

Articulación de un sistema de orientación colectivo y regulación pública, y la economía de mercado.

Una economía saneada es una economía capaz de producir eficientemente. Necesidad de una política productiva, que sea el eje central de la política económica. Producción de mercancías y servicios productivos (no posmodernidad). Necesidad de la planificación económica de las grandes decisiones y su articulación con el mercado (inversión vs. consumo; composición de la producción...). Necesidad y no renuncia a la regulación social del mercado.

— Modelo económico: economía productiva abierta (con controles selectivos), basada fundamentalmente en la demanda interna. El ámbito externo función de la demanda interna y no al contrario. Demanda interna por:

- Problemas para modelos basados en exportaciones:
 - a) No tenemos suficiente tecnología avanzada.
 - b) Ni salarios «suficientemente» bajos para competir con países no centrales (incluido sureste asiático).
 - c) No genera empleo suficiente.
- ¿Es posible pensar en reserva de ciertos mercados —proteccionismo— a precios mundiales (lo que aseguraría competitividad)? Por ejemplo,
 - a) Licitaciones públicas: a precios iguales, preferencia nacional.
 - b) Reserva de mercados a productos nacionales si ofertan al mismo precio que extranjeros.

No renunciar a ciertos controles externos. (De hecho, Estados Unidos, Japón y CE los mantienen). Sin una cierta capacidad de control de los elementos externos —flujos de capitales y comercio exterior— no es posible —o es extremadamente limitada— una mínima política económica autóctona. Necesidad de renegociación/planteamiento de la adhesión a la CE.



ALTERNATIVAS
ECONOMICAS

Orientación y control de las inversiones directas de capital extranjero, dirigiéndolas a sectores preferentes. Capacidad de aceptar o no capital extranjero.

— Papel central activo del sector público (descentralizado):

- Dos vías: — Inversión pública directa.
 - Problemas: control e incentivos.
- Estímulos al capital privado.
 - Problemas: selectividad y control.
- Actividad del Estado, ¿supone mayor gasto público?
 - Revisión del gasto. Austeridad. Un estilo distinto de sector público. Pero probablemente insuficiente.
- Aumento del gasto, ¿supone aumento déficit?
 - Cómputo del déficit. Separación gasto corriente e inversión. Regla de oro fiscal = volumen déficit no debe sobrepasar inversiones reales.
- Aumento ingresos. Reforma fiscal que:
 - Grave bienes de lujo.
 - Grave grandes fortunas.
 - Beneficios empresariales: distinción entre beneficios reinvertidos y beneficios distribuidos.
 - Revisión presión fiscal a los medianos.
- Importancia del papel redistributivo del estado.
 - El salario indirecto.
 - La redistribución social.
 - La marginación y la pobreza.
- Importancia del modelo de consumo:
 - Una potente demanda colectiva:
 - Infraestructuras.
 - Vivienda y construcción.
 - Sanidad, educación, medioambiente.
 - Investigación.
 - Transporte público.
 - * Explorar formas de financiación nuevas
 - Trust fund* (fondo de confianza): los americanos pagan una sobretasa en sus billetes para financiar los aeropuertos y el sistema de control aéreo. Pero esta sobretasa sólo se pagará cuando se produzca un cierto nivel de crecimiento —por ejemplo, el 4 por 100—. Idealmente el importe pagado por los pasajeros se tendría que calcular de forma que los fondos de confianza obtengan beneficios cuando la economía se expanda. Se limitarían así los préstamos al Estado en el futuro (deuda pública) y se reducirían las tasas de interés a largo plazo. Deberían también estimular la recuperación a corto plazo y favorecer el crecimiento de la productividad en un período largo.
 - Incentivos a la producción de ciertos productos básicos.
 - Bienes salario.



ALTERNATIVAS ECONOMICAS

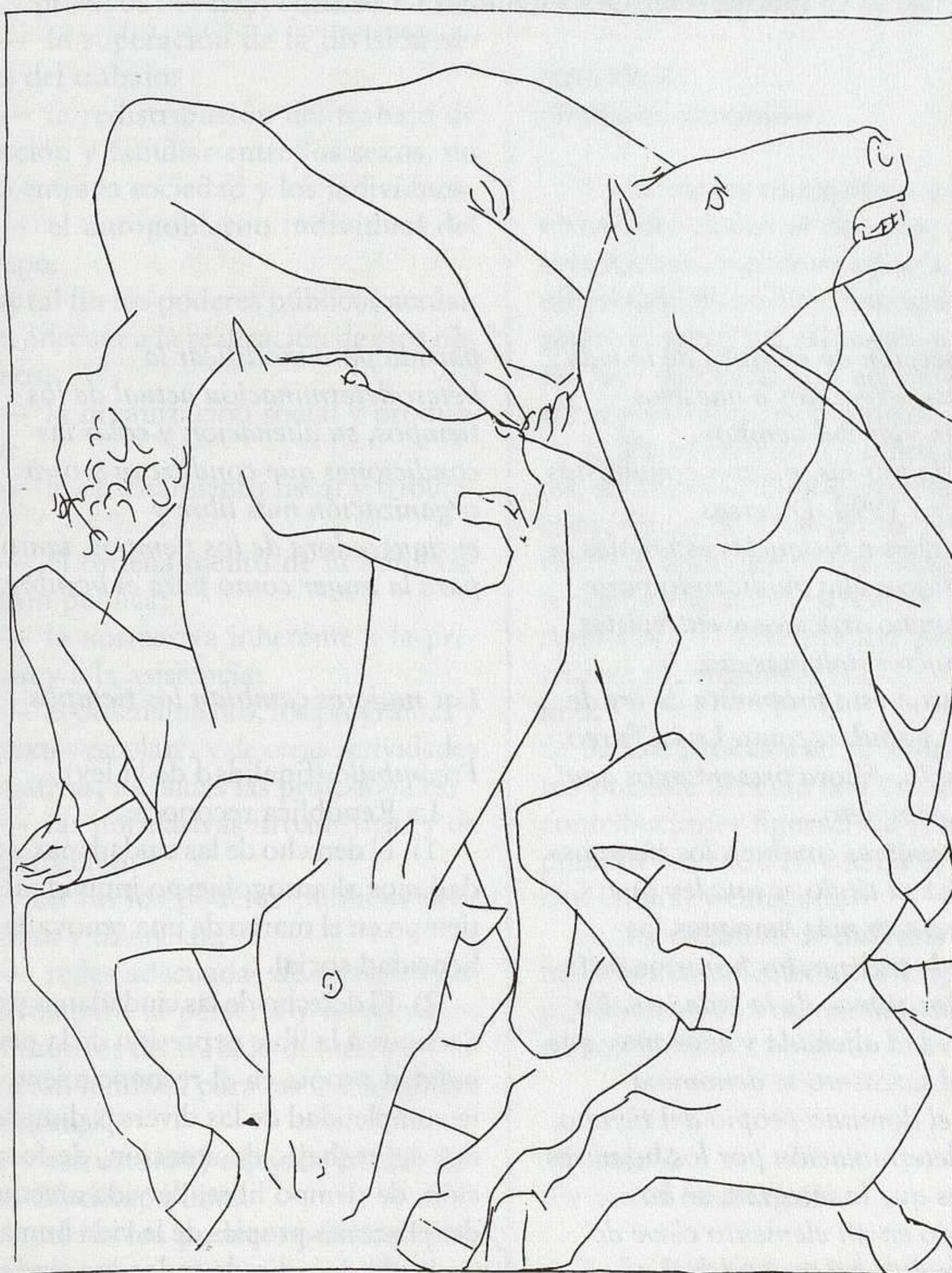
- Provisión colectiva de servicios sociales (gestionados por sus beneficiarios).
- Fuerte imposición a bienes de lujo.
- Relaciones sociales y mercado de trabajo:
 - Articulación sindicatos y nivel empresa (comités, asambleas; potenciar poder sindical más descentralizado).
 - Diseño política de rentas conjunta (empresas y trabajadores). Sí plan de austeridad:
 - Con control conjunto.
 - Excedente no distribuido a fondo de inversión social (no propiedad empresarial).
 - Austeridad salarial con redistribución interna (evitar licenciamientos, aumentos lineales, etc.).
 - Control de ciertos «gastos» de producción (representación, viajes).
 - El plan de austeridad conjunto impulsaría a los empresarios a mantenerlo lo estrictamente necesario, pues también ellos resultarían perjudicados por el mismo.
 - Planteamiento tema jornada laboral y distribución del trabajo. Incapacidad de absorción del trabajo en economía moderna. ¿Por qué trabajar? Nuevos planteamientos del criterio de distribución de la renta y la riqueza.
 - flexibilidad laboral por generalización subsidio de paro adecuado.
- Equilibrios macroeconómicos:
 - Déficit fiscal y gasto público: ya comentados.
 - Balanza de pagos:
 - Controles selectivos a las importaciones.
 - Potenciación capacidad productiva.
 - Estímulos a inversión extranjera dirigida (con control del porcentaje del déficit que suponen).
 - Inflación:
 - Operación a precios mundiales (redefinición del control de fronteras distinto del proteccionismo).
 - Comisión control de precios (seguimiento fijación precios oligopólicos).
 - Acuerdos de política de rentas.
 - Crecimiento y empleo.
 - Impulso estructural a la economía.
- Para salir de la crisis: plan —detallado— a cinco años. Con compromiso temporal específico y amplio control social, integrando:
 - Fuerte impulso al gasto público en bienes colectivos, con fuerte efecto multiplicador, como vivienda o infraestructuras y política industrial muy selectiva e intensiva.
 - Plan especial de fiscalidad para financiarlo: impuesto a las grandes fortunas, impuesto sobre el patrimonio, imposición indirecta de bienes de lujo, incremento tarifas escalas más altas impuesto sobre la

renta, gravamen de plusvalías especiales. Estímulos al ahorro y la inversión en dichos ámbitos.

- Control selectivo de las importaciones. Estímulos a la exportación. Estímulos a la inversión extranjera selectiva.
- Plan de austeridad del sector público y privado, con control social y disposiciones para proteger a los más débiles. Reajuste de la imposición indirecta para penalizar bienes innecesarios. Campañas de explicación y persuasión. ■



ALTERNATIVAS
ECONOMICAS



La caída de Faetón con el Carro del Sol, 1931
Pablo Picasso

Ley del tiempo

Mujeres comunistas italianas

En esta sección de «Crítica de la vida cotidiana» ofrecemos a nuestros lectores la «ley del tiempo», presentada por las mujeres comunistas italianas en 1990. Diversas publicaciones e instancias españolas se han referido a ella publicando parte de la misma o artículos y entrevistas de las mujeres italianas que encabezaron esta propuesta de ley de iniciativa popular, como Livia Turco, por ejemplo. Ahora presentamos aquí su texto completo.

«Las mujeres cambian los tiempos» como reza su título es una ley que pretende hacer más humanos los tiempos de trabajo, los horarios de la ciudad, los ritmos de la vida, etc. En esta sociedad alienada y alienante, que con cruel sarcasmo se denomina «libre», el dominio propio del tiempo, su autodeterminación por los hombres y mujeres que la integran, se ha convertido en un elemento clave de todo proyecto emancipador. La aportación que hacen aquí las mujeres italianas puede servir de punto de

partida para modificar la heterodeterminación actual de los tiempos, su alienación y crear las condiciones que conduzcan a otra organización más libre y enriquecedora de los tiempos, tanto para la mujer como para el hombre.

Las mujeres cambian los tiempos

Preámbulo (finalidad de la ley)

La República reconoce:

- 1) El derecho de las ciudadanas y ciudadanos al autogobierno individual del tiempo en el marco de una renovada solidaridad social.*
- 2) El derecho de las ciudadanas y ciudadanos a la libre expresión de la personalidad propia en el reconocimiento de la complejidad de las diversas dimensiones del trabajo, de atención, de formación, de tiempo libre, de vida afectiva y de relaciones propias de la vida humana.*
- 3) El derecho de todos los ciudadanos, hombre y mujeres, no sólo de los niños, ancianos, disminuidos y otros su-*

jetos no autónomos, a la atención, entendida como derecho a recibir y prestar atención, y a disponer de los servicios, de los recursos y del tiempo necesarios para el ejercicio de semejante derecho.

De conformidad con estos principios, las instituciones nacionales y locales, los partidos sociales, la administración pública y las empresas, los sujetos públicos y privados deben promover:

- la superación de la división sexual del trabajo;
- la redistribución del trabajo de atención y familiar entre los sexos, no sólo entre la sociedad y los individuos;
- el autogobierno individual del tiempo.

A tal fin los poderes públicos actúan para adecuar a la realización de esos objetivos:

- la organización social y productiva;
- el ordenamiento fiscal y tributario;
- el ordenamiento de la administración pública;
- la normativa inherente a la previsión y a la asistencia;
- el ordenamiento, los programas y los textos escolares y de otras actividades formativas, incluidas las profesionales;
- las normativas urbanísticas y de construcción.

A tal fin los poderes públicos programan y financian:

- redes adecuadas de servicios colectivos para la persona y de servicios sustitutorios del trabajo doméstico y de atención también para las trabajadoras autónomas;
- estructuras y espacios para el disfrute del tiempo libre.

A tal fin los poderes públicos predisponen:

- iniciativas y campañas dirigidas a la información y a la promoción so-

cial de los principios y objetivos del presente artículo.

La presente ley va dirigida a ejercitar la realización de los objetivos indicados más arriba, por lo que se refiere al gobierno del tiempo.

TITULO I

El tiempo en el arco de la vida

Artículo 1

(Permisos parentales)

1. La madre trabajadora o el padre trabajador tienen el derecho, también simultáneamente, de solicitar la baja por un período de un año, fraccionado si lo prefiere, entre los primeros once años del hijo (adoptados, o en tutela incluso), conservando su puesto de trabajo.

2. En el caso de los niños deficientes, de familias monoparentales, de no convivencia de unos de los progenitores, el período referido al apartado anterior es ampliado a dos años. En el último caso, el disfrute del período se reserva al progenitor con el que vive el hijo.

3. Los períodos de permisos previstos por este artículo son cubiertos por contribuciones figurativas y son computados teniendo en cuenta la antigüedad laboral y categoría.

4. La voluntad de disfrutar del permiso es comunicada a los empresarios por escrito y con un mínimo de 15 días de antelación.

Artículo 2

(Permisos familiares)

1. La trabajadora y el trabajador tienen el derecho, también simultáneamente, de solicitar la baja por un período

do, fraccionado si lo prefieren, de 30 días cada dos años por razones familiares particulares.

2. Las condiciones referidas en el apartado anterior pueden ser enfermedad grave, muerte o las condiciones que exigen una presencia continuada, referida a familiares hasta el tercer grado, incluso los hijos después de once años.

3. La existencia de condiciones previstas en los apartados anteriores es comunicada al empresario en los términos correspondiente amén de la circunstancia, y documentada con un certificado médico de la S. S. o de centros concertado o cualquier otro tipo de documento justificativo de la condición alegada.

4. Los períodos de permisos previstos en este artículo son cubiertos por contribución figurativa y son computados respecto a la antigüedad laboral y la categoría.

Artículo 3

(Sujetos que tienen derecho)

1. Las disposiciones de esta ley se aplican a los sujetos del apartado 1 del artículo 1 de la Ley de 30 de diciembre de 1971, n.º 1204, y a los sujetos del apartado 4.º del artículo 7 de la Ley de 9 de diciembre de 1977, n.º 903.

Artículo 4

(Renta mínima garantizada)

1. En favor de los sujetos que disfruten de los permisos previstos en el artículo 1 y 2 de esta ley se establecerá una renta mínima garantizada durante la duración del permiso.

2. La renta mencionada es calculada por la S. S., contando el 50 por 100 de la retribución media diaria per cápita de los trabajadores asalariados y re-

conocida por el Instituto de Estadística referida al año anterior. La renta mínima no está sujeta a contribución impositiva ni cuenta en la base imponible del IRPF.

3. La indemnización se calcula con los mismos criterios contemplados en el apartado 3.º del artículo 15 de la Ley del 30-12-1971, n.º 1204.

Artículo 5

(Posibilidad de adelantar el finiquito)

1. Los sujetos que disfruten, teniendo el certificado, de permisos previstos en los artículos 1, 2 y 8 de esta ley tienen el derecho de pedir un anticipo, hasta la retribución completa correspondiente a los días de permiso, del finiquito regulado en el artículo 2120 del Código Civil, modificado por la Ley del 29-5-1987, n.º 297.

2. Quedan derogados los apartados 6 y siguientes del artículo 2120 del Código Civil, respecto a lo establecido en el apartado 1 de este artículo:

a) corresponde a todos los trabajadores estar en posesión del certificado antes de la petición;

b) va ligada la retribución del primer período de pago sucesivo hasta el final del permiso;

c) no por ser acumulativamente superior a la media del finiquito al que el trabajador tendría derecho en el supuesto de cese de la relación laboral en la fecha de la solicitud.

Artículo 6

(Tiempo parental)

1. La renta mínima prevista en el art. 4 se refiere también a los sujetos no asalariados, los parados, así como los inmigrantes no comunitarios con permisos

so de residencia privados de trabajo, en las mismas condiciones establecidas en el art. 1.

2. La renta se hará efectiva por la S. S. después de recibir la solicitud que deberá indicar las razones, especificando, si es preciso, los casos de adopción o de tutela. La S. S. establece de oficio los certificados administrativos necesarios, según dispone la Ley de 4-1-68, n.º 15.

3. Para los sujetos a los que se refiere este artículo, la renta mínima no es acumulable con el resto de prestaciones de la S. S. a título de sostenimiento de la renta familiar por desocupación.

Artículo 7

(Tiempo de servicio)

1. Hasta la entrada en vigor de la ley de reforma orgánica del servicio militar y de las instituciones del servicio civil, con objeto de hacer cumplir a los jóvenes de sexo masculino una experiencia formativa durante el período del servicio obligatorio, los jóvenes sujetos a la obligatoriedad se ocuparán durante tres meses, como mínimo, en actividades de atención.

2. La administración de defensa dispondrá la asignación de los jóvenes para el desarrollo de los deberes del apartado 1 de este artículo en los entes locales, USL y regionales.

3. Estos entes procurarán ocupar a los jóvenes, sujetos a la obligatoriedad dicha, en actividades orientadas a los servicios sociales de tipo personal (para la infancia y la vejez), asistencia domiciliación, actividades recreativas y de vacaciones, socialización e integración de misválidos y servicios de rehabilitación, servicio para los toxicodependientes.

Artículo 8

(Permisos por motivos personales y formativos)

1. Después de la mejora de las condiciones contractuales, los trabajadores y las trabajadoras tienen derecho a solicitar la baja por motivos personales, por razones de estudio, de formación y cualificación profesional por períodos no inferiores a seis meses y no superiores a diez.

2. El derecho previsto en el apartado anterior puede ser ejercido no antes de siete años de cotización, al margen de las interrupciones y cambios de trabajo, a razón de un año de permiso por cada siete de cotización, descontando los períodos de permiso ya disfrutados por el trabajador, amén de las disposiciones legislativas y contractuales existentes.

3. Las bajas contempladas por este artículo no son retribuidas ni computadas para la antigüedad laboral, ni por lo que hace a las contribuciones del empresario referentes a las cotizaciones destinadas a la publicación.

4. El derecho puede ser ejercido en períodos fraccionados no inferiores a seis meses a partir del séptimo año de cotización.

5. Los períodos referidos en el primer apartado pueden ser recuperados a efectos de jubilación, continuando la relación laboral y derogando las disposiciones sobre la edad de la jubilación obligatoria.

6. Los permisos contemplados en este artículo no pueden, en ningún caso, corresponderse con los cursos financiados a la recalificación profesional a cargo de la empresa.

7. Las normas del apartado anterior son las previstas en el artículo 4, apartado 1, de la Ley 9-12-1977, n.º 903.

Artículo 9

(Anticipo de la S. S.)

1. El trabajador tiene derecho, a petición suya, a percibir en el período de permisos previstos en el artículo 8 un anticipo, que será satisfecho por el ente asistencial donde esté adscrito el trabajador, según las modalidades establecidas por el Ministerio de Trabajo y S. S. con los decretos que han de confeccionar en los seis primeros meses de la entrada en vigor de la presente ley.

2. El anticipo referido en el apartado anterior se establece en el 75 por 100 del salario y se contabiliza en la base imponible del IRPF. El anticipo ha de devolverse en un período no superior a cinco años por el trabajador en la S. S., con la aplicación de una tasa de interés igual al índice del IPC, fijado por el INE en el período de referencia, con las modalidades que puedan contemplar los decretos a los que hace referencia el apartado anterior.

3. El anticipo de este artículo no es acumulable con el previsto en el artículo 5.

Artículo 10

(Período de maternidad)

1. Referente a cualquier maternidad sin ningún contrato laboral, así como precedente a éste, a la trabajadora que aún no tenga las cotizaciones necesarias para la jubilación se le contará figurativamente un período de seis meses de contribución útil para el cobro de la pensión.

2. La trabajadora tendrá que presentar directamente a la S. S., o bien a través del empresario, la solicitud de atribución figurativa.

Artículo 11

(Regiones y formación profesional)

1. Respecto a las finalidades de esta ley de regiones, también las de estatuto especial, así como las provincias autónomas de Trento y Bolzano, promoverán cursos de formación y recalificación para los trabajadores y trabajadoras que disfruten de permisos contemplados en esta ley.

2. Los programas mencionados harán referencia:

a) La superación de la baja cualificación profesional o de la segregación profesional.

b) A la realización por parte de los trabajadores —masculinos— de cursos de formación sobre la atención a la infancia, la asistencia a la vejez y el trabajo doméstico.

c) A actividades y nuevas profesiones demandadas por la sociedad, muy particularmente referidas a aquéllas relacionadas con los servicios a las personas en el ámbito regional y comarcal.

TITULO II*El tiempo en el trabajo***Artículo 12**

(Horario máximo de trabajo)

1. El horario normal de la semana laboral de los asalariados del sector público y privado no podrá exceder de las 35 horas de trabajo efectivo.

2. Las medidas de «8 horas al día» y de «48 horas semanales de trabajo efectivo» indicadas en el artículo 1, apartado 1, del Real Decreto del 5-3-1993, n.º 692, transformado en Ley el 17-4-1995, n.º 423, son sustituidas respectivamente por las siguientes: «8 horas al día» y «35 horas semanales de trabajo efecti-

vo, referidas a la media de las semanas laborales de cada año solar».

3. La falta de acatamiento de lo dictado en este artículo, así como de los artículos 13 y 14, por parte de los empresarios serán castigados desde la advertencia hasta 400.000 liras al día por cada trabajador, doblándose la cantidad en caso de reincidencia.

Artículo 13

(Programación y articulación del horario de trabajo)

1. La distribución del horario semanal y diario se establecerá en los respectivos convenios.

2. Las variaciones sucesivas en la distribución del horario serán permitidas con el consentimiento y el consenso previo del trabajador interesado.

Artículo 14

(Vacaciones)

1. La duración de las vacaciones se establecerá contractualmente. La duración de las vacaciones retribuidas anuales no será inferior a cuatro semanas, sin perjuicio de su mejora por la vía contractual.

2. La distribución de los días de vacaciones retribuidas será establecida a través de convenios. El trabajador tiene el derecho a disfrutar dos semanas de vacaciones retribuidas elegidas por el mismo.

Artículo 15

(Trabajo extraordinario)

1. El trabajo extraordinario queda prohibido, ya sea en la Administración pública como en la empresa privada, in-

dustriales, comerciales y de cualquier tipo, donde el trabajo no tenga carácter temporal y en ausencia de las condiciones expresadas en los apartados siguientes.

2. Se considera trabajo extraordinario el complemento, en el horario normal previsto por el convenio colectivo del trabajo o por la ley, de un período extraordinario no superior a las dos horas diarias, las ocho horas semanales, las 30 horas mensuales.

3. La ejecución de trabajo extraordinario se autoriza por la Inspección de trabajo competente, por zonas, que ha de estar en posesión, con 48 horas de antelación, de la solicitud del empresario indicando el número de horas y la lista nominal de trabajadores interesados, presentando los requisitos del apartado 4.

4. La Inspección de trabajo puede autorizar, de forma excepcional, el desarrollo del trabajo extraordinario siguiente:

a) A que el trabajo extraordinario responda a una opción voluntaria del trabajador y que haya acuerdo entre las partes.

b) A que existan exigencias excepcionales técnico-productivas, que no puedan ser asumidas a través de la contratación de otros trabajadores.

c) A que ningún asalariado disfrute de tratamiento de integración salarial.

d) A que el empresario no haya procedido, en los seis meses precedentes a la solicitud, a la reducción o suspensión de plantilla.

e) A que el desarrollo del trabajo extraordinario no impida a los trabajadores interesados la posibilidad de desarrollar las funciones de atención familiar.

5. En caso de silencio administrativo por parte de la Inspección de trabajo competente, el desarrollo del trabajo extraordinario se entiende autorizado,

siempre y cuando subsista la posibilidad por parte de la Inspección de ordenar en cualquier momento el cese o la limitación del trabajo extraordinario cuando entienda que no existen las condiciones previstas en el apartado 4 o por cualquier otro tipo de irregularidad conocida.

6. Quedan derogados los artículos 5.5 bis, 8, 9 y 11 del R. D.-Ley del 15-3-1923, n.º 692, transformado en Ley el 17-4-1925, n.º 473. Se mantiene lo establecido en los artículos 6 y 7 del mencionado R. D.

Artículo 16

(Retribuciones y gratificaciones contributivas correspondientes al trabajo extraordinario)

1. La ejecución del trabajo extraordinario comporta, una vez más, la gran retribución según lo establecido por los convenios colectivos de trabajo, no inferior al 10 por 100 de aumento respecto a la retribución del hecho del trabajo ordinario.

2. La retribución correspondiente al trabajo extraordinario contribuye a la base imponible por la contribución a los fondos de la Seguridad Social, al fondo de desocupación, con la parte adicional del 18 por 100, de la cual el 3 por 100 a cargo del trabajador.

3. Si las horas del trabajo extraordinario realizadas exceden al número de cuatro como media semanal empresarial por asalariado, la cuota referida en el anterior aumenta al 10 por 100, de la cual el 5 por 100 es a cargo del trabajador.

4. El trabajador que realiza trabajo extraordinario tiene derecho a una compensación horaria correspondiente a un número de horas de servicios retribuidos a un número de horas realizadas

realizado, de las cuales puede gozar en los tres meses sucesivos. En este caso el trabajador ha de comunicarlo al empresario antes de la realización del trabajo extraordinario, con lo cual esta retribución será limitada a una más grande parte del apartado 1.

Artículo 17

(Fiscalización de las obligaciones contributivas)

1. La suma mensual de las fiscalizaciones de las obligaciones sociales se aumenta en 25.000 liras por cada trabajador. La medida es elevada a 75.000 liras en el caso de las empresas operantes en el territorio referido al artículo 1 del texto único aprobado con DPR 6 de marzo de 1978, n.º 218. Los importes mencionados son elevados a 35.000 y 100.000 en el caso de trabajadores.

2. Con referencia a la contratación de nuevos trabajadores, junto a aquellos ocupados fijos en la mediana empresa en la fecha de entrada en vigor de esta ley, los importes del apartado 1 son aplicados por triplicado en los primeros seis meses y por duplicado en los doce meses.

Artículo 18

(Trabajo nocturno)

1. El trabajo nocturno sólo está permitido frente a las necesidades excepcionales y no a las previsibles.

2. La introducción de turnos de trabajos nocturnos se ha de establecer en los convenios.

3. Por la prestación de trabajo nocturno, todo y no siendo extraordinario, el trabajador tiene derecho a una reducción de horario semanal en 1/20 de las horas de trabajo nocturno realizado.

Las mismas disposiciones se aplican en el caso de trabajo festivo y no extraordinario.

4. El trabajador tiene también el derecho a un intervalo de tiempo entre uno y otro turno de noche, así como alternar turnos de día y turnos de noche. Ningún trabajador puede ser adscrito sólo al trabajo nocturno.

5. Para el personal femenino continúa cerrada la prohibición del trabajo tal como se establece en el artículo 5 de la Ley 903/77, sacan de su derogación mediando acuerdos sindicales unitariamente estipulados en la mencionada Ley. Siempre y cuando la adscripción de cada trabajadora al trabajo nocturno está subordinada a su consentimiento.

Artículo 19

(Actividades peligrosas)

1. Los límites de edad de jubilación pueden ser adelantados en dos meses por año de ocupación en actividades peligrosas y de cuatro meses por año por actividades particularmente peligrosas. En este caso en que la edad es consciente de la opción por ser inferior a los 55 años para los trabajadores y a los 50 años para las trabajadoras adscritos a las actividades peligrosas, y a los 50 años para los trabajadores y a los 45 años para las trabajadoras adscritos a actividades particularmente peligrosas.

2. Por cada año de ocupación en actividades peligrosas o particularmente peligrosas son atribuidos figurativa y respectivamente dos y cuatro meses de contribución útil por la cotización del fondo de pensiones, hasta un máximo de 60 meses en toda la vida cotizadora por las actividades peligrosas y de 120 meses por actividades particularmente peligrosas.

3. El ministro de Trabajo y Seguridad Social, con los decretos que tendrá que promulgar durante los primeros seis meses de entrada en vigor de la presente ley, indicará las categorías de trabajadores adscritos a actividades peligrosas y particularmente peligrosas, y establecerá la más grande parte contributiva de los empresarios, con la finalidad de cubrir en los más grandes esfuerzos financieros del IRPF respecto a las jubilaciones adelantadas referidas en este artículo.

4. Con referencia a las actividades explicitadas en este artículo, el horario semanal indicado en el artículo 12 es reducido en 1/20.

TITULO III

El tiempo en la ciudad

Artículo 20

(Ayuntamiento: plan regulador de los horarios)

1. El Ayuntamiento se atribuye el deber de coordinar y ordenar los horarios de abertura al público de todas las oficinas públicas y privadas, de los servicios personales, de tipo sanitario o escolar, de los transportes, de los locales públicos y de la actividad comercial.

2. A el Ayuntamiento se le atribuye, además, la facultad de coordinar el conjunto de los horarios de las actividades productivas desarrolladas de su ámbito territorial.

3. El Consistorio adoptará durante el primer año de entrada en vigor de la presente ley el plan regulador de los horarios referidos en los apartados 1 y 2:

a) el reconocimiento del derecho del usuario;

b) la necesidad de mejorar las condiciones de vida en la ciudad y la funcionalidad de los servicios públicos.

4. Las eventuales modificaciones tendrán que ser aprobadas por el propio Consistorio.

5. Con la finalidad de preparar el plan regulador de los horarios, todos los sujetos públicos, privados, entes, empresas, autónomos, tenderos profesionales liberales, han de comunicar a el Ayuntamiento, antes de seis meses en vigor de la presente Ley a después de un mes de iniciar su actividad, los horarios particulares y de eventual abertura al público.

6. Para el cumplimiento de los apartados 3, 4 y 5 la Administración municipal tendrá que instituir en los municipios de más cien mil residentes y capitales de provincias un consejo permanente sobre el tiempo en la ciudad, presidido por el alcalde o bien de un delegado suyo, constituir por una representación de las fuerzas sindicales, empresariales, de las organizaciones existentes de usuarios de los principales servicios que afecten al municipio y delegaciones específicas de los comités de gestión, de cada servicio de tipo personal, de los consejos de «circulo» (se refiere a los circolo ARCI), asociaciones de carácter recreativo y deportivo de instituto. Es deber del consejo facilitar las indicaciones necesarias para la redacción del plan regulador prevista en el presente artículo.

7. En este ámbito hay que seguir los criterios siguientes:

a) En los horarios de las oficinas, de los servicios y de las actividades de atención al público se han de organizar de manera que no coincidan por lo menos con los horarios de la mayoría de las actividades laborales y, además, hay que cambiar la franja de horario diariamente.

b) Los horarios de atención al público han de tener en cuenta: los horarios de la gran parte de las actividades

laborales para compatibilizarlos con los horarios de los trabajadores y las personas no productivas, la duración de la jornada laboral para ajustarse al canon general, salvando de los casos en que la organización se haga siguiendo las características productivas predominantes en el territorio.

c) El horario de las actividades comerciales han de organizarse de tal manera que no coincidan las horas de abrir y cerrar, y del descanso de los establecimientos de un mismo ramo.

Artículo 21

(Los derechos de los consumidores)

1. Para organizar el horario de atención a los usuarios, las administraciones y los entes públicos han de tener en cuenta las observaciones y propuestas que hagan las asociaciones representativas de los ciudadanos que consumen estos servicios.

2. Basándose en la Ley del 29 de marzo de 1923, número 93, se aconseja a las partes contratantes hacer participar en las negociaciones, cuando se discuten los horarios y la organización de la atención al público, las asociaciones representativas de los usuarios de los servicios públicos.

3. Las disposiciones aquí recogidas se aplicarán también en la elaboración de los proyectos del artículo 20, punto 6 y 7, que no se tendrán en consideración si no se cumplen estos requisitos.

4. No observar estas disposiciones conlleva la nulidad de los convenios.

5. Se emplaza al ministro de la función pública a garantizar la observación de estas normas y, además, a presentar anualmente una relación sobre su desarrollo.

6. Por lo que hace a los convenios nacionales, las disposiciones de aceptación y tutela de los representantes de los

usuarios se elaboran mediando las leyes de la República.

7. Por lo que hace los convenios descentralizados, los ayuntamientos decidirán los reglamentos adecuados, siguiendo los criterios nacionales, para valer la aceptación y la tutela de las asociaciones de usuarios.

Artículo 22

(Competencias de las regiones)

1. En los seis meses siguientes a la promulgación de esta ley, se requieren a las regiones que adecúen la legislación propia según sus principios y objetivos.

Artículo 23

(Impuesto sobre el tiempo)

1. Hasta la promulgación del sistema impositivo local, los ayuntamientos podrán proponer a los sujetos pasivos el pago de la tasa la ocupación parcial en servicios comunitarios (servicios a la infancia, la asistencia domiciliaria, actividades recreativas y de vacaciones, socialización e integración de los minusválidos, servicios de rehabilitación y social de la tercera edad, atención al toxicómano).

2. Esta ocupación parcial no percibirá retribución directa, pero ha de tener una duración que cubra, teniendo en cuenta la retribución media de cada categoría, el importe del impuesto.

3. Hacer el trabajo asignado extingue la obligación tributaria.

Artículo 24

(Simplificación de las certificaciones administrativas)

1. En un término de tres meses de la promulgación de la ley, las administra-

ciones implicadas pondrán las medidas idóneas para garantizar la plena aplicación de las disposiciones sobre la auto-certificación y la presentación de las actas y documentos para parte de los ciudadanos en relación a las administraciones públicas, tal como se recoge en la Ley del 4 de enero de 1968, n.º 15.

2. En el caso de que el interesado declare qué hechos, estados y cualidades ya han sido certificados en documentos que están en manos de la Administración pública, el responsable de procedimiento administrativo aprobará de oficio los documentos o bien una copia.

3. Ninguna Administración pública puede requerir a los ciudadanos documentos o certificados que no son de su competencia.

4. De la misma manera, el responsable del procedimiento administrativo admitirá de oficio los hechos, los estados y las cualidades que pueden ser certificados por cualquier administración.

Artículo 25

(Operaciones financieras)

1. El ministro de Finanzas dotará, mediante un decreto propio, la adecuación de los coeficientes de revaloración de la renta catastral de los fabricantes a partir de 1990, que no habrá de ser inferior a la variación de índice ISTAT en relación al coste de construcción de un edificio residencial que se haya construido entre 1974 y 1990, ni superior al PIB del mismo período.

2. Los términos competenciales de los capítulos que constituyen la categoría singular de la adquisición de bienes y servicios en los presupuestos de las administraciones estatales, incluso hasta las autonómicas, se reducen en un 2 por 100 en los años 1990, 1991 y 1992. Los

presupuestos del Ministerio de Defensa aumentan hasta un 20 por 100.

Artículo 26
(Cobertura financiera)

1. Las salidas originadas por esta ley, valoradas en cuatro billones de liras para 1990, 1991 y 1992, se cubren de la forma siguiente: 1,9 billones mediante las partidas mayores derivadas de la aplicación de la norma recogida en el artículo 24; 2,1 billones mediante las partidas menores derivadas de la aplicación de las normas del artículo 24.

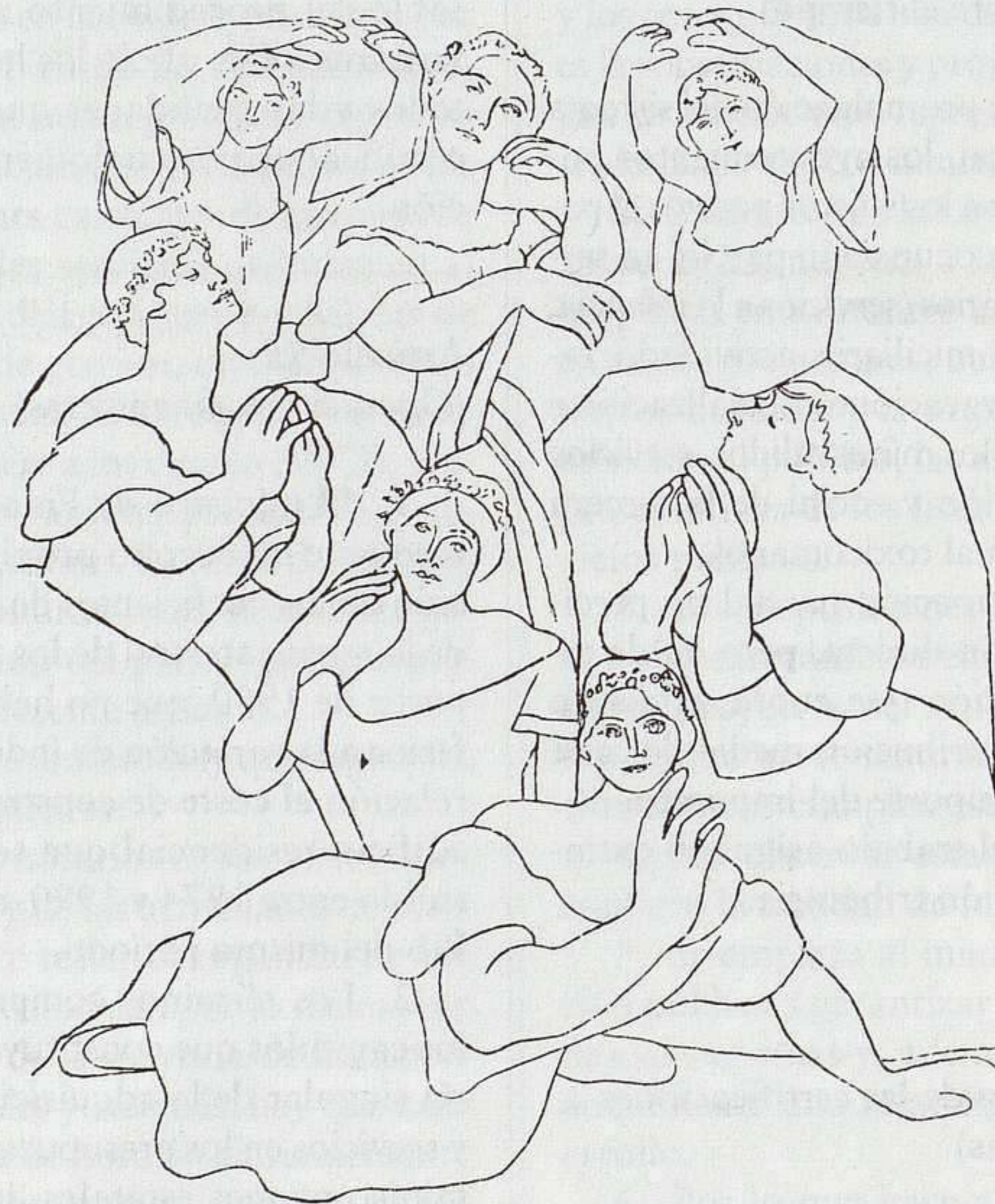
2. Las salidas sobrantes por las finanzas locales resultantes de la aplica-

ción de las normas recogidas en los puntos 3, 4, 5 y 7 tendrán una cobertura a cargo del presupuesto del Estado.

Artículo 27
(Entrada en vigor de la ley)

1. La presente ley se pondrá en vigor al siguiente día de su publicación en la G. U. Las modificaciones contenidas en esta ley se aplicarán a partir del ejercicio en curso en el momento que hayan sido aprobadas.

2. Todas las normativas vigentes contradictorias con esta ley serán derogadas automáticamente. ■



Siete danzas, 1919
Pablo Picasso

ULTIMAS PUBLICACIONES



Gramsci y la izquierda europea
1.100 ptas.



Socialismo marxista e higiene pública: la lucha antialcohólica en la II Internacional (1890-1914/19)
850 ptas.



Medicina social y clase obrera en España (Siglos XIX y XX)
2.200 ptas. (2 vol.)



La salud y el Estado: los servicios sanitarios públicos entre el bienestar y la crisis
600 ptas.



Perspectivas del socialismo hoy
2.700 ptas. (2 vol.)

HOJA DE PEDIDO

Apellidos y nombre
Calle
Código postal Población Provincia

DESEO QUE ME REMITAN LOS LIBROS QUE DETALLO:

<u>Cantidad</u>	<u>Título</u>	<u>PVP</u>
.....
.....
.....
.....
.....

LA FORMA DE PAGO SERA:

Giro postal a nombre de Fundación Investigaciones Marxistas, c/ Alameda, 5 - 2.º izda. 28014 Madrid. Más gastos de envío⁽¹⁾.

⁽¹⁾ Por favor, confirmar precio de gastos de envío llamando al teléfono (91) 420 13 88 antes de enviar el giro postal.

El nuevo desorden mundial

Benedict Anderson

Este artículo se publicó originariamente en el número 193 (mayo-junio 1992) de la New Left Review, que ha tenido la amabilidad de autorizarnos su publicación en español.

Es muy posible que los historiadores del 2050, al echar una mirada retrospectiva al siglo que ahora llega a su fin, destaquen como un profundo movimiento tectónico, que se extiende a lo largo de más de doscientos años, la desintegración de los grandes imperios monárquicos multiétnicos, políglotas y, a menudo, multirreligiosos construidos con tanto esfuerzo en la Edad Media y a principios de la moderna. En la mayoría de los casos la desintegración fue acompañada de gran violencia, seguida a menudo por décadas de guerras civiles e interestatales. En la década de 1770 nació en Norteamérica el primer Estado-nación de la resistencia armada contra el imperio británico, aunque internamente estaba tan dividido que, posteriormente, sufrió la guerra civil más sangrienta del siglo XIX. Del prolongado

colapso del imperio español entre 1810 y 1830 surgieron los brutales despotismos, rebeliones y luchas civiles que han asolado América Latina hasta nuestros días. Como resultado de la Gran Guerra de 1914-1918, los imperios de los Hohenzollern, Habsburgo, Romanof y otomano saltaron por los aires, dejando en Europa Central y Oriental y en el Próximo Oriente un conglomerado de Estados-naciones pequeños, débiles y generalmente inestables.

La caída del imperio Ching en 1919 inauguró dos generaciones de guerras civiles en China. La partición de la India británica, la masiva violencia interétnica en Sri Lanka, la guerra de treinta años de Vietnam, las continuas luchas civiles de Irlanda del Norte, el sangriento colapso del imperio etíope, los horrores de Uganda y Zaire, puede considerarse todos ellos, aunque de manera diferente, resultados de ese largo proceso.

Como contrapuesto a este movimiento tectónico, que implicaba, claro está, la liberación tanto como la desintegración, estaba el comunismo en su

primera forma internacionalista. El éxito de la revolución bolchevique en el corazón mismo del desaparecido imperio de los Romanof les permitió a Lenin y a sus compañeros montar de nuevo muchas de las piezas de ese imperio a comienzos de la década de los 20. Pero la Unión Soviética no se consideraba a sí misma como un nuevo y enorme Estado-nación, sino más bien una especie de modelo para un futuro en donde el nacionalismo quedaría finalmente superado como principio político. Ciertamente, durante un tiempo, y bajo el control centralizado de un partido comunista multiétnico y militante, el nacionalismo quedó reducido por lo general a una etnicidad «cultural» políticamente insignificante.

Sin embargo, esta fase no duró mucho. Tambaleándose bajo la feroz arremetida de los ejércitos hitlerianos, Stalin y sus compañeros descubrieron que estimular el nacionalismo era esencial para el esfuerzo bélico. En un famoso discurso pronunciado el 7 de noviembre de 1941, el secretario general del PCUS arengaba a sus oyentes de esta manera: «¿Que las viriles imágenes de nuestros grandes antepasados Aleksandr Nevsky, Dmitri Donskoi, Kuzma Minin, Dmitri Pozharski, Aleksandr Suvorov y Mijail Kurusov os inspiren en esta guerra» (1). La Europa próspera ha olvidado hoy lo mucho que debe a Stalin y al nacionalismo ruso por la destrucción del imperio nazi. Pero en las repercusiones de la guerra no resultó pausable añadir los estados comunisti-

zados de Europa Oriental a la URSS, iniciándose así una pluralización de Estados comunistas que llevaban nombres nacionales. Tras Europa Oriental vino Yugoslavia, Corea del Norte, China, Cuba, Vietnam, Laos y Camboya. En 1979 estalló la primera, y tal vez la última, guerra entre estados comunistas, cuando Vietnam invadió Camboya y China invadió Vietnam. Se veía ya una lógica histórica, aunque desapercibida por lo general. El nacionalismo se podía contener, pero no impedir ni superar de modo permanente. Así que durante la década de los 80 el imperio de Stalin estaba a punto de estallar, lo mismo que había hecho el de Churchill.

Mientras tanto, y también como consecuencia de la II Guerra Mundial, se hundieron los imperios coloniales burgueses de Francia, Gran Bretaña, Holanda, Bélgica e incluso Portugal, creando a finales de los 70 unas Naciones Unidas con cuatro veces más miembros que la Liga de Naciones cincuenta años antes.

La última reencarnación de un imperio premoderno es China, donde Mao Tsetung, saltándose los libros de Stalin y de los Hijos de la Gloria, intentó crear heroicamente un estado socialista sobre cimientos imperiales. Pero recibió el nombre de República Popular China, representando así, desde un principio, el intento desesperado de expandir la delgada y corta piel del nacionalismo sobre un imperio multiétnico, multirreligioso y multilingüístico. Hay que recordar la Francia de los 50, que todavía

(1) A. Nevski derrotó al ejército sueco a orillas del Neva en 1240; Dmitri Donskoi aniquiló a los mongoles a orillas del Don en 1380; Kuzma Minin y Dmitri Pozharski expulsaron a los polacos de Moscú en 1612, estableciendo la monarquía de los Romanof; Aleksandr Suvorov fue el principal general de Catalina la Grande; Mijail Kutusov, gracias a la vigorosa promoción de Tolstoi, se consideró ampliamente como el antagonista eficaz de Napoleón en 1812. En otro discurso de ese mismo año, Stalin habló ampliamente de los alemanes como «pueblo carente de conciencia y de honor, un pueblo con moral de bestias, que tienen la osadía de llamar a la destrucción de la Gran Nación Rusa, la nación de Plej Anov, Lenin, Belinski, Chernichevski, Pushkin, Tolstoi, Glinka, Tchaikovski, Gorki, chejov, Pavlov, Chechinov y Kutusov».

incluía a Argelia como parte de la metrópoli, y que llevó a cabo una guerra terriblemente brutal, y futil, para mantener las cosas así. Por tanto, es muy posible que el imperio de Mao también se derrumbe, al menos en los bordes. Taiwan ya es independiente de modo efectivo. Puede que le siga el Tibet, y quizá las zonas turca y mongola de China a su debido tiempo (2). No hay razón para pensar que los últimos imperios vayan a morir de forma más pacífica que sus antecesores, ni que los resultados de su agonía sean menos dolorosos.

Fantasías peligrosas

¿Bajo qué perspectiva tiene sentido reflexionar sobre todo esto? Creo que hay cuatro malentendidos que deben descartarse desde el principio. El primero es el de que lo que está ocurriendo es «fragmentación» y «desintegración», con todas las connotaciones amenazadoras y patológicas que conllevan estos términos. Pues este lenguaje nos hace olvidar las décadas y siglos de violencia sobre las que se contruyeron estos «Estados integrados» frankensteinianos contra el Reino Unido de 1900, que incluía a toda Irlanda. ¿No deberíamos considerar estas «integraciones» como patológicas cuando vemos cuán pacíficamente han coexistido la República de Irlanda y el Reino Unido desde que la primera se estableció en 1921, tras décadas de represión, a menudo violenta, y de resistencia? ¿O cuando observamos la guerra brutal que aún continúa en la «integrada» Irlanda del norte? Tras el lenguaje de la «fragmentación» subyace siempre un conservadurismo panglossiano al que

le gusta imaginar que todo status es bonitamente normal.

El segundo prejuicio al que nos referimos y que en parte se deriva del primero tiene que ver con la relación entre capitalismo, mercados y tamaño del Estado. Comentaristas irreflexivos, de izquierdas y de derechas, asumen con frecuencia que países «pequeños», con recursos limitados de materias primas y fuerza de trabajo, no son «verdaderos» países o «apenas» son viables frente a los gigantes industriales y las exigencias de la economía capitalista mundial. Este tipo de pensamiento se remonta a los comienzos del mercantilismo moderno, y se vio reforzado a finales del siglo XVIII por el nacionalista norteamericano Alexander Hamilton y a mediados del siglo XIX por el nacionalista alemán Friedrich List, quienes argumentaban en favor de los «grandes» Estados-naciones sobre la base de que tan sólo éstos disponían de mercados internos suficientemente grandes como para permitir la «soberanía económica» y ocupar un lugar seriamente competitivo en un mundo industrializado.

Pero estudiosos revisionistas de la economía política han estado argumentando durante algún tiempo que en una economía mundial altamente interconectada suelen ser los pequeños países, étnica y religiosamente homogéneos, los que mejor escapan. En Europa señalan a Holanda, Finlandia, Noruega y Austria, en comparación con Italia, Francia o el Reino Unido. En Asia se refieren a Corea del Sur y Tailandia, Singapur y Japón, en comparación con la India, Indonesia, Sri Lanka o Pakistán. El argumento es bien sencillo. Viene a decir que en esos países pequeños y homogéneos

(2) Ciertamente, los Han constituyen la inmensa mayoría de la población china, y este peso demográfico debería contrarrestar los separatismos. Pero no hay que olvidar la historia de divisiones políticas entre los mismos Han. Durante los últimos 150 años China ha estado mucho más tiempo dividida que unida.

es muy fuerte el sentido de solidaridad nacional, lo que facilita a los dirigentes políticos y económicos pedir sacrificios sin coacciones caras para desarrollar relaciones industriales más suaves y para buscar, efectivamente, nichos especializados en la división internacional del trabajo. A la inversa, los gigantes con problemas domésticos como los EE. UU. o la India se enfrentan a dificultades enormes a la hora de inclinar o renovar la economía nacional en el entorno contemporáneo.

La tercera fantasía estriba en que las «corporaciones transnacionales» han hecho que el nacionalismo quede obsoleto. Después de todo, dicen, vemos cómo General Electric abandona la América de sueldos altos para ubicar sus nuevas fábricas en Venezuela o Zambia, donde los salarios son más bajos, y contratar igualmente a venezolanos o ciudadanos de Zambia como directores locales. Pero esta visión pasa por alto los hechos evidentes de que los controladores efectivos de la General Electric son en su inmensa mayoría ciudadanos norteamericanos, que viven en EE. UU., son políticamente activos en los EE. UU. y pueden ser totalmente antagónicos con las «transnacionales» japonesas, alemanas o francesas. Su indiferencia para con los apuros de los trabajadores norteamericanos no es totalmente nueva y, de hecho, es más fácil escaparse por la dimensión enorme de los EE. UU.

El cuarto prejuicio es el de que hay cierta conexión inescrutable entre capitalismo y «paz», de suerte que el «mercado libre» no sólo se yuxtapone instintivamente a la economía de cuartel, sino también a la guerra. Esta idea se pasa por alto toda evidencia histórica. Ningún país del mundo llevó a cabo tantas guerras en el siglo XIX como la Gran Bretaña «librecambista». Ningún país del mundo ha llevado a cabo más gue-

rras durante la segunda mitad del siglo XX que los EE. UU. del supuesto libre mercado. Las dos guerras mundiales fueron instigadas por gigantes capitalistas.

Estas cuatro fantasías no sólo son profundamente conservadoras. En la medida en que creen en ellas los poderosos dirigentes de los grandes países son peligrosas, porque tienen el efecto acumulado de animarlos a imaginarse que ellos defienden el progreso y la paz, mientras que sus adversarios son partidarios del nacionalismo «estrecho», el seccionalismo y, a menudo, el «terrorismo». Esta visión los anima, a su vez, a desatar el prepotente poder militar de que disponen para imponer sus deseos. Un sencillo ejemplo es la sangrienta «integración» indonesia de la vieja colonia portuguesa de Timor Oriental, que entre 1975 y 1980 le costó la vida a un tercio de la población local. Hoy, ante la resistencia cada vez valiente a esta «integración», el régimen de Yakarta prepara más represión contra los «elementos desintegracionistas», «separatistas» y «antiindonesios». Toda persona sensible sabe que toda violencia significativa cesaría en el mismo minuto en que Yakarta accediese a irse de Timor Oriental y dejar solo a su desdichado y heroico pueblo.

Imaginaciones modernas

¿Qué es lo que explica entonces el poder del nacionalismo y su joven y mucho menos respetable relación «etnicidad»? ¿Y cómo se relacionen ambos conceptos? Hay dos tipos de explicación que no resisten claramente a ninguna investigación. Uno es el de que son las criaturas naturales del descontento económico y privación relativa. Es cierto que muchos movimientos nacionalistas y étnicos se basan en, o explotan, esos des-

contentos. Pero esos mismos descontentos han disparado una gran cantidad de otros movimientos sociales, con frecuencia competitivos: socialistas, comunistas, religiosos milenaristas, etc. No obstante, por toda una serie de razones diversas, muchos de estos competidores parecen haber perdido hoy su poder ideológico. De ahí que el nacionalismo y la etnicidad ocupen probablemente su lugar. Estamos presenciando buena parte de este «desplazamiento» en la Europa Oriental actual, donde los duros estalinistas de antes se están convirtiendo en nacionalistas estridentes. La otra explicación, planteada típicamente por los dirigentes políticos de los movimientos nacionalistas y étnicos, estriba en que representan la memoria histórica profunda y las comunidades tradicionales. Pero, en realidad, esos movimientos son imaginarios muy modernos y ninguno de ellos se remonta más allá del último cuarto del siglo XVIII. La verdad es que es precisamente su modernidad la que le presta también poder contemporáneo al nacionalismo y a la etnicidad.

Los dos factores más significativos que generan el nacionalismo y la etnicidad van estrechamente vinculados al desarrollo del capitalismo. Pueden describirse en pocas palabras como comunicación de masas y migraciones en masa. Hasta el siglo XIX, la inmensa mayoría de la gente, incluso en los estados avanzados, no sabía leer ni escribir, y en su mayor parte vivían y morían donde habían vivido y muerto antes sus antepasados. Pero el capitalismo, y especialmente el capitalismo industrial, cambió todo esto, primero en Europa y en las Américas, y luego, con velocidad cada vez mayor, en el resto del mundo.

El capitalismo vinculado a la tecnología de la imprenta había creado ya a comienzos de la edad moderna una impresionante producción de libros en las

lenguas vernáculas. En el siglo XIX apareció el periódico de masas, consumido no sólo por las clases medias lectoras de libros, sino por las crecientes clases trabajadoras, que, a diferencia de sus antecesores campesinos, tuvieron que aprender a leer y escribir para funcionar efectivamente en las fábricas y en sus nuevos medios urbanos. Los gobiernos, muy conscientes de las necesidades que tenía el capitalismo de mano de obra instruida, así como sus propias maquinarias militares, industrializadas y basadas en el servicio militar obligatorio, empezaron a desarrollar sistemas escolares modernos, con libros de texto, planes de estudio y exámenes estandarizados, todo ello en las lenguas vernáculas políticamente dominantes. (El imperialismo difundió rápidamente estas estructuras y hábitos a los territorios colonizados.) Junto con la difusión de las doctrinas políticas del republicanismo, liberalismo y democracia popular, el capitalismo creó públicos masivos que empezaron a imaginar, a través de los medios, un nuevo tipo de comunidad: la nación. En el siglo XX, con el desarrollo de la radio y la televisión, estos impulsos se han visto enormemente reforzados y extendidos, en el sentido de que sus mensajes son accesibles a gente que no necesita conocer bien la lengua vernácula dominante, mensajes que, por lo demás, tienen una inmediatez coloquial, auditiva y visual que la imprenta apenas puede alcanzar.

Migración masiva y mercado mundial

La migración masiva ha optado también por un nuevo carácter durante los tiempos modernos, en el sentido de que la han estimulado menos los desastres y las guerras que el comercio y el desarrollo capitalista del transporte de larga dis-

tancia, cada vez más rápido y seguro. A lo largo de los siglos XVII, XVIII y XIX, millones de europeos mínimamente libres y de africanos esclavizados se trasladaron a las Américas a través del Atlántico. En el siglo XIX se efectuó un flujo extraordinario inducido por el mercado y por los Estados de no europeos desde un continente a otro: chinos a California, Sudeste asiático y Australia; indios a América del Sur, África, Sudeste asiático y Oceanía, seguidos de armenios, libaneses, árabes y tantos otros. En nuestra época el paso es rápido y es probable que aumente de velocidad gracias al tren, el autobús y el avión: coreanos en Canadá, filipinos en Italia, tailandeses en Japón, turcos en Alemania, ciudadanos de las Indias Occidentales en Inglaterra, argelinos en Francia, a decenas, si no a cientos de miles. Ciertamente, muchos son «empujados» por la represión política en sus países de origen, pero la mayoría son «arrastrados» por esa misma fuerza, el mercado, que George Bush imagina como fuerza de paz y orden, pero que toda la historia moderna presenta como la institución más subversiva que conocemos.

Los cuerpos humanos, aunque atrapados en el torbellino del mercado, no sólo son otra forma de mercancía. A medida que siguen el grano y el oro, el caucho y los textiles, las petroquímicas y las plaquetas de silicio, llevan con ellos recuerdos y costumbres, creencias y hábitos culinarios, músicas y deseos sexuales. Y estas características humanas, que en sus lugares de origen surgen por lo general de forma suave e inconsciente, asumen rasgos drásticamente distintos en las diásporas de la vida moderna. No es casual que el debut histórico del nacionalismo se diera en las Américas entre los descendientes de los escoceses y castellanos que compartían lengua y religión con los escoceses y españoles de

Europa, pero que rara vez habían visto Escocia o Castilla. Las metrópolis los despreciaban como «criollos» o «coloniales», como si se tratase de europeos no europeos. Y eso impuso un tipo de identidad que eventualmente se fusionó con el apego a sus hogares no europeos, creando así la posibilidad de convertirse en mexicanos, venezolanos y «americanos». Sin embargo, esa gente era muy afortunada comparada con sus sucesores de cualquier parte. Por muy «degradados» que estuviesen ante los ojos de la metrópoli imperial, todavía eran más o menos «blancos», aún hablaban lenguas europeas y tenían religiones europeas. No podían ser tratados con la brutalidad que ejercieron contra los indios, africanos y asiáticos. Más aún, seguían el mercado saliendo de la metrópoli, no volviendo a ella. En las Américas se convirtieron rápidamente en dueños de las poblaciones indígenas (tras la independencia de las metrópolis estimularon enormes inmigraciones nuevas desde la Europa no británica ni española, a fin de consolidar este dominio y fomentar la acumulación en un medio donde escaseaba la mano de obra). Luego sólo pudo seguirse este ejemplo en Australia, Nueva Zelanda, Canadá y África del Sur. En todas las migraciones posteriores de mercado la gente se ha trasladado desde la periferia hacia centros más interiores, sin más elección que ser subordinados y sin que jamás fuesen considerados siquiera como «europeos degradados».

La escala y velocidad de estas migraciones modernas inducidas por el mercado ha hecho muy difícil cualquier forma tradicional de asimilación gradual a los nuevos medios. Ante los entornos desconcertadamente ajenos sólo cabía esperar que los emigrantes se volvieran unos hacia otros en busca de apoyo moral y económico, con lo que se aglome-

raron en ghettos pequeños o grandes: Detroit, Berlín, Huddersfield, São Paulo o Marsella. Peor aún, el capitalismo también los mantenía, de forma paradójica y extraña, asidos a sus respectivos países de origen. De una parte, en principio podían volver fácilmente a casa con los mismos barcos, trenes, autobuses y aviones que los habían sacado de sus hogares en primer lugar. El télex, el teléfono y correos los animaba a estar «en contacto», de un modo impensable en los siglos anteriores. De ahí que muchos de ellos soñaran con migración circulatoria en vez de encontrar un nuevo hogar, aunque en última instancia se encontrasen empantanados con eso. Pero no sólo trajeron consigo los recuerdos familiares y locales. El capitalismo tenía su propia manera de ayudarlos a imaginar una identidad más mediada. Cabe recordar la fotografía de un *Gastarbeiter* del Peloponeso sentado tristemente en su minúscula habitación de una anónima ciudad industrial alemana, ¿tal vez Stuttgart? El lastimoso cuartito carece de toda decoración, salvo un cartel turístico del Partenón, producido en masa por Lufthansa, con una inscripción en alemán animando a quien lo contempla a pasar unas vacaciones en la soleada Grecia. Este Partenón de la Luft-hansa no es, claro está, un recuerdo real para el melancólico obrero. Lo ha pegado en su pared porque puede leerlo como signo de «Grecia» y, en su miseria de Stuttgart, de una «etnicidad» que sólo Stuttgart lo ha animado a imaginar.

Por otro lado, la aparición masiva de miles de inmigrantes en comunidades asentadas no dejó, ni dejará, de producir sus propias etnicizaciones. El movimiento neofascista de Le Pen en Francia encuentra su principal apoyo entre dos de los grupos claramente antagónicos: trabajadores que solían ser fieles al Partido Comunista Francés, pero cuyas ve-

ciudades están precisamente donde los inmigrantes pobres se ven obligados a apiñarse; y antiguos elementos *pied-noir* (coloniales supuestamente «blancos») que huyeron de Argelia en 1962 y que, a pesar de sus antepasados malteses, italianos, españoles o levantinos, se sienten más franceses que nunca. Los neonazis y cabezas rapadas que están tras los recientes atropellos de la Alemania Unida, el Frente Nacional del Reino Unido, los extremistas del «White Power» (poder blanco) de los EE. UU., que se presentan «étnicamente» como los «verdaderos» alemanes, ingleses o norteamericanos, también son en parte respuestas a los flujos de mano de obra creados a escala masiva por el capitalismo mundial contemporáneo.

Todavía hay otra manera en la que el mercado hace su aportación especial al nuevo desorden mundial y con frecuencia se entrecruza con las agitaciones sociales apuntadas más arriba. En los primeros días del industrialismo, las industrias de armamento de los Estados occidentales avanzados operaban en su mayor parte fuera del mercado. No solían tener más que un cliente, el Estado, producían mercancías de acuerdo con las especificaciones del cliente, cobraban precios administrados y por lo general estaban rodeadas de un muro de secretismo debido a las rivalidades imperiales. Pero hacia la década de 1880 estos gigantes de municiones, por ejemplo Armstrong en Gran Bretaña y Krupp en Alemania, rompieron la tenaza monopolística del Estado y empezaron a construir un incipiente mercado mundial de armas. Los clientes de libremercado de estos conglomerados eran Estados débiles, periféricos y agrícolas, incapaces de construir las plantas metalúrgicas y químicas de alta tecnología necesarias para fabricar por sí solos armas modernas a escala masiva. Así que

las armas británicas y norteamericanas afluyeron a los Estados recién independizados de América Latina, mientras que las armas alemanas lo hicieron especialmente a Europa Oriental y al Imperio Otomano. Este proceso se aceleró por dos razones fundamentales después de la I Guerra Mundial. La primera fue el colapso de los imperios de los Romanof, Habsburgo, otomano, Hoenzollern y Ching, y la proliferación, en las ruinas, de toda una serie de Estados-naciones nuevos, débiles y agrícolas, totalmente incapaces de armarse por sí solos. La segunda fue la nueva velocidad con que se quedaban obsoletos los sistemas de armas a medida que se aceleraba el ritmo de invención. En una generación surgieron los aviones, submarinos, portaviones, tanques y gas venenoso. Las grandes industrias de armamento estaban ahora en condiciones de abastecer a sus clientes principales con la maquinaria de guerra más avanzada y cara posible, pero también de vender toda una serie de mercancía obsoleta y barata en el mercado mundial.

La lógica de este desarrollo no hizo sino acentuar su impulso tras la II Guerra Mundial, cuando se aceleró la velocidad de innovación y proliferó el número de Estados agrícolas débiles. Por un lado, como resultado de la crisis petrolera de 1973, el mundo vio por primera vez Estados agrícolas débiles inmensamente *ricos*, como Arabia Saudí, Irán e Irak, que disponían de poder adquisitivo para comprar armas de «primera clase» en los centros industriales. Por otro lado, el comienzo de la guerra fría fijó a dos superpotencias en una pugna global, llevada a cabo principalmente por subalternos en la periferia, preci-

samente porque las dos potencias estaban aterrorizadas por la perspectiva de una guerra nuclear entre ellas mismas. Como asunto de política estatal se desarrollaron programas de asistencia militar a gran escala, en su mayor parte fuera del mercado internacional, en el sentido de que sus cuentas de beneficios las pagaban a menudo las propias superpotencias. De ahí la masiva carrera armamentista de los 60, 70 y 80 en el Próximo Oriente, el Sur, Sureste y Este de Asia, América Latina e incluso África. El carácter de rivalidad de superpotencias en la periferia animó también a ambas partes a vender o ceder armas muy sofisticadas a clientes que no constituían las direcciones de Estados-naciones: guerrillas, rebeldes, terroristas y antiterroristas, sobre todo en zonas donde era hegemónica la superpotencia enemiga. Baste recordar las operaciones norteamericanas contra Afganistán, Angola y Cuba, bajo influencia soviética, y las operaciones en África del Sur y varias partes de Latinoamérica, bajo influencia norteamericana. En muchos de estos casos, la ayuda militar de la superpotencia se prestaba a subgrupos que, en mayor o menor grado, se definían a sí mismos en términos nacionalistas, étnicos o raciales. (Las tentaciones fueron especialmente grandes en Asia y África, los imperialismos del siglo XIX y principios del XX habían «integrado» por la fuerza, dentro de jaulas coloniales de hierro, a una enorme variedad de viejas políticas, grupos etnolingüísticos y comunidades religiosas (3). Los estados independientes que les sucedieron tras la II Guerra Mundial eran, por tanto, muy vulnerables a la manipulación externa de los sentimientos étnicos.)

(3) El eminente historiador de África Roland Oliver describe la «partición» del continente durante el último cuarto del siglo XIX como «un acto brutal de amalgama política, en la que algo así como diez mil unidades fueron reducidas a cuarenta».

El ejemplo de las superpotencias lo siguieron rápidamente las potencias intermedias: pequeños países industriales, tales como Francia y Gran Bretaña, y Estados escasamente industriales que gozaban de relaciones especiales con una superpotencia, como Israel, o de riqueza excedente, como Irán. Al menos algunos de estos Estados han intentado convertirse en potencias nucleares a pesar de los esfuerzos del club atómico existente por mantener su número exclusivo de miembros. Finalmente, un número considerable de Estados del Tercer Mundo, incapaz de producir por sí solos armamento sofisticado, se han mostrado totalmente dispuestos a desviar las armas recibidas o compradas de los centros a grupos de oposición amistosa en los Estados vecinos con los que podían beneficiarse (por ejemplo, la ayuda militar de Tanzania a los adversarios de Idi Amin o las armas de India a la rebelión bengalí contra Pakistán).

Hasta cierto punto se puede argumentar que el final de la guerra fría y la implosión de la Unión Soviética puede reducir en cierta medida el flujo de armamentos en el mundo. Pero la contribución de Moscú a ese flujo fue siempre mucho menor que la de Washington, sin tener en cuenta el conjunto de Occidente. Más aún, en su mayor parte estaba dirigida por el Estado y fuera del mercado. Al mismo tiempo, medio siglo de guerra fría ha creado enormes complejos militares-industriales en Occidente, que probablemente se opondrán a la reducción de sus riquezas y para los que el mercado mundial de armas sigue siendo un imán irresistible con sus nuevos clientes en Europa Oriental. La producción de armas se ha extendido rápidamente fuera de los viejos centros a Brasil y Argentina, Israel, India, China e incluso lugares como Tailandia e Indonesia. Puede ocurrir incluso que la dis-

minución de los temores mundiales a una gran guerra nuclear seguirán estimulando el funcionamiento del mercado, en el sentido de que el impulso a vender puede prescindir de grandes consideraciones estratégicas y/o morales.

Desde los comienzos del nacionalismo, basado en la cultura de una idea de soberanía popular, se aceptaba a priori que un garante fundamental de la realidad de esa soberanía era un ejército nacional. Pero hasta en políticas industriales centrales como Alemania, Francia y Japón estos ejércitos nacionales desempeñaron pronto un papel crucial en la política nacional. En los Estados periféricos débiles los militares, armados y entrenados en mayoría desde el exterior, se sentían aún más inclinados a volverse hacia el interior, como demuestra la experiencia del siglo XIX en Latinoamérica. El mundo está hoy día lleno de ejércitos nacionales que jamás han combatido contra un enemigo exterior, pero que continúan atormentando a sus propios ciudadanos.

Entre las muchas razones de esta introversión se cuentan, especialmente en la periferia ex colonial, los propios procesos de descolonización, así como las tentativas planteadas por la ausencia general de poderes nacionales antimonopolios en los países pobres, débiles y todavía mayormente agrícolas. En primer lugar, cuando las potencias imperiales empezaron a crear militares locales en las colonias los entrenaron para el control interno. Los Rifles de Birmania, por ejemplo, estaban destinados a ser desplegados solamente en la Birmania británica y contra la resistencia birmana al gobierno británico. En segundo lugar, y por razones políticas evidentes, reclutaban a sus miembros sobre una fuerte base étnica, favoreciendo a las minorías atrasadas y/o cristianas: «razas marcia-

les» en la India, amboneses en las Indias holandesas, karenos en Birmania, bereberes en Argelia, ibos en Nigeria y así sucesivamente. Por eso la transferencia de soberanía creó a menudo un antagonismo fundamental y peligroso entre una minoría étnica con el control de la organización interna más poderosa y las mayorías o pluralidades que reclamaban poder estatal sobre la base de elecciones populares y gobierno representativo. Incluso donde los golpes de Estado no se dieron rápidamente, los militares eran demasiado importantes para los nuevos gobiernos nacionales como para no intentar hacerse con el control del reclutamiento del cuerpo de oficiales. En las mejores condiciones, esto es, donde los militares albergaban alguna concepción genuina de representación nacional, el mayoritarismo solía amenazar a las poderosas minorías del interior del ejército con la erosión a la larga de sus ascensos y, quizá, su capacidad de ayudar a sus compañeros de etnia en tiempos difíciles. En otros casos, como en Latinoamérica, el reclutamiento del cuerpo de oficiales se apoyaba fuertemente en líneas clasistas o etnorraciales que excluían por lo general a los «indios» y favorecían a los criollos y mestizos de las clases media y alta. No es de extrañar, por tanto, que los militares se hayan utilizado ampliamente en la periferia para mantener estructuras de poder que, a pesar de la retórica nacionalista, se han etnizado profundamente. Y menos aún que el descontento y la rebelión contra semejante status quo los haya ordenado por líneas étnicas, casi étnicas o raciales.

En consecuencia, a pesar del final de la guerra fría, las peligrosas convergencias que surgieron ya en el siglo pasado presentan todos los indicios de seguir desarrollándose: proliferación de sistemas de armas dirigida por el mercado,

mitologización de los militares como símbolo sine qua non y garantes de la soberanía nacional y etnización del cuerpo de oficiales.

¿La aparición del nacionalista a distancia?

Aquí actúan profundas fuerzas económicas, sociales y culturales sobre las que las direcciones políticas, ni siquiera las de los Estados «democratizados» desarrollados, apenas tienen control. Para sentir estas fuerzas uno no tiene que salir de la vieja Europa. Así, por ejemplo, Belfast está a menos de 500 kilómetros de Londres, pero ha sido un campamento armado durante los últimos 25 años, a pesar de que los británicos utilizan los más sofisticados métodos antiinsurgentes urbanos contra el IRA y a pesar de dirigentes británicos tan agresivos como Margaret Thatcher. El IRA no sólo sobrevive por su llamamiento nacionalista local y sus métodos despiadados, sino porque ha ganado apoyo político y financiero en los EE. UU. y dentro de Inglaterra, armas en el mercado internacional y entrenamiento y servicio de información en Libia y el Próximo Oriente. Belgrado está a menos de 1.000 kilómetros de Berlín, capital del Estado más poderoso de Europa y eje de la Comunidad Europea. Pero Berlín, la comunidad y los EE. UU. parecen impotentes ante la guerra civil que destruye a la vieja Yugoslavia. Belgrado es el cuartel general de un supuesto ejército «nacional» que era y es desproporcionadamente serbio y se utiliza ahora más para fines serbios que yugoslavos. Los políticos croatas, por otro lado, han estado muy activos en el mercado mundial de armas y obtienen recursos considerables de las comunidades de emigrantes croatas en distintos países del mundo.

Lo que esto demuestra no es en absoluto que el nacionalismo esté obsoleto, sino más bien que las grandes migraciones producidas a lo largo de los últimos 150 años por el mercado, así como por la guerra y la opresión política, han distorsionado profundamente una coincidencia, antes aparentemente «natural», de sentimiento nacional con residencia vitalicia en la patria. En este proceso se han generado «etnicidades» que siguen a los nacionalismos en orden histórico, pero que todavía siguen hoy vinculadas a esos nacionalismos de formas complejas y a menudo explosivas. Por eso, algunos de los partidarios más «nacionalistas irlandeses» del IRA viven como «étnicamente irlandeses» en los EE. UU. Lo mismo vale decir de muchos ucranianos en Toronto, tamiles en Melbourne, jamaicanos en Londres, croatas en Sydney, judíos en Nueva York, vietna-

mitas en Los Angeles y turcos en Berlín. Cabe que nos hallemos aquí ante un nuevo tipo de nacionalista: el «nacionalista a distancia» como tal vez se le puede llamar (4). Puesto que, mientras técnicamente es ciudadano del Estado en donde vive cómodamente, pero con el que tal vez se siente poco vinculado, encuentra tentador jugar a la política de la identidad participando (a través de la propaganda, el dinero, las armas, cualquier cosa menos el voto) en los conflictos de su *Heimat* imaginaria, ahora tan sólo alejada a tiro de fax. Pero esta participación sin ciudadanía es inevitablemente no-responsable, nuestro héroe no tiene que dar cuenta, ni pagar el precio, de la política a distancia que emprende. También es presa fácil de los retorcidos manipuladores políticos de su *Heimat*. ■

(Traducción de Vicente Romano)

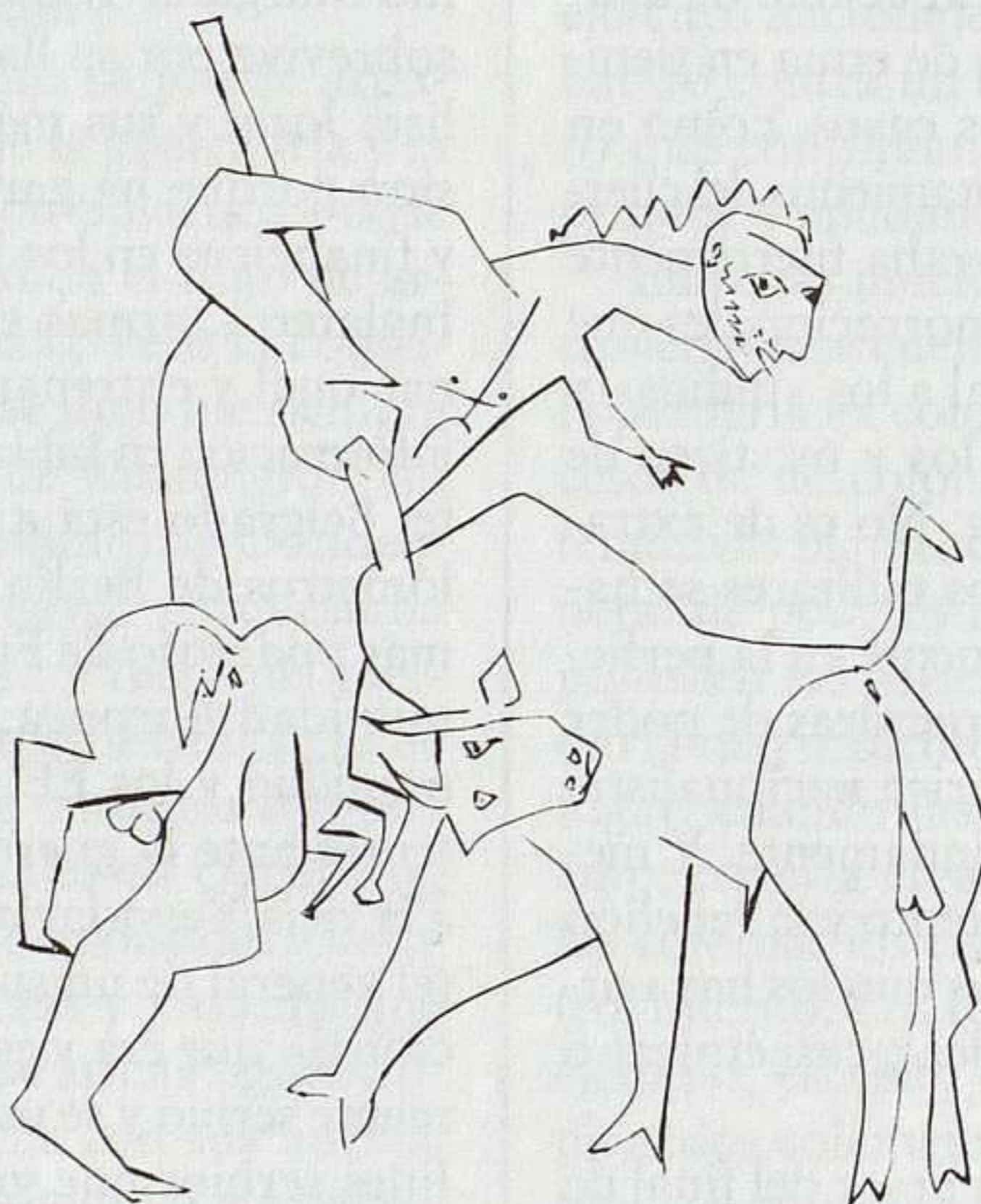


Ilustración para el libro *Dos Cuentos*, de Ramón Reventós. 1947
Pablo Picasso

(4) Se le puede llamar a «él», porque este tipo de política parece atraer más a los hombres que a las mujeres.

La historia después del fin de la historia

José María Laso Prieto

Con este mismo título, el prestigioso historiador *Josep Fontana* ha publicado un libro de gran utilidad no sólo para los historiadores profesionales, sino también para cuantos se interesan por las ciencias sociales, en general, y por la historia en particular (1). Como subtítulo del mismo figura en portada el de «Reflexiones acerca de la situación actual de la ciencia histórica». Como es lógico, el título de la obra del profesor *Fontana* proviene de la polémica suscitada por el célebre artículo «¿El fin de la historia?», de *Francis Fukuyama* (2). Sin embargo, en lugar de entrar a fondo en la crítica de la tesis de *Fukuyama*, *Josep Fontana* aprovecha la oportunidad que le brinda el debate suscitado por tal tesis para realizar un interesante análisis del estado de la cuestión, tanto en el campo de los métodos como en el de las distintas orientaciones que actualmente se

dirimen en el plano de la ciencia de la historia.

No obstante, también puede ser muy útil conocer la opinión que de la tesis de *Fukuyama* tiene un historiador tan eminente como el profesor *Fontana*. A ello le dedica las primeras páginas de su libro y logra sintetizar, en forma clara y eficaz, su refutación de las posiciones del funcionario norteamericano —del Departamento de Estado— de origen japonés. En ese sentido es significativo, en el libro de *Josep Fontana*, el útil dato de que la desmesurada fama del artículo de *Fukuyama* «...se debe a la orquestación que para su difusión organizó la *Jhon M. Olie Foundation*, una institución norteamericana que invierte anualmente millones de dólares para favorecer un viraje a la derecha de la enseñanza de las ciencias sociales» (3). En el mismo plano de la ciencia histórica es quizá toda-

(1) Josep Fontana, «La historia después del fin de la historia». Editorial Crítica. Barcelona, 1992.

(2) Francis Fukuyama, «¿El fin de la historia?» Artículo publicado en la revista *Claves de la razón política*. Madrid, 1990. Pág. 85 y sig.

(3) Josep Fontana, «La historia después del fin de la historia». Editorial Crítica. Barcelona, 1992. Pág. 7.

vía más significativo que esa misma fundación reaccionaria subvencione con más de cincuenta millones de pesetas anuales al profesor *François Furet*. Como es sabido, este historiador francés, gran delador de la Revolución francesa, se ha convertido en el cabeza de fila de los revisionistas que tratan de refutar la concepción científica de dicha revolución como un proceso de la lucha de clases que creó las condiciones políticas previas necesarias para la implantación del modo de producción capitalista. Se confirma así la relevancia que la ciencia histórica tiene en la lucha ideológica y que hace posible la vigencia política actual de un proceso histórico del que nos separan ya dos siglos. Con ello, precisamente, adquiere todo su significado la polémica que acerca del contenido político-social concreto de la Revolución francesa se ha venido produciendo durante los dos siglos transcurridos desde su realización. Polémica cuyo significado ideológico se acentuó todavía más en el 150 aniversario de la Revolución, en vísperas de la II Guerra Mundial. Con ese motivo, el Partido Comunista Francés proporcionó especial relieve a la conmemoración, asumiendo el carácter progresista de la Revolución francesa—incluso de sus componentes específicamente burgueses— y valorando positivamente, siguiendo a *Victor Hugo*, tanto a *Mirabeau* y los girondinos, como a *Dantón*, *Robespierre*, *Marat*, *Hébert* y *Babeuf*. De tan amplia valoración, de la burguesía moderada o radicalmente revolucionaria, se deducía claramente un mensaje de unidad nacional frente a la creciente amenaza nazi (4). El signi-

ficado político de la conmemoración del bicentenario de la Revolución francesa ha estado, por el contrario, marcado por los intentos reaccionarios de los revisionistas, tratando de desdibujar los auténticos perfiles y contenidos de la gran Revolución 1789-1794 en el marco global de una supuesta revolución atlántica (5).

En un enfoque ya más específico del tema, el profesor *Fontana* considera que al reconvertir *Fukuyama* en libro el artículo en que inicialmente planteó su tesis, ha servido para poner más en evidencia su vaciedad. A su juicio, «se trata, simplemente, de una reelaboración más de la tesis de Hegel, que contemplaba el mundo germánico y las instituciones que comprende el estado europeo moderno como el fin de la historia; viejas ideas recicladas repetidamente desde que Kojève las volvió a poner en circulación en los años treinta, mezcladas ahora con gotas de Nietzsche para componer lo que se ha calificado de “libro de rezos hegeliano” para el conservadurismo norteamericano, mientras un crítico se preguntaba. ¿Por qué una obra de tan evidente mediocridad ha obtenido tanta atención pública? ¿Por qué un editor ha podido emplear tanta energía y capital para lanzar un libro tan pueril y de tan escaso interés?» (6) Evidentemente, la respuesta a tales interrogantes tiene más que ver con las formas actuales de la lucha ideológica, en el seno del sistema capitalista, que con el rigor teórico de la tesis de *Fukuyama*. Sin embargo, no debe subestimarse el alcance teórico-ideológico del reto que supone tal tesis. En ese sentido compartimos la opinión

(4) Thorez, Duclós, Peri, Politzer, «La Revolución Francesa. Colección 70 de la Editorial Grijalbo. México, 1968. Págs. 11-12.

(5) A. Morales Moya y D. Castro Alfin, «Ayer y hoy de la Revolución Francesa». Ediciones del Drac. Barcelona, 1989. Pág. 47.

(6) Josep Fontana, «La historia después del fin de la historia». Editorial Crítica. Barcelona, 1992. Pág. 7.

del profesor *Gustavo Bueno* que, ante la opinión de que tal tesis no merecía ninguna atención, observaba: «No es esa la cuestión. Es muy fácil plantearse así a Fukuyama, pero no es ese el camino que a mi juicio se debe seguir. En un reciente congreso de filosofía vi como todos los profesores allí presentes hacían precisamente eso. Tomaban las tesis de Fukuyama, sobre el fin de la historia, y las trituraban sin más. Ciertamente con toda razón, porque es un indocumentado. Pero creo que no basta. Hay que darle plena beligerancia a Fukuyama, porque al margen de sus ignorancias ha expuesto una tesis que, si bien está de un modo lineal y con desconocimiento de los contextos imprescindibles, pertenece al sistema de tesis posibles con las que hay que contar. De entre las cuatro o cinco tesis que se pueden formular hoy en día al respecto, una de ellas es la de Fukuyama y tiene sentido en función de las tesis alternativas posibles. Por eso considero que es absolutamente respetable. Incluso es necesario argumentar por él, cuando sus razonamientos sean débiles. Ese es, sencillamente, el método platónico» (7).

Y, abordando ya de lleno el problema, *Gustavo Bueno* precisa: «El fin de la historia que propone Fukuyama, siguiendo a una interpretación de Hegel a través de Kojève, como el mismo señala, nos lleva a plantearnos lo contrario. Si la historia acabó, según se dice, hay que plantearse la tesis contraria: la historia no acabó. Para afrentar la cuestión es útil retomar una conocida tesis según la cual “todo lo que comienza acaba”. Durante mucho tiempo no sabía siquiera de quién era esa tesis. Y encon-

tré que la formulación más parecida es la del estoico Poseidonio. En alguna ocasión propuse, en mis clases, que alguien la demostrara y, ciertamente, es imposible o muy difícil demostrarla. De forma que si la historia acaba es que empezó, de manera que lo que hay que discutir es si comenzó. Sí empezó, claro, la historia universal. Y yo sostengo, en mi trabajo en la revista «El Basilisco» (8) que la historia universal no empezó. No estamos ante el fin de la historia universal, ya que aún no ha empezado. Es interesante recordar que Marx habló de prehistoria y de historia, sosteniendo que estábamos en la prehistoria de la humanidad y que la historia comenzaría con el comunismo. Pero, precisamente, la historia del comunismo no es historia, porque es en tal caso el futuro y, específicamente, la historia trata el pasado. En tal caso, será historia para los que vivan en el año 5000, pero para nosotros no es historia. Nótese que al menos Marx tuvo la suficiente fuerza crítica como para decir que no se puede hablar del fin de la historia, sino como mucho del fin de la prehistoria. En ese aspecto yo comparto la concepción de Marx. Estamos en la prehistoria de la humanidad. Lo que hay son historias particulares; historias de romanos, de griegos, pero no historia universal. Son historia de un Estado. Como disciplina académica, la historia comenzó en España en el siglo pasado, a raíz de la pérdida de las colonias y de los nacionalismos. La historia como disciplina general fue siempre la historia de la Iglesia, la historia del pueblo de Dios. De todos modos, desde nuestro punto de vista, es en la historia del Estado de

(7) Gustavo Bueno, «No estamos ante el fin de la historia universal, ya que aún no ha empezado». Entrevista realizada por Jesús Neira en el diario *La Nueva España* de Oviedo. Oviedo, 20 de septiembre de 1992. Pág. 59.

(8) Gustavo Bueno, «Estado e historia (en torno al artículo de Francis Fukuyama)». Revista *El Basilisco*. 2.ª época, n.º 11. Oviedo, 1992. Págs. 3 a 27.

Israel o la historia de la ciudad de Dios, que es un Estado metafísico, con lo que estamos en las mismas» (9).

A título de conclusión, *Gustavo Bueno* precisa todavía más su crítica de la tesis de *Fukuyama*: «Hay que salir del dilema establecido entre el fin de la historia y el principio de la historia. No ha habido historia. No ha empezado. Fukuyama, en su planteamiento, lo que hace es privilegiar una historia particular, con origen en EE. UU. Además, basada en una teoría política totalmente discutible como es la democracia parlamentaria y el mercado libre. Pero ese esquema formal no se puede erigir en el fin de la historia, como si se sostuviese por sí mismo. Como si los hombres hubiesen controlado su propio destino por haber poseído determinadas claves democráticas formales. Hay que hacer la crítica de la idea metafísica de democracia como autogobierno del pueblo. Crítico, como siempre, todo lo que tiene la forma de un pensamiento reflexivista, autoconcepción, autocontrol, autodirección de la humanidad. La humanidad no se autocontrola, se trata sólo del control del todo por una parte. En definitiva, sostenemos que el fin de la historia no puede darse porque no ha comenzado aún. El fin no puede tener un sentido propositivo, porque la humanidad no es un sujeto que se pueda ya proponer fines a sí mismo. Esos fines los podrá proponer un romano, un griego, un francés, un individuo particular. La idea de historia universal tiene sentido desde la circunnavegación de África y el descubrimiento de América, cuando se empieza a formar un sistema planetario. Así comienzan las posibilidades de una historia universal. Ya Marx sustentó que la sociedad universal había empezado

con el sistema capitalista. Empero, yo considero que sólo empieza a ser efectiva a partir de la II Guerra Mundial. Así que, en todo caso, estamos en el principio de la historia universal; una historia por otra parte bastante siniestra. Sencillamente, no es historia. A este respecto, las actitudes irenistas u optimistas son vacuas. En un sentido más concreto, el problema central de nuestros días es determinar cuáles son las unidades que realmente pesan en el curso de los acontecimientos futuros; cuáles son las unidades que realmente determinan el curso del sistema global, puesto que el sistema no avanza por sí sólo. Podemos pasar revista: pueden ser las clases sociales, las religiones, las naciones, los estados, las multinacionales, las razas, el mercado. En cualquier caso, siempre son relaciones de dominación. Quien no vea que las relaciones de este sistema planetario son relaciones de dominación piensa con el espíritu armónico de la UNESCO. Por ello, profundizando en el significado de las tesis que examinamos, es de observar que Fukuyama está respaldado por el presidente Bush, de quien es un asesor muy destacado. En mi trabajo, publicado en la revista «El Basilisco», lo comparo con Polibio, asesor ideológico del Imperio Romano o, más concretamente, de Escipión el Africano. De forma similar, Fukuyama expresa la ideología de los EE. UU. De ahí la importancia universal de su libro, ya que no se trata de una opinión particular. Es curioso que la expresión de la ideología de los EE. UU. se haga en base a Hegel y, además, a través de un japonés al igual que Polibio era un griego. Como recojo en el estudio, Escipión, ante las ruinas de Cartago dice: «Este es un momento glorioso, Polibio, y sin embargo estoy

(9) Gustavo Bueno, «No estamos ante el fin de la historia universal, ya que aún no ha empezado». Artículo publica en el diario *La Nueva España*.

sobrecogido de temor y presiento que el mismo sino caerá sobre mi propia patria.» De esta forma Escipión señalaba que los grandes imperios están condenados a desaparecer: lo que hoy le pasa a Cartago mañana le puede suceder a Roma. Esa es la diferencia con Fukuyama, que sólo ve un mundo feliz después de la caída de la URSS. Se ve la diferencia que hay entre un filósofo estoico y un japonés de ocasión (10).

Efectivamente, no sólo *Marx* sino también *Engels* consideraban, en diversos textos, que la historia de la lucha de clases de las diversas formaciones económico-sociales basadas en la explotación del hombre por el hombre no constituía la verdadera historia humana, sino su prehistoria. En esta etapa del desarrollo humano los hombres no podían realizar conscientemente su propia historia, ya que eran sujetos pasivos de una sociedad que ellos no dominaban. Para ambos clásicos del marxismo, sólo en una sociedad comunista —en la que los hombres controlarían la naturaleza y la sociedad— la humanidad podría realizar, mediante un plan general, conscientemente su propia historia. Con este tránsito, de la historia inconsciente a la historia consciente, se pasaría de la prehistoria a la historia universal humana. En otro sentido, el profesor *Fontana* se remite a una secuencia de artículos publicados en la revista británica *History Today*, que se inició con uno de *Christopher Hill*, titulado *¿Funerales prematuros?*, donde, refiriéndose a tópicos como la «muerte del marxismo», «el fin de la historia», etcétera, afirmaba que «tal vez los habitantes del Tercer Mundo no estén tan seguros de que la historia se haya acabado» (11).

Los problemas de la historia

No obstante rechazar la tesis del fin de la historia, la reflexión que su planteamiento suscita ha impulsado a *Josep Fontana* a meditar sobre algunos de los problemas que tiene actualmente planteados la disciplina de la historia. La mera transcripción del índice del libro que reseñamos puede proporcionarnos ya una idea de la amplitud de la temática que abarca: I. La historia después de fin de la historia. II. El retorno a la historia narrativa: un indicador de problemas y una falsa solución. III. La ilusión cientifista. IV. La «cliometría». V. Un ejemplo concreto: el problema del nivel y de la calidad de vida. VI. Historia, espacio y recursos naturales: de la geografía humana a la «ecohistoria». VII. El cientifismo y la desintegración de la historia. VIII. Historia y análisis del discurso. IX. Viejos campos en proceso de renovación: historia de la cultura, historia de las mentalidades. X. Después de la tormenta «revisionista»: una primera ojeada a la situación actual. XI. ¿Qué historia para mañana? Reflexiones para una renovación más sustancial.

Sobre algunos de estos sugerentes temas vamos a detenernos en la medida que nos lo permite el espacio disponible. En ese sentido, ante todo, conviene indicar cuál es la perspectiva teórica en la que el profesor *Fontana* se sitúa al abordar tal problemática. Y nada mejor para lograrlo que remitirnos a sus propias palabras: «Las reflexiones que expongo en este pequeño volumen no tienen la pretensión de resolver el problema —o, mejor, los problemas—, sino que aspiran, simplemente, a ayudar a quienes se interesan por el estudio de la historia, y muy en especial a quienes

(10) Artículo citado.

(11) Josep Fontana, «La historia después del fin de la historia. Editorial Crítica. Barcelona, 1992. Pág. 8.

se dedican a su enseñanza, a orientarse en el laberinto de corrientes que ha venido a reemplazar aquel mapa tan claro de nuestro territorio, que hace pocos años solía dividirse en dos o tres continentes: la historia “marxista”, la académica conservadora y alguna supuesta “tercera vía”, como la escuela de los *Annales*. El punto de partida de esta reflexión debe ser el fracaso de las expectativas que se habían depositado en formas elementales y catequísticas del marxismo como alternativa a la enseñanza y la investigación tradicionales. A quienes piensan que esto es, simplemente, una consecuencia del hundimiento político y económico de los países del Este y de la URSS —esto es, a quienes confunden el curso de la historia con el de la ciencia histórica— les conviene recordar que ya hace mucho que quienes nos dedicamos a enseñar habíamos descubierto, por nuestra cuenta, que reemplazar la vieja historia de reyes y batallas por la no-tan-nueva de los modos de producción no nos había permitido mejorar y hacer más vivo nuestro trabajo, aproximándolo a los problemas reales de los alumnos y su medio, y que nos estábamos planteando estos problemas mucho antes de que se produjera la reciente oleada «revisionista». No entraré ahora en las razones que explican el triunfo, primero, y el previsible hundimiento después del «marxismo catequístico», por que lo que me propongo es, precisamente, examinar que ha pasado *después del fin*, por lo cual comenzaré a partir del mismo fracaso, ya que ha sido el descrédito de unos esquemas elementales que proporcionaban a muchos historiadores un marco de referencia para situar su trabajo lo que ha conducido al estado de desorientación presente (...). Conviene no

echar en olvido que prácticas que se consideraban normales y admitidas entre nosotros, como las discusiones escolásticas acerca de la revolución burguesa —un concepto, por cierto, que no se hallará como tal en las obras de Marx, y que procede de los elementos con que la historiografía burguesa del siglo XIX quiso componer una legitimación de la sociedad que estaba construyendo—, nacen de la misma raíz y son igualmente ajenas a la forma de concebir la historia que tenía el hombre que en 1879 afirmaba que no podía acabar de escribir el segundo volumen de *El capital* hasta que concluyese la crisis económica que estaba atravesando Gran Bretaña, porque necesitaba reajustar el análisis teórico «observando el curso actual de los acontecimientos». Lo cual viene a ser exactamente lo contrario de lo que hacían los cultivadores de nuestro «marxismo ortodoxo», que hubieran denunciado al Marx de 1879 como vulgar positivista (12).

Para *Josep Fontana* una de las consecuencias de la crisis de ese marxismo dogmático, aplicado al campo de la historia, ha sido la situación de desamparo en que han quedado los historiadores que se inspiraban en él y que está dando lugar a sorprendentes conversiones. Partiendo del hecho de que la primera reacción que suelen suscitar las crisis de fe son, generalmente, el escepticismo, el profesor *Fontana* sostiene que, en el caso actual, ello se traduce en la desconfianza ante cualquier planteamiento teórico, que puede muy bien traducirse en formas de positivismo enmascaradas de posmodernidad, en un eclecticismo superficial, o en una sensación de que lo que necesitamos es cambiar con frecuencia el bagaje metodológico, renovándolo de acuerdo con las

(12) *Op. cit.* Pág. 10.

modas de cada temporada. Así, *Josep Fontana* critica, como una de las modalidades de huida más frecuentes y elementales —de quienes pretenden escapar del contagio de la teoría—, la que se define a sí misma como intento de recuperar la historia narrativa, presentada como una forma expositiva neutra y limpia de carga ideológica. Sin embargo, la narración no sólo constituye una forma de exposición, sino que tiene también un contenido, puesto que está íntimamente relacionada con el impulso por identificar la realidad con el sistema social vigente. Por lo tanto, el método narrativo lejos de estar limpio de ideología está plenamente impregnado de ella. En consecuencia, compartimos el planteamiento racional del profesor *Fontana* al estimar que la narración podría ser una solución del problema tan sólo en casos elementales, en la que la sucesión de unos acontecimientos más o menos homogéneos —políticos o biográficos, por ejemplo— pueda servir de hilo conductor; pero sólo en ellos. Porque la solución a este problema no reside en limitarnos a volver a una explicación lineal y ordenada, sino que requiere la elaboración de un nuevo tipo de síntesis que integre de manera coherente los datos de la historia política, social y cultural, sin olvidar que sus protagonistas son siempre seres humanos. El mero regreso a la forma narrativa tradicional resulta ser una falsa solución a un problema al que hay que enfrentarse asumiéndolo en toda su complejidad: el de la necesidad de recuperar una visión global, lo que exige plantear seriamente el análisis de los criterios de ordenación que han de definir esta globalización» (13).

Uno de los aspectos más sugerentes del libro que reseñamos es la crítica que en él se realiza de la ilusión cientifista. A juicio del autor, constituye una de las modalidades de huida más común —y más peligrosa incluso que el escepticismo metodológico y el escapismo narrativo— es la que conduce a buscar el auxilio de otras ciencias sociales, menos controvertidas que la historia y con mayor prestigio académico, para así suplir con sus métodos la pérdida del viejo instrumental analítico —que proporcionaba el marxismo dogmático— y en el que ya no se sigue confiando. El profesor *Fontana* argumenta duramente contra tales recursos fáciles que, en definitiva, resultan inútiles para proporcionar mayor rigor científico a los historiadores. En sus propias palabras, «la inutilidad de este científico resulta más patética aún cuando nos damos cuenta de que el afán por imitar mecánicamente los métodos de otras disciplinas responde a concepciones de las ciencias completamente superadas. El universo intelectual popperiano, en que la ciencia era identificada con la capacidad de predecir, hace tiempo que se ha venido abajo. Semejante concepción pertenece al viejo mundo del determinismo laplaciano, y no a una física que se basa en las matemáticas del caos y opera con objetos fractales» (14). En este sentido, pensamos, la insuficiencia de la argumentación que sobre esta cuestión realiza *Josep Fontana* podría compensarse con la lectura de obras como «El nacimiento del tiempo», de *Ilya Prigogine*, donde se sintetiza, muy didácticamente, la nueva concepción de la ciencia no mecanicista (15).

(13) *Op. cit.* Pág. 21.

(14) *Op. cit.* Pág. 30.

(15) Ilya Prigogine, «El nacimiento del tiempo». Metatemas. Tusquets, editores, Barcelona, 1991.

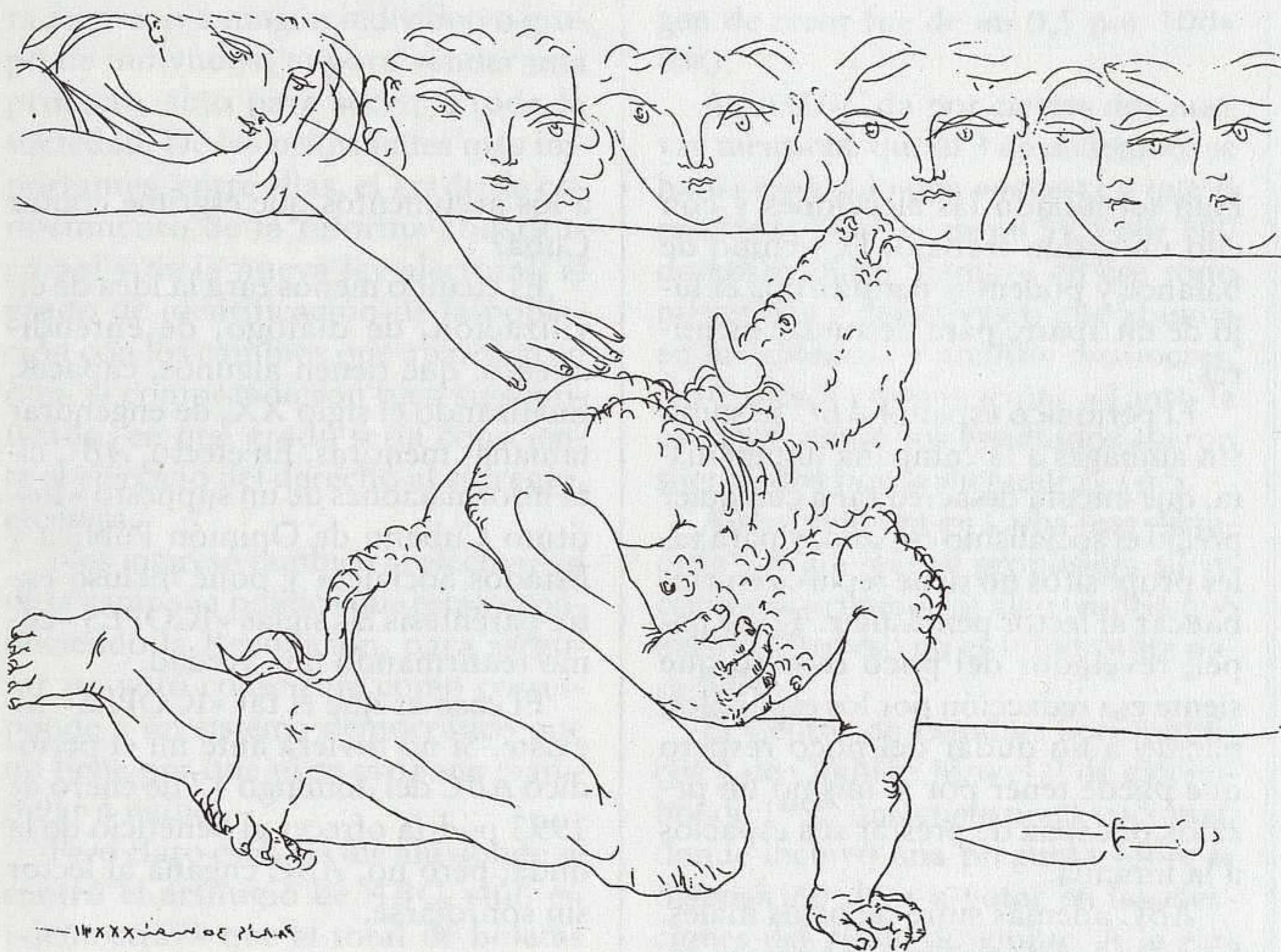
En el balance final, que el profesor *Fontana* realiza de la situación actual de la ciencia de la historia —en el capítulo del libro titulado «Después de la tormenta “revisionista”: una primera ojeada a la situación actual”— es muy interesante cómo sitúa la función de la perspectiva política en el trabajo de los historiadores: «Y en cuanto a la recuperación del contenido político (en el buen sentido del adjetivo, que no es precisamente el habitual de *partidista*) no nos hemos de dejar aturdir por quienes pretenden descalificarnos como el hundimiento de los regímenes del Este europeo, por dos razones: porque ni nuestra práctica historiográfica tenía nada que ver con la que se hacía en ellos —donde la mayor parte de nosotros hubiéramos sido igualmente condenados como heterodoxos— ni el objetivo «político» que la animaba era el establecimiento de regímenes como aquellos. Hace muchos años que, desde el propio «marxismo crítico», se nos habían proporcionado los elementos suficientes para advertir que buena parte de lo que quedaba de «marxiano» en el programa leninista se había desvanecido desde los años veinte, cuando se produjeron en la URSS la consolidación del autoritarismo y, poco después, el gran viraje que llevó a abandonar el esfuerzo por asentar los fundamentos científicos y políticos de una economía planificada —un gran sueño en cuyo proyecto participaban no sólo bolcheviques, sino nombres de las más diversas tendencias—, reemplazado por una centralización forzada, donde el plan era poco menos que una legitimación engañosa (...). Y si se nos pregunta por qué no nos sumamos entonces al coro público de los detractores de aquel sistema, habrá que recordar que en 1968 eso significaba hacer el juego de los otros, de los que usaban el espantajo del co-

munismo para combatir a la democracia, comenzando por los EE. UU. y acabando por Franco. Y que buena parte de los que dejamos hace muchos años —más que la mayoría de los conversos de estos tiempos— cualquier responsabilidad política partidista, no hemos querido tampoco que se confunda nuestra actitud con la de quienes fueron abandonando un barco que se hundía para ponerse en la cola de la repartidora. Sin olvidar el respeto que nos merecen algunos de los que, a falta de otras nuevas, han preferido seguir luchando tras de las viejas banderas antes que rendirse. Porque conviene que quede claro que hay algo de lo que sostuvimos en el pasado de lo que no nos hemos avergonzado ni hemos renegado: el propósito de seguir luchando por un mundo en el que haya la mayor igualdad posible dentro de la libertad. En este combate no importa perder una batalla, porque sabemos que otros la proseguirán. E incluso si supiésemos de antemano que es inútil, porque todas las batallas deben perderse, habría merecido la pena librarlo (...). Estos planteamientos no deben confundirse, sin embargo, con una propuesta inmovilista. Ni en el sentido político, ni, menos aún, en el de los cambios metodológicos a que hemos de enfrentarnos. E insisto en esto porque corremos el riesgo de no darnos cuenta de la urgencia de hacer rectificaciones a fondo (de actualizar el pensamiento crítico de la izquierda para acomodarlo a las necesidades reales de nuestro tiempo, si se produce pronto el reflujo de la «ola revisionista» —en el campo de la historia— que hasta hace poco amenazaba con sumergirlo todo. Porque si hay algo que comienza a verse claro es que este «revisionismo», que tuvo éxito, y hasta alguna utilidad, en su función estrictamente crítica, ha demostrado ya su incapacidad para proponer una al-

ternativa coherente. No se puede esperar vivir indefinidamente de la negación, de la descalificación y la paradoja, sin ofrecer más recambios que los de discursar incansablemente acerca del discurso o propugnar la vuelta al viejo positivismo narrativo» (16).

Desde una perspectiva crítica, el único reproche que se le puede hacer al profesor *Fontana* es que no haya profundizado más en la temática de esta obra. El

libro sabe a poco. Quizá su insuficiente extensión se deba a razones de oportunidad editorial. En todo caso, constituye un instrumento indispensable para conocer como están situadas actualmente tanto la metodología histórica como sus diversas temáticas sectoriales. Todo ello es muy útil en este momento en que coincide el reflujó del «revisionismo» histórico con el descrédito de la tesis del fin de la historia. ■



Minotauro agonizante en la arena, 1933
Pablo Picasso

(16) Josep Fontana, «La historia después del fin de la historia». Editorial Crítica. Barcelona, 1992. Págs. 115 y sigs.

Anatomía de una mentira

Darío L. Machado Rodríguez (*)

Han terminado las elecciones y con ello un arduo trabajo. Es tiempo de balance y podemos permitirnos el lujo de un aparte para desnudar mentiras.

El periódico español *ABC* se sumó sin ambages a la campaña imperialista, que intenta desacreditar a cualquier precio el socialismo cubano, y para tales propósitos no tiene reparos en embaucar al lector peninsular. Triste papel, revelador del poco respeto que siente esa redacción por los españoles, nacido a no dudar del poco respeto que puede tener por sí mismo un periódico, capaz de prestar sus espacios a la infamia.

ABC además sufre de otros males. Su orfandad de argumentos parece dejar sin esperanzas a eventuales competidores en el terreno de la mediocridad. ¿No es prueba suficiente que haya tenido que emplear el recurso de inventar un instituto de investigaciones para dar un barniz de credibilidad

a los argumentos que esgrime contra Cuba?

Es cuando menos rara la idea de civilización, de diálogo, de entendimiento, que tienen algunos, capaces, finalizando el siglo XX, de engendrar tamañas mentiras. En efecto, *ABC* cita informaciones de un supuesto «Instituto Cubano de Opinión Pública y Estados Sociales» y pone incluso entre paréntesis las siglas «ICOPES» como reafirmando una verdad.

El caso es que el tal «ICOPES» no existe. Si no tuviera ante mí el periódico *ABC* del domingo 17 de enero de 1993 podría ofrecer el beneficio de la duda; pero no, *ABC* engaña al lector sin sonrojarse.

Deber y publicidad

En Cuba estudian la opinión pública distintas instituciones, entre ellas la que me honra dirigir, el Centro de Es-

(*) Director del Centro de Estudios Sociopolíticos y de Oponión.

tudios Sociopolíticos y de Opinión, adjunto al Comité Central del Partido Comunista de Cuba.

No tenemos vocación publicitaria ni efectista. Somos y nos sentimos científicos sociales al servicio del pueblo, trabajamos para contribuir a mejorar nuestra sociedad. Por suerte para nosotros, y en general para las ciencias sociales cubanas, el resultado de nuestro esfuerzo no es una mercancía.

Es lo que ha ocurrido también con las elecciones. Efectivamente, hemos seguido sistemáticamente el desarrollo del proceso electoral, pero no para favorecer a ningún individuo o grupo de individuos, ni para vender una primicia, sino para servir a toda la sociedad. De las prioridades más importantes, entre ellas, el grado de conocimiento de la reforma constitucional y de la nueva ley electoral, el grado de identificación de la población con los cambios que aparecen en esta, si comprendieron bien su significado, en qué grado sería consciente el ejercicio del derecho al sufragio, etcétera.

Nos interesó también la efectividad de la campaña política que estaba conduciendo la Revolución, para asegurar un voto consciente como corresponde a un sistema democrático que no tiene por qué ni se propone manipular a nadie.

Pero claro está, no fue ahí donde se centró el artilugio de ABC, sino en «demostrar» que el total de boletas anuladas y boletas en blanco, todas las cuales identificaba a ultranza como un voto de rechazo, era de tal magnitud que «convirtieron las elecciones municipales del pasado 20 de diciembre en un gran referendo contra la dictadura que rige en la isla» (sic).

Los resultados divulgados sobre los totales de las boletas anuladas y en

blanco, tanto el 20 de diciembre de 1992 como el 24 de febrero de 1993, se encargan por sí solos de desmentir la especie. El pueblo cubano dio su respuesta. Queda, sin embargo, en pie el problema de los escrúpulos, de los métodos, de la ética.

ABC dice que el tal ICOPES «...había realizado una encuesta previa dentro de la población el día 3 de diciembre, donde se apreciaba una abstención del 31 por 100. Los resultados finales del 20 de diciembre fueron del 31,5 por 100 de abstención en todo el país, es decir, que el margen de error fue de un 0,5 por 100» (sic).

Aquí ABC da por ciertas dos nuevas mentiras: que el 3 de diciembre se había realizado una encuesta y que el resultado final fue de un 31,5 por 100 de abstención. Siempre en ese tono misterioso y detectivesco que abunda en las crónicas y análisis mediocres, ABC dice a continuación: «Tanto la encuesta como los resultados fueron silenciados por la dictadura» (sic).

Aun si hubiera en Cuba una dictadura y si además se propusiera silenciar algo, primero ese algo tendría que existir. Pero eso no es importante para ABC.

El Centro de Estudios Sociopolíticos y de Opinión hizo el 9 de diciembre de 1992 una encuesta nacional, donde incluyó una pregunta sobre la disposición de ir a votar en las elecciones del 20 de diciembre. A la formulación «¿Usted irá a votar el próximo 20 de diciembre?» la muestra respondió del modo siguiente:

	%
Sí	92
No	2
No lo he pensado aún	5
No respondió	1

La encuesta anteriormente mencionada fue la única de las que hicimos antes del 20 de diciembre, donde incluimos una pregunta sobre la participación en las elecciones.

El total de personas que no ejerció su derecho al voto en las elecciones del 20 de diciembre fue de un 2,8 por 100, o sea, muy cercano al por-

centaje de quienes dijeron en la encuesta que no irían.

La elaboración de pronósticos con respecto a la abstención y a las boletas no válidas no fue preocupación principal para nosotros, debido a que históricamente han sido cifras muy bajas. Veamos las estadísticas a partir de 1981:

% del total de electores registrados				
	1981	1984	1986	1989
No asistieron a votar	2,7	1,3	2,3	1,7
Boletas en blanco o anuladas	4,0	3,6	3,9	4,6

No obstante, no sólo por la existencia de personas que no comparten las ideas de la Revolución, sino, y principalmente, por las actuales dificultades económicas y el natural descontento que de ello se deriva, era de esperar un incremento de la abstención, las boletas anuladas y las boletas en blanco que estimamos podría alcanzar, en total, de un 10 a un 15 por 100 de los electores registrados. En las elecciones del 20 de diciembre de 1992 las boletas anuladas y en blanco sumaron un 10,3 por 100 y la abstención fue del 2,8 por 100, es decir, en total, un 13,1 por 100. Los resultados confirmaron nuestros pronósticos.

Para el 24 de febrero habíamos previsto un comportamiento similar al del 20 de diciembre. Los hechos, siempre más elocuentes que los vaticinios, no dejaron lugar a dudas sobre el valor de la democracia socialista cubana. El 24 de febrero acudió a las urnas el 99,6 por 100 de los electores registrados. Cerca de 7 millones de

cubanos (el 95,2 por 100 de los votos válidos) votó por la candidatura completa y, algo más de 350.000 (el 4,8 por 100 de los votos válidos) depositaron un voto selectivo. La abstención, las boletas anuladas y las boletas en blanco representaron en total el 7,4 por 100 de los electores registrados. El patriotismo y la cultura política de los cubanos batieron todos los pronósticos.

El apócrifo artículo de *ABC* dice: «Según un último “muestreo representativo” realizado por el Instituto Cubano de Opinión Popular y Estudios Sociales para las elecciones del próximo mes, la abstención ascenderá del 2,8 por 100 (registrado el 20 de diciembre) al 7 por 100, mientras los votos por el “NO” (que incluye también las papeletas por la anulación) conservará el 31,5 por 100 anterior.

La engañiza es de tan poca monta que *ABC* cambia el nombre del instituto inventado, ahora es de «Opinión Popular y Estudios Sociales». En fin, quien teje un cesto teje un ciento y

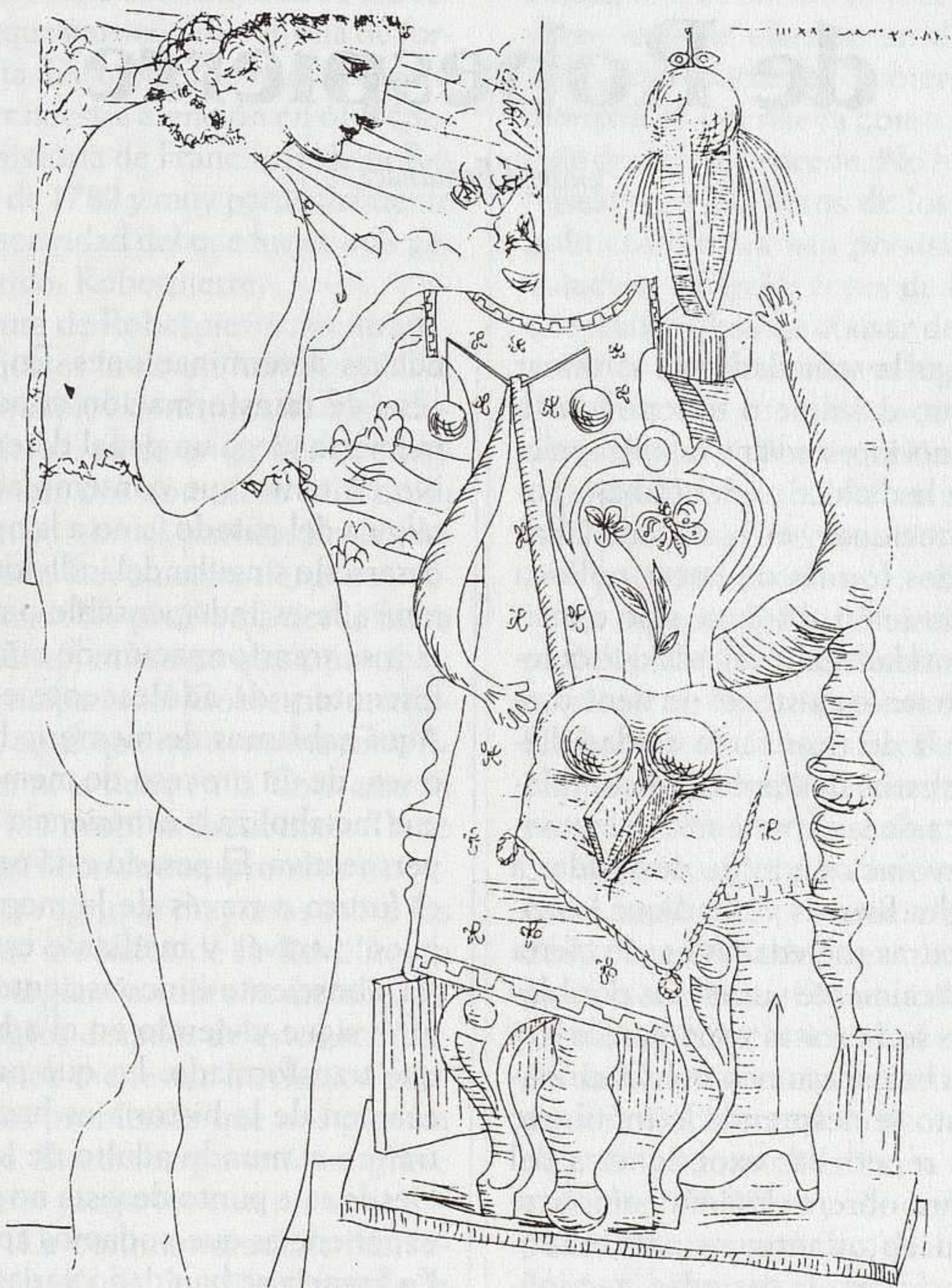
ABC impúdicamente se sumó así otra mentira al fárrago malintencionado.

Muchas cosas más podrían decirse si se profundiza en tan ingelsiana página del periodismo ibérico, pero ocurre con este artículo aquello que describen los versos dantescos en el canto undécimo de la divina comedia:

«Conviene descender con mucho tino»

dijo el maestro, «a fin que nuestro olfato] a este aire se acostumbre tan dañino»

Y no vale la pena emborronar cuartillas. ■



Modelo y escultura surrealista, 1933
Pablo Picasso

UTOPIÁS

NUESTROS CLÁSICOS

La actualidad de Robespierre

Gabriel Fernández

Transformar la sociedad para terminar con el reino del dinero todopoderoso supone conocer, estudiar y asimilar prácticamente la dialéctica del trabajo político institucional y en la sociedad. Entre estas dos formas de hacer política no hay oposición absoluta, sino oposición e identidad. La izquierda que quiera transformar lo existente no tiene otra salida que la de alcanzar la unidad dialéctica de estos dos polos. La asimilación crítica de la experiencia del movimiento revolucionario ha de ayudar a conseguirlo. Bien es verdad que la crisis de nuestras sociedades es, de cierta forma, radicalmente nueva. Las posibles soluciones son escasas y sus marcos son ya en muchas ocasiones transnacionales. De esto se desprende lo inútil que es querer repetir las experiencias del movimiento obrero. Es inútil aferrarse en los conceptos antiguos para entender y transformar la sociedad, tan inútil como adecuada e inteligente es la actitud que consiste en averiguar de qué manera lo nuevo invalida un concepto y de qué manera lo puede fecundar con

nuevas determinaciones. En este proceso de transformación conceptual la memoria juega un papel determinante. No en tanto que contemplación nostálgica del pasado, sino a la manera del desarrollo singular del individuo: la memoria le es indispensable para conseguir su transformación de niño en adolescente y de adolescente en adulto. Aquí hablamos de memoria biológica, o sea, de un proceso de memorización que metaboliza la experiencia desde una perspectiva. El pasado está presente en el futuro a través de la memoria. Así pues, a través y mediante esta memoria, consciente e inconscientemente, el niño sigue viviendo en el adulto, aunque transformado. Lo que pretende el examen de la historia es hacernos entrar en el mundo adulto de la política. Desde este punto de vista no sobran las experiencias que podamos aprovechar. En Francia se han dado varias veces las circunstancias en las que este movimiento estuvo confrontado al problema de la dualidad del trabajo político en la sociedad y en las instituciones. La

última vez fue en 1981-1984, cuando los partidos comunista y socialista accedieron al poder. Hubo entonces debates sobre el tema partido de gobierno/partido de propuestas, que no es sino el mismo problema que el que aquí nos preocupa. Pues a la vista de los resultados de esta experiencia, se puede decir que el movimiento transformador no supo hallar la respuesta adecuada a tal problema. En otra ocasión abordaremos esta experiencia con la ayuda de los camaradas que participaron en ella de forma directa. De momento nuestro deseo es centrar nuestra atención en otra época de la historia de Francia, la de su Revolución de 1789 y muy particularmente sobre la actividad del que fue su más genial político: Robespierre.

La figura de Robespierre es entrañable, porque es la de un hombre político de principios confrontado a un doble problema: el de un poder que hay que inventar por completo y el de su compromiso con el pueblo. En la fase inicial de la Revolución tiene que resolver este doble problema desde fuera del Gobierno, mientras que a partir de 1793 participa en el Gobierno revolucionario, en el que no tiene mayoría fija, porque ni la tiene en la Convención ni entre los propios Jacobinos. Tiene que cumplir con su compromiso y convencer para agrupar mayorías sobre los problemas cruciales de la Revolución que van surgiendo sobre la marcha.

Dos siglos después de estos acontecimientos es menester leerlos en función de los problemas que nos plantea la historia. Sin embargo sería un grave error querer juzgarlos con nuestras categorías. La conmemoración del segundo centenario de 1791, año de la muerte de Luis XVI, dio lugar en Francia a intentos de condena de los revolucionarios que tomaron tal decisión. Lo único que han conseguido quienes

han participado en esta parodia es ridiculizarse, pues el pueblo francés guarda vivo el recuerdo de su Revolución, lo que viene a confirmar que las tendencias largas juegan en historia un papel muchas veces mesestimado.

Volviendo a la figura de Robespierre, lo primero que viene a la vista es que fue simultáneamente un hombre de acción y de pensamiento. Es plenamente consciente del doble problema al que aludíamos. El mismo lo dice reiteradas veces, una de ellas en un discurso de 1793: «La teoría del Gobierno revolucionario es tan nueva como la Revolución de donde procede. No hay por qué buscarla en los libros de los escritores políticos que no han previsto esta Revolución, ni en las leyes de los tiranos que, satisfechos de abusar de su poder, poco les importa hallar su legitimidad.» De forma que es necesario tomar en serio este pensamiento político como lo aconseja Georges Labico en un libro recién publicado, del que nos inspiraremos para este estudio.

La organización y el funcionamiento de la sociedad, el estudio de su formación y de las condiciones de su transformación, es lo que puede definir la política. Hacer política desde esta perspectiva es luchar por crear las condiciones favorables para que cada ciudadano actúe y se pronuncie en función de su conciencia del lugar real que ocupa en la sociedad. De manera que el nivel de conciencia social es el contenido de la democracia. Sin un alto nivel de conciencia social, la democracia no pasa de ser formal. La tarea de las formaciones políticas y de cada hombre político (o mejor dicho, del ciudadano, desde el punto de vista de su actividad política, y no sólo del profesional de la política) es una tarea pedagógica: apostando por la inteligibilidad de la sociedad y de sus leyes de transformación

han de ayudar mediante la coherencia de su discurso y de sus actos a elevar el nivel de conciencia social para fecundar las formas de la democracia.

Esta concepción fue la de Robespierre. No niega las dificultades a las que tiene que enfrentarse. Si la democracia es discusión contradictoria y convencimiento, cabe la posibilidad que llegue el reino de la demagogia, cabe preguntar si un pueblo podrá jamás ser consciente. Pero ésta es una pregunta que no tiene contestación teórica, sino que sólo la historia puede contestarle. Hasta entonces lo único que podemos hacer es apostar por ello. Precisamente, apostar por ello es dar sentido a la actividad política. Hoy tanto como ayer, la democracia en su contenido es democratización del acceso a los saberes —y especialmente a los saberes sociales— y a las prácticas sociales necesarias para elaborar esos saberes.

En esta acepción de la palabra, Maximilien Robespierre fue un hombre político y cumplió con los principios que se impuso en condiciones extraordinariamente difíciles. Basta pensar en Marx, que pasó la vida preparando una Revolución que no llegó a ver, o en Lenin, que la estuvo preparando y la historia le pilló en plena preparación, dándole la oportunidad de hacerla según su idea. Robespierre tiene que hacerla y pensarla a la vez. Pues lo vemos tomar decisiones importantes. Es un hombre de acción, atento a los acontecimientos, descifrándolos, midiendo sus consecuencias, la correlación de fuerzas, afirmando sus convicciones con firmeza y acierto, incluso en contra de la opinión pública y de la asamblea, como fue el caso de su oposición a la guerra, huyendo de la demagogia para elevar el nivel de conciencia social de los intereses de la Revolución. Este fue un rasgo invariable de su personalidad política: siempre an-

tepuso los intereses generales de la Revolución a sus propios intereses, costándole la vida esta firmeza.

Además de ser un hombre de acción fue un hombre de convicciones, como acabamos de decir. Su filosofía la aprende de J. J. Rousseau. Básicamente lo mueve un profundo sentimiento de injusticia que le hace declarar cuando le acusan de querer evilecer al pueblo: «...Sepan ustedes que no soy el defensor del pueblo y que nunca pretendí tan fastuosa distinción; soy del pueblo, nunca tuve mayor honor ni quiero mayor gloria; desprecio a cualquiera haga por ser algo más.» Sin embargo, sus principios se los impone la alquimia de la Revolución: es enemigo de la violencia y se pronuncia muy temprano contra la pena de muerte, apuesta definitivamente por un estado de derecho, pensando que las leyes y la Constitución pueden garantizar la felicidad. Pero ¿cómo pueden resistir tales principios cuando llega la hora de la violencia revolucionaria? Desde luego Robespierre no se deja atar por principios que amenazan con transformarse en puros dogmas si se desvinculan de la realidad en plena transformación. Todo lo contrario, los hace vivir al hilo de la historia, dándoles un contenido concreto y ya no sólo abstracto, manifestando así la fuerza de sus convicciones profundas y no circunstanciales. En definitiva, Robespierre practica una política de la filosofía que transforma las abstracciones en acciones concretas, confrontando constantemente sus conceptos con la realidad. Es, pues, lo que afirmamos: hombre de acción y de reflexión.

¿Cuáles son esos conceptos y de qué manera Robespierre les da determinaciones concretas a medida que avanza la Revolución? Basándonos en el libro de G. Labica podemos decir que son principalmente cinco: la virtud, el pueblo, la democracia, la revolución, el go-

bierno revolucionario. En realidad, como lo veremos, están tan interconectados que cada uno de ellos no se entiende si no es en el seno de una red conceptual coherente. Sin embargo, la comodidad de la exposición manda que los veamos de uno en uno.

La virtud no sólo es moral, sino profundamente política y republicana. En 1784 escribe ya: «la fuerza fundamental de las repúblicas es la virtud [...] política: su propia constitución exige que los intereses particulares estén constantemente supeditados al bien general.» Diez años más tarde, el 5 de febrero de 1794, siendo entonces miembro del Gobierno revolucionario, declara: «¿Cuál es el principio fundamental del Gobierno democrático o popular, o sea, la fuerza esencial que lo sostiene y lo mueve? La virtud; hablo de virtud [...] que no es sino amor de la patria y de sus leyes. Pero ya que la esencia de la República o de la democracia es la igualdad, el amor a la patria es necesariamente amor a la igualdad... La virtud no sólo es el alma de la democracia, sino que no puede existir sin este Gobierno.» Sin virtud los principios no son nada y el Gobierno amenaza con volverse enemigo del pueblo. En esta apreciación coincide Saint-Just, también miembro del Gobierno revolucionario, quien declara en el Parlamento en octubre de 1793: «El pueblo sólo tiene un enemigo peligroso y es su propio Gobierno»; o con Marat: «Para conservar la libertad el pueblo tiene que tener cuidado constantemente del Gobierno.»

Hay muchos ejemplos en las intervenciones de Robespierre, ya sea en el Parlamento, ya sea en el Club de los Jacobinos, de cómo este concepto de virtud toma un sentido político concreto relacionándose con los conceptos de libertad e igualdad. Virtud es también amor a la patria, a la nación. La nación

no significa nada para la monarquía y la nobleza. Para Robespierre, al contrario, no sólo designa el pueblo, sino que es el pueblo y el derecho, o mejor dicho, el deber de insurrección para oponerse a la amenaza extranjera de las cortes europeas y a la amenaza interior de la contrarrevolución.

El concepto de pueblo también podemos ver de qué manera se transforma. Al principio denota el pueblo-nación. Más tarde la palabra designa el pueblo-clase social y cada vez con más precisión a medida que se radicaliza la Revolución. En diciembre de 1790 Robespierre declara: «¿Quién es el artífice de nuestra gloriosa Revolución? Sólo el pueblo podía desealarla y hacerla; sólo el pueblo puede sostenerla por la misma razón»; o también en 1793: «Todas las cosas sensatas y sublimes que ha producido la Revolución francesa son obra del pueblo.» Pero ya desde 1791 está presente la acepción de pueblo en tanto que clase social, por ejemplo, en la pugna que le opone a los partidarios de una distinción sobre criterios de dinero para definir los derechos del ciudadano. Aparece con más claridad aún en 1793, en su primer gran discurso contra los Girondinos: «Habéis separado los intereses de los ricos y de los pobres.» En 1794 Saint-Just presenta en nombre del Gobierno revolucionario un informe sobre la mendicidad inspirado de las ideas de Robespierre: «Los pobres son las potencias de la tierra; tienen el derecho de hablar en amos a los gobiernos que no les atienden.» Se puede incluso decir que la noción de conciencia de clase está presente en esta declaración de 1793: «...el peligro interior viene de los burgueses; para vencer los burgueses hay que agrupar al pueblo... el pueblo tiene que aliarse con la Convención y la Convención servirse del pueblo.»

Esta concepción le permite a Robespierre tener una confianza absoluta

en el pueblo. En sus anotaciones personales leemos: «...La insurrección actual tiene que durar hasta que se tomen las medidas que salven la República; ...hemos de darle un sueldo a los *Sans-culottes* para que permanezcan en las ciudades. Tenemos que armarlos, estimular su ira, aclararlos. Es necesario exaltar el entusiasmo republicano por todos los medios.» Esta confianza la hace extensiva hasta con los pueblos extranjeros, demostrando que como lo diría Hegel, Robespierre se toma sus ideas en serio. En su discurso sobre los pueblos extranjeros dice: «Tenemos que oponer la instrucción a las calumnias que los gobiernos extranjeros profieren para desacreditar nuestra Revolución... Es necesario hacer esfuerzos posibles para difundir la luz entre la parte de los ciudadanos que llamamos pueblo, que es la que menos se inclina a instruirse leyendo, y que los ricos, amigos naturales de la monarquía y de la aristocracia, están dispuestos a rechazar.»

Sin embargo, sería un error pensar que la idealización que Robespierre hace del pueblo es un síntoma de idealismo. Sabe perfectamente que la conciencia del pueblo no es espontánea y que hay que luchar para que adquiriera el conocimiento de los intereses de la Revolución. Es una lucha de alto valor pedagógico: «La verdadera manera de demostrar respecto al pueblo no es adormeciéndole alabando su fuerza y su libertad, sino precaviéndole contra sus propias imperfecciones; ...El pueblo siempre desea el bien, pero no siempre lo ve... los representantes del pueblo a menudo ven el bien, pero no siempre lo desean... El pueblo reconoce a los traidores sólo cuando le han hecho tanto mal como para desafiarle impunemente.» Robespierre será fiel a esta lógica hasta el extremo de aislar el poder ejecutivo de la representación nacional en

condiciones, bien es verdad, extremadamente complejas, pero desgraciadamente haciendo posible el golpe reaccionario de termidor. Y cuando todo está perdido, cuando el único recurso que le queda y que le proponen en el ayuntamiento es la represión, prefiere el sacrificio de su vida antes que la infidelidad a sus convicciones. Esta es la pedagógica y trágica coherencia de los discursos con los actos.

La democracia es una noción correlativa de las anteriores. Todas las intervenciones de Robespierre tienden de una manera o de otra a afirmar y ampliar la democracia. Se pronuncia contra la represión del pueblo en octubre de 1789; contra el derecho de veto para el rey: «quien afirma que un hombre puede oponerse a la Ley dice que la voluntad de uno supera la voluntad de todos. Afirma que la nación no es nada y que un hombre es todo.» En noviembre de 1790 se pronuncia en favor de la soberanía nacional, la cual estriba en cada ciudadano: «...la autoridad de los monarcas no es sino parte de la autoridad del pueblo puesta entre sus manos; pues no pueden venderla ni alienarla de ninguna manera; ...La soberanía estriba igualmente entre todos los ciudadanos que forman la asociación política. Una parte no puede despojar la otra de su soberanía...» También aboga reiteradas veces en favor de la igualdad de derechos entre todos y contra las distinciones basadas en el dinero. En 1791 se pronuncia en favor del derecho de voto para los comediantes y los judíos, que una extraña ley pretendía asimilar: «¿Cómo puede oponerse a los judíos las persecuciones de las que fueron víctimas? Son, al contrario, crímenes nacionales que debemos expiar devolviéndoles los derechos imprescriptibles del hombre, de los que ninguna potencia humana podía despojarles.» Ese mismo año defiende la li-

bertad total de la prensa en tanto que garantía de la libertad. Es el año de su mayor éxito parlamentario. Consigue arrastrar la casi unanimidad de la cámara para votar la no eligibilidad de los diputados en la futura asamblea. La argumentación se basa en algunas ideas básicas: los intereses personales no pueden superar los de la Revolución; el poder favorece la ambición personal y la corrupción; la no eligibilidad votada por los propios diputados a la que se aplica es una prueba de virtud que educa al pueblo por la fuerza del ejemplo. Algunos diputados son favorables a la reeligibilidad para no privar la futura asamblea de la experiencia y del saber acumulados. Robespierre les contesta: «En cuanto a los presuntos guías que una asamblea ha de transmitir a las siguientes, no creo que tengan la menor utilidad. El interés público no puede descansar sobre el ascendiente de los oradores, sino sobre las luces y el civismo de la masa de las asambleas representativas: la influencia de la opinión pública y del interés general merma a proporción de la de los oradores [...]. Dos años de labores tan brillantes como útiles en este teatro han de bastar para su gloria. Si la gloria, si la felicidad de inscribir su nombre entre los bienhechores de la patria no les basta es que son corruptos, peligrosos...» Y más adelante el discurso toma entonaciones muy modernas y hasta parece describir nuestra situación: «No me gusta nada esta ciencia nueva que llaman táctica de las grandes asambleas: se parece en demasía a la intriga; sólo la verdad y la razón han de gobernar las asambleas legislativas.»

Para Robespierre, el concepto de democracia política es consustancial del de democracia económica y social. Tal vez esta característica de su pensamiento es la menos conocida, tan fuerte es la idea que la tarea política lo acaparó en exclusiva.

Sin embargo, Robespierre defiende la tesis del derecho a la existencia en tanto que primer y fundamental derecho humano, tan indiscutible como necesario. Naturalmente este principio le conduce a formular una crítica bastante radical de la propiedad y de la libertad del comercio. En 1792 publica el texto de una petición popular, con la que declara estar totalmente de acuerdo: «Desde el tendero acomodado hasta el patricio soberbio, desde el abogado hasta el antiguo duque y par, casi todos parecen desear permanecer en el privilegio de despreciar la humanidad que lleva el nombre de pueblo. Prefieren tener amos antes de ver multiplicarse sus iguales (...). Su único interés es saber en qué proporción el sistema actual de nuestras finanzas acrecienta a cada momento del día los intereses de sus capitales.» También denuncia el sistema que permite a los propietarios esconder las mercancías esenciales y la libertad de ponerlas en circulación, o no estando seguros de la impunidad. Le pesa que la Revolución no haya transformado el orden antiguo en este aspecto: «La libertad infinita del comercio y las bayonetas para calmar las alarmas y apaciguar el hambre ha sido la política de nuestros primeros legisladores; ...En este sistema todo está en contra de la sociedad, todo en favor de los negociantes.» Robespierre sabe de sobra que la cuestión del pan o de las subsistencias es el trasfondo permanente y dramático de la Revolución. Se opone a los defensores del liberalismo y a partir de 1793 actúa según un proyecto de «economía política popular». En liberalismo y a partir de 1793 actúa según un proyecto de «economía política popular». En el discurso sobre las subsistencias declara: «La libertad sin límites del comercio de los granos se ha transformado en ausencia de la libertad de circulación de los granos.» Fiel a su programa de democracia económica social y política, niega la autonomía del poder eco-

nómico y hace votar cuantas leyes puede para controlar ese poder desde el poder político. Su ataque contra la propiedad no puede ser más claro: «Preguntad a ese negociante de carne humana lo que es su propiedad; le dirá, mostrándole ese larguísimo féretro que llama barco, dónde ha encajonado y herrado hombres que parecen vivir: "he aquí mis propiedades; las he comprado a tanto por cabeza." Preguntad a ese hidalgo que posee tierras y vasallos, o que cree el universo trastornado porque ya no los posee; le dará de la propiedad ideas muy semejantes.» Además de mostrar claramente el contenido social y económico del concepto de democracia que utiliza Robespierre, estos textos también muestran que la Revolución francesa como lo escribe G. Labica acarreó varias revoluciones, y no sólo desde el punto de vista cronológico. La que representaba Robespierre terminó con la derrota, pero su influencia sigue vigente.

La teoría de la revolución es el corazón del pensamiento de Robespierre. Su concepción evoluciona con la propia revolución, aunque es imposible localizar ningún tipo de corte epistemológico ni tampoco conceptual, sino el enriquecimiento constante del concepto. Para Robespierre la revolución es el esfuerzo de la nación por conquistar o conservar la libertad, para conseguir alcanzar los destinos del hombre y cumplir con la filosofía. A partir de agosto de 1792 comienza la polémica entre los partidarios del final de la Revolución y los defensores de su continuación. Es un período en el que vemos cómo varía el contenido del concepto para Robespierre. Brissot, el entonces líder de los que predicaban el liberalismo absoluto, o sea, la libertad del comercio y de la valoración del capital, Brissot ataca a Robespierre declarando en la Convención: «Los desorganizadores son los que quieren nivelar las propiedades, el bie-

nestar, el precio de las mercancías... los que quieren que el obrero agrícola reciba el mismo sueldo que los legisladores... El destino del pueblo es servir la Revolución, pero cuando está acabada su deber es retornar a sus hogares y reservar la tarea de dirigirle a los que tienen mayores capacidades que él.» En el transcurso de la discusión parlamentaria los liberales reiteran sus ataques contra Robespierre, acusándolo de dictadura. En noviembre sale Robespierre al paso de tales acusaciones: «¿Por qué no acusamos de haber conginado los conspiradores fuera de la ciudad, de haber desarmado los ciudadanos sospechosos, de haber apartado de nuestras asambleas cuando deliberábamos de la salvación pública los enemigos de la Revolución? ¿Por qué no acusar la municipalidad, la asamblea electoral, las secciones de París, las asambleas primarias que nos imitaron? Ya que todas estas cosas eran ilegales, tan ilegales como la Revolución, como la caída de la Bastilla, como la misma libertad (...) Ciudadanos, ¿deseábais una revolución sin revolución?»

En este texto aparece de forma clara que para Robespierre la ilegalidad es parte integrante del proceso revolucionario. Lo es de dos maneras: la primera en tanto que suspensión del orden anterior, o intervalo entre dos legalidades, la que está muriendo y la recién nacida aún muy débil, demasiado para no protegerla con medidas suspensivas. La segunda manera en tanto que producto de una razón que restablece la naturaleza en sus derechos para Robespierre imprescriptibles. Los derechos sociales, entre ellos el primero de todos el derecho a la existencia, y los derechos políticos no hacen sino transcribir los derechos naturales. Tienen que supeditarse los derechos privados, históricos, circunstanciales o contingentes, y muy particularmente los derechos de la propiedad

privada. La consecuencia de todo ello es el derecho a la insurrección, derecho suspensivo si no de la ley, al menos de sus órganos: el gobierno y los aparatos que sustentan su autoridad. La revolución es negación de lo existente, y entre ello del derecho vigente en nombre de un derecho superior de la naturaleza y de los hombres cuya legitimidad es la soberanía popular y cuya misión es transcribir ese derecho en nuevas leyes civiles. Pero en cuanto está acabada esa transcripción, el carácter ilegal del inicio de la revolución no puede eximir a los ciudadanos de la obligación de respetar la nueva legalidad. Esto muestra que Robespierre concede a las formas tanta importancia como al contenido de la legalidad. Esto muestra que Robespierre concede a las formas tanta importancia como al contenido de la legalidad. De ninguna manera separa de forma absoluta estas dos determinaciones contradictorias y, sin embargo, idénticas de cierta manera. Vemos su intento de dialectizar la reflexión y su praxis. Absolutizar las formas sería correr el peligro de esterilizar la Revolución: esto es lo que proponen los Girondinos. Al contrario, abogar por la ilegalidad permanente, que es lo que resume la revolución permanente para los extremistas, tal los Hebertistas, pero es caer en la dictadura arbitraria.

El corolario de la teoría de la revolución es la del Gobierno revolucionario. Robespierre enuncia su línea general en un discurso de julio de 1792, o sea, un año antes de pertenecer a tal gobierno: «La libertad y la felicidad públicas dependen de la naturaleza del Gobierno y del resultado de las instituciones políticas.» La consecuencia natural es que «el objeto primero de toda constitución ha de ser la defensa de la libertad pública e individual contra el propio Gobierno.» Más tarde tendrá

que aplicar esta línea en circunstancias distintas, desde fuera del Gobierno, defendiendo la Constitución y posteriormente su reforma, y luego en tanto que miembro del Gobierno revolucionario: el comité de salvación pública (CSP), en el que, dicho sea de paso, no siempre tuvo mayoría.

La primer época es la de la lucha por la defensa y la ampliación de la Constitución. En el Club de los Jacobinos y a través de su periódico, «El Defensor de la Constitución» expone sus principios. Reclama la aplicación del texto constitucional no a la manera de los moderados o de la corte, «...sino como un amigo de la patria y de la humanidad, convencido de que la salvación pública manda que nos amparemos en la Constitución para rechazar los ataques de la ambición y del despotismo.» A medida que pasan las semanas, la defensa se hace más incisiva. Robespierre llega hasta declarar que el pueblo «ha sido el juguete de los intrigantes que lo han gobernado desde el inicio de la Revolución». Esta defensa desemboca lógicamente en la pugna en favor de su reforma a partir de mediados de 1792. Dos textos adicionales transforman la Constitución en un sentido más democrático. El primero sobre la propiedad, el segundo sobre la fraternidad. Este último lo recoge el artículo dos: «Quien oprime una nación se proclama enemigo de todas.» Un preámbulo dice: «La omisión y el desprecio de los derechos naturales del hombre son los únicos motivos de los crímenes y desgracias del mundo.» Finalmente el texto dice que la única fuente de legitimidad y de soberanía es el pueblo. Robespierre declara entonces a los diputados: «Para cumplir vuestra misión tienen ustedes que hacer precisamente todo lo contrario de lo que ha existido hasta ahora (...) Dense ante todo como verdade-

ro este precepto incontestable: que el pueblo es bueno y sus delegados corruptibles; que la virtud y la soberanía del pueblo nos preservarán de los vicios y del despotismo del Gobierno.» Fiel a su exigencia de democracia, Robespierre atento a las garantías de la aplicación del texto constitucional, enuncia el principio de publicidad: «La nación en su totalidad tiene el derecho de conocer la conducta de sus mandatarios. Si fuese posible, la asamblea de los delegados del pueblo tendría que deliberar delante del pueblo entero.»

La actitud de Robespierre es invariable. No opone el pueblo al Gobierno, sino que busca su unidad real. Su separación sólo la pueden desear los intrigantes y los corruptos, y conducir a la dictadura o la desorganización, preludio a la restauración del orden antiguo. Las condiciones de la unidad las tiene que crear el propio Gobierno por su conducta irreprochable y su confianza en el pueblo. Esta será su actitud constante durante el año de su participación en el Gobierno revolucionario, que comienza, el 27 de julio de 1793, en unas condiciones extraordinariamente difíciles de crisis: la guerra, la inflación, el abastecimiento, la contra revolución: todo son problemas que obligan a medidas extraordinarias. Cada decisión implica la suerte de la Revolución. A pesar de ello, para Robespierre la característica principal del Gobierno revolucionario no estriba en su carácter de excepción o provisorio, sino en su fuerza fundadora de la República. La conservación de la República será la tarea de un Gobierno constitucional. La condición que siempre hay que buscar es conseguir el respaldo popular para cada medida excepcional, lo que implica observar los principios de la moral política, o sea, la virtud: «Si la fuerza del Gobierno popular en tiempo de paz es la virtud, du-

rante la revolución es la virtud a la vez que el terror: la virtud sin la que el terror es funesto; el terror sin el que la virtud es impotencia. El terror no es sino justicia pronta, severa, inflexible; es, pues, emanación de la virtud; no es un principio particular, sino más bien una consecuencia del principio general de la democracia aplicada a las más agobiantes necesidades de la patria... El Gobierno de la Revolución es el despotismo de la libertad contra la tiranía.» Esta es una nueva y luminosa ilustración de la política de la filosofía de Robespierre. La praxis revolucionaria le conduce a considerar absurdo separar dos opuestos para absolutizarlos. Tanto la virtud como el terror son absurdidades fuera de sus condiciones concretas de vida y pueden causar las mayores desgracias. La solución está en hallar su unidad dialéctica. Me parece que es lo que consigue Robespierre. Los extremos virtud/terror funcionan por necesidad en tanto que sustitutos de una legalidad ausente y en tanto que principio de un derecho que no es portador de su propia génesis. ¿Cabe la posibilidad de que sea esto pura apología de la violencia? La compañía de Kant, de Rousseau, de Spinoza y, sobre todo, de Hegel bastarían para descartar tal posibilidad. Hegel, quien dice de Robespierre que fue el hombre que tomó en serio la virtud, demuestra la implacabilidad de esa lógica. Kant, horroizado como muchos, mantiene la primacía de lo ético-político en tanto que motor de la historia y condición de la realización moral del hombre. Va hasta aconsejar a los intelectuales alemanes que no se dejen aterrorizar por el terror. Lenin, más de cien años después, explica que la noción científica de dictadura no significa nada, sino poder ilimitado basado en la violencia, no de las bayonetas como en las dictaduras policiacas, sino de la masa del pueblo. Volviendo a

Robespierre, las acusaciones de dictadura que le propinan no pueden tomarse en serio. El CSP, Gobierno revolucionario, era un órgano de decisiones colectivo y las discrepancias en su seno eran públicas. Robespierre no siempre tuvo mayoría. Los poderes de los que disponía se los delegaba la Convención que cada mes elegía los miembros del CSP. La dictadura jacobina tampoco fue una realidad, ya que nunca fueron mayoritarios ni en la convención ni en el CSP. Robespierre se defiende declarando: «Nos acusan de marchar hacia la dictadura, nosotros que no tenemos ni ejército, ni tesoro, ni plazas, ni partido; nosotros que somos intratables como la verdad, inflexibles, uniformes, casi digo insoportables, igual que los principios.» Tiene razón.

Tal vez este breve repaso histórico sea insuficiente para medir la influencia primordial que tuvo Robespierre en el transcurso de la Revolución. El proceso revolucionario fue una aventura política y filosófica inaudita. Fue un encuentro excepcional entre las ideas del siglo y las realidades sociales, cuya transformación formaba parte de los posibles de la época. El roce inevitable de las ideas con la realidad permitió pulirlas una y otra vez, transformándolas en los principios que guiaron las acciones revolucionarias.

Tal vez tampoco baste para hacer justicia a la idea de que Robespierre fue un idealista convencido de que la virtud, cualidad del pueblo y valor supremo, sobraba para transformar los hombres y su sociedad. Después de todo Marx y Engels estaban convencidos del éxito definitivo de la Revolución de 1848 y Lenin pensaba en 1917 que la dictadura del proletariado no duraría mucho tiempo.

Lo que hemos querido ilustrar es la actitud y el pensamiento político de Robespierre, lo que G. Labica llama con

razón una política de la filosofía. Robespierre tiene unas convicciones básicas que le permiten mantener unos principios cuyo contenido es constantemente cuestionado para conseguir la forma adecuada a su esencia. Esta actitud le permite evitar dos escollos: primero, que los principios se transformen en dogmas atemporales y ahistóricos, fuente de barbaridades como la historia lo ha demostrado hasta la saciedad; y segundo, impedir que la fuerza de las cosas doblen los principios hasta el punto de negar sus convicciones. De esta manera los discursos son coherentes con las acciones políticas, primer principio de una ética de la acción política de alto valor pedagógico, puesto que permite predicar con el ejemplo. La aceptación voluntaria de esta ética demuestra la confianza de Robespierre en el pueblo: el derecho natural brota del pueblo y él es quien ha de transcribirlo en norma jurídica. La única vía es la de la democracia política y su corolario, la publicidad de los debates. Baboeuf escribía en 1796: «El robespierrismo está en la República, en la clase clarividente y naturalmente en el pueblo. La razón es sencilla: robespierrismo y democracia son dos palabras que significan lo mismo.»

El pensamiento político de Robespierre es un intento audaz para pensar la Revolución y hacerla. Saint-Just dice: «¡Osar! Esta palabra encierra toda la política de nuestra Revolución.» Quizá sea el eco de lo que diez años antes escribía Emanuel Kant: «*Sapere aude!*» (atraverse a saber). Quien vea en esta experiencia de la Revolución francesa y de Robespierre la repetición general de lo que nos espera, seguramente se equivoca. Pero se equivoca igualmente quien no vea la universalidad y la modernidad de esta historia: o es ciego o pretende dejar incambiada nuestra sociedad. ■

A vueltas con los clásicos (II)

Manuel Balletero

«A mal tiempo, buena cara» dicen, o decían, ya que nuestros compatriotas, arrastrados por la «nueva ola» supermodernizadora, parecen olvidar hasta nuestros refranes y dichos; tengo que recordar, no por pedantería (defecto tan nacional como la envidia o el autoritarismo) que en el momento en que uno de nuestros grandes antecesores, me refiero a Hegel, emprendía su gran viaje hacia lo desconocido (la inauguración del pensamiento dialéctico), para ir hacia delante, tuvo que mirar hacia atrás, refrescarse en las aguas de la «orientación ontológica», someter a crítica radical la entonces «nueva filosofía» de Kant y de Fichte, reteniendo, por supuesto, sus logros, el nuevo plano racional que había alcanzado.

Digo esto en el momento en que me dispongo a seguir reflexionando sobre la necesidad imperiosa de bañarse de nuevo en las aguas de los clásicos (Marx, Engels, Lenin), para contrarrestar el aluvión ideológico «made in USA» que se nos ha venido encima; recordaré que el gran innovador, Hegel, ya ponía en

guardia contra el culto, insípido y papanatas, de lo «nuevo», que no por llegar más tarde es de más calidad; eso sí puede ocurrir, aunque no siempre, con los gadgets y electrodomésticos, no con los resultados del pensamiento o de la ciencia. Para volver al refrán sobre la cara y el mal tiempo, diré «a vendables presuntuoso-modernizadores, vuelta a los clásicos».

Ya me expliqué acerca de esa vuelta, que nada tiene que ver con una peregrinación romería tradicionalera y que es solamente una invitación a la saludable práctica de *volver a saber lo ya sabido, reflexionarlo más a fondo, captarlo en su significado más general y más abstracto*, limpiándolo del polvo que se ha acumulado y que lo oscurece. Bueno es recordar que nuestro gran antepasado, Don Quijote, empezó su jornada «limpiando las armas» que también estaban «tomadas de orín».

En este sentido cabría recordar otro de nuestros dichos, que «no por mucho madrugar, amanece más temprano», o el maravillosos refrán árabe «los que ga-

lopaban, también murieron», y puesto a enjaretar una retahíla de dichos populares en este país no puedo dejarme en el tintero la espléndida traducción de un pasaje de Jeremías en ladino: «Corrieron tras de la nada y nadearon».

Todo esto para responder al título que lleva esta sección: «A vueltas con los clásicos»; a vueltas y revueltas, otra vez a los maestros, que no se trata de repetir como papagayos, sino de releer (*o leer*), desde nuestra propia situación, en el seno de nuestros actuales problemas y combates; como hizo Engels al final de su vida con el Manifiesto comunista; lo leyó otra vez para modificar los aspectos que se habían quedado «obsoletos» y proseguir su reflexión revolucionaria.

En cierto modo, en el proceso histórico que todo lo mueve, es *imposible repetir sin innovar*; en la trepidación universal del devenir no hay «monumento de bronce» que, «perenne», esté fuera del curso; pero en esa fuga irrefrenable hacia delante tampoco hay nada nuevo que no resulte de lo ya habido; *toda innovación es renuevo*, como en la naturaleza; el pensamiento no obedece a otras leyes que las peras o los melocotones, y lo nuevo procede de antigua semilla.

Es ésta una verdad que no pueden reconocer los mercaderes febriles que sacralizan y hacen un mito de lo «nuevo», radicalmente nuevo, para mejor vendérselo a los desprevenidos; «Señorita, siempre joven», «la loción anti-tiempo», «cada año que pasa usted repite sus diez y ocho, ni arrugas, ni achaques, sólo juventud, litrona, marcha, música y discoteca». Y he resumido la ideología.

Pero basta con lo dicho; al grano. En la anterior entrega —porque esto va por entregas como los folletones— traté de indicar lo que yo llamaba «el núcleo

problemático» de la teoría de Marx y de la de Lenin. Hoy voy a resaltar otro aspecto de esos pensamientos. En ellos es central la concepción dinámica de lo real; todo lo que existe está como preñado de «posibilidad», de algo suyo todavía no explayado, pero que en su interior hierve y se agita como su «contradicción», su desajuste. Hegel habló, con ese su lenguaje exacto y riguroso de «contradicción interna», en el análisis del proceso de producción material, introduce una inoportuna e impertinente «valoración» y mete con calzador la noción de «explotación» (Elster, dixit).

En esta argumentación positivista, cuyo *leitmotiv* reza tan miserable y deleznable como un «no hay más cera que la que arde» o «hay lo que hay, y nada más», se olvidan, o se ignoran, los análisis en que se funda esa dialectización del concepto y de lo real.

Que el «día» ya esté declinando hacia la «noche» no es ni siquiera el resultado del movimiento de los astros; Hegel cuando lo analiza no introduce para nada el «tiempo físico» en el orden de los conceptos «puros»; eso sería poco digno de un pensador de su calibre; al contrario, lo que hace es examinar el entorno estrictamente «lógico» en que se instalan esos conceptos y que, como tales, para poder establecerse, se colocan en *el ámbito fluido del simple pensar*, en el que la noción «día» se determina y se define por su límite, la «noche». De lo contrario, ni el uno ni la otra. Y lo mismo ocurre con el «concepto» del «ahora», que sólo tiene sentido por el «antes» y el «después», y que por eso presenta su identidad como «haber sido»: «La esencia del ahora —dice— es haber sido». Hegel, pues, atiende con rigor a la índole «pensada» y «nombrada» de esa categoría que, en tanto que tal y desde sí misma, se enla-

za con su «negación» en el proceso de ser «pensada»; el tema es huidizo, pero todo él está encerrado en el *análisis de la naturaleza «lógica» de lo «lógico»*.

Sólo más tarde, pero desde esta matriz «lógica», lo dialéctico invade lo «lógico»; es decir, el gran pensador también «limpia las armas» lógicas y las pone al desnudo en su brillo dialéctico.

Lo mismo, aunque con alguna diferencia —menor de la que se dice y se piensa— Marx, desde ese análisis dialéctico, enfoca el tema de la producción material que es, al mismo tiempo, la que «hay» y la que no hay; por eso, en la introducción a la contribución a la crítica de la economía política, liga enseguida «producción» de su aislamiento «economicista» y la mete en un ámbito de reflexión «social»: *consumo, necesidad*, y por ello añade «el consumo produce el sujeto para la producción», lo mismo que la producción produce el «objeto» para el consumo; desde esta célula conceptual dialéctica, que *enlaza en una totalidad «social»* la cuestión de la producción: a) Marx la saca de la abstracción económico-productivista; b) la emplaza en el ámbito de las realidades históricamente determinadas; c) puede iniciar una distinción histórico-social de los modos de producción y analizar uno en el que la necesidad y su satisfacción no son el objetivo de la producción. Es decir, puede iniciar el análisis de la producción capitalista, orientada a la producción para la acumulación del valor de cambio.

Al llegar aquí quiero llamar la atención sobre la matriz dialéctica de este análisis que también conexas teóricamente «conceptos» (producción-consumo-distribución), *en el ámbito del medium en que se dan: el trabajo social*. Ahí, dentro del análisis de la noción «producción», desde ella misma, como producción de

«mercancías y de valor» Marx puede extraer la noción de explotación; no la trae «teóricamente» de un campo ético o valorativo; la saca de la producción de valores.

Dialéctica que liga nociones, para poder definir las, que las define a condición de saltar por encima de su perímetro abstracto (abstracción en este lenguaje científico quiere decir «separación», «aislamiento» de lo que sólo tiene sentido y verdad en su conexión con lo diferente; abstracción que es la característica, lo peculiar del cientifismo alienado y abstracto, cuya matriz ideológica Marx expondrá más tarde en las «Teorías de la plusvalía»). Y aquí entramos en otro espacio conceptual, el de la ligazón dialéctica de los momentos («elementos», en el lenguaje de la abstracción).

Entramos, como he dicho, en el espacio de *la conceptualidad dialéctica*, de las conexiones de los conceptos, que, *por sí y de sí mismas, apuntan a una superación de su abstracción y a captarlos en el seno de una totalidad real, como dimensiones de la misma*. Lo dialéctico no es falacia lógica, sino, como señalaba Lukacs en *Ontologie-Marx*, orientación «ontológica», es decir, tensión, desde la teoría, hacia la aprehensión de lo real; tensión hacia el «contenido».

A este respecto, y con la voluntad de aclarar y de no enturbiar el contorno, difícil de por sí, no complicado sino profundo, de lo dialéctico, quiero —otra vez, sin pedantería y sólo con ánimo de orientar a los lectores— llamar la atención sobre una obra fundamental y poco frecuentada: La filosofía del idealismo alemán, de N. Hartmann.

Vuelvo ahora a mis «corderos» como dicen en Francia; esta colocación conexas de las abstracciones, que quiere captar en la teoría la realidad, que no se contenta con la coherencia

simplemente formal y, por eso, dialécticamente la desborda, con escándalo e indignación de los «expertos» (ahora sí, de los «corderos»), es una matriz teórico-lógica, que expone la articulación conceptual de lo real, y real de lo conceptual, y que por eso en lo lógico encapsula lo real y en la realidad lo lógico.

A la vista de que he dicho de manera más que sumaria, saltándome eslabones reflexivos para aligerar mi trabajo y la lectura, es evidente que estos análisis crítico-dialécticos no invalidan, ni de lejos, la exactitud ni la *relativa pertinencia* de la abstracción en que se mueven las llamadas «ciencias sociales»; no la invalidan, ni niegan su relativo contenido de veracidad, pero: a) ponen de relieve su carácter relativo; b) llaman a completarlo en una reflexión teórico-dialéctica que, para abreviar y simplificando, diré política.

Política o *de práctica y paso a realidad* del concepto; al dinamismo dialéctico, ya en Hegel, llamaba a la praxis: «la verdad del designio —decía— está en la acción». Entiéndase, no se trata, como en todo buen pragmático-cínico, practicante-miope, de oponer práctica a teoría (recordad el pragmatismo-politicista de aquellos «patriotismos de partido» o del «instinto de clase» de funesta memoria), sino al contrario: se trata de pasar a la realización del concepto, desde el concepto a la realidad.

Por eso, nosotros, comunistas y dialécticos, no oponemos teoría/praxis y proponemos, por el contrario, *la práctica de la teoría. Abí esta todo Marx.*

En esa práctica de la teoría, tan importante es la teoría como su práctica; es más, no son pensables, seria y rigurosamente pensables, la una sin la otra. Por eso, nosotros nos oponemos rigurosamente a las agitaciones evasivas de lo «ético». No que lo ético nos traiga

al fresco; sí que la frescura de lo ético, sin su práctica, nos escanliza y nos indigna.

En este país, propiamente «feudal», aunque burgués, sin haber hecho nunca su revolución democrática, el discurso eticista, el devaneo moralizante de «élites» intocadas y, por eso mismo, intocables, el devaneo de las «conciencias nacionales» que se pretenden y se predicán «éticamente críticas» y que, en su exquisitez moral se apartan de lo «político», de la práctica política, tales devaneos nos resultan un atajo para restaurar el proyecto rancio de una vertebración por las elites; restauración o mantenimiento de la «tolerable desigualdad» entre las elites y la plebe; por mi parte, me inscribo en la matriz plebeya de lo democrático; que no hay democracia sin los artesanos y trabajadores del barrio de Saint Antoine, en Madrid, de Orcasitas y Villaverde (?).

Esa es también una de las dimensiones de la crítica dialéctica de la eticidad; que la ética, en nuestro mundo histórico, es política, empeño político en la liberación material-real de las clases explotadas.

Y lo mismo digo de lo cultural, dialécticamente entendido: la cultura no es de escaparate, ni de contemplación estetizante, sino de práctica social y ciudadana; *también la cultura es praxis de lo cultural*; por eso termino con un «leitmotiv» hegeliano: que la verdad del proyecto es la acción. ■

(Continuará.)

Apple, Freire y Giroux: la educación escolar como práctica para la libertad y la democracia radical

Rafael Jerez Mir

Inspirándose en un principio en tradiciones del pensamiento relativamente diferentes —el marxismo «cultural», en el caso de Apple; el neomarxismo estructuralista, en el de Giroux, sociólogo norteamericano como el anterior; y la teología cristiana de la liberación, en el del pedagogo brasileño Pablo Freire—, estos autores vienen contribuyendo últimamente, con su aperturismo problemático y teórico integrador, a la construcción de una cultura escolar alternativa crítica y transformadora, de claras resonancias gramscianas. Así, concretamente el último libro importante de Freire y los de Apple y Giroux, publicados recientemente en España (*), responden a ese tipo de planteamiento

científico y político. Hay que «repensar la escuela» como un espacio más —aunque importante— de la cultura, como medio biológico humano. Y hay que trabajar políticamente dentro de aquélla, con la ayuda de esa guía teórica rigurosa, como un frente más de la «guerra de posiciones» contrahegemónica de los grupos sociales dominados frente a los hegemónicos. Lo que implica tanto el conocimiento directo de los problemas objetivos y la «cultura realmente vivida» de los estudiantes, maestros y padres de los alumnos, como el diálogo permanente con las diferentes «culturas del silencio»: la cultura de la clase obrera y otras clases explotadas, desde luego, pero también las de la mujer, las ra-

(*) *La naturaleza política de la educación. Cultura, poder y liberación*, de Paulo Freire (Paidós-MEC, Barcelona, 1990); *Los profesores como intelectuales. Hacia una pedagogía crítica del aprendizaje*, de Henry A. Giroux (Paidós-MEC, Barcelona, 1990); e *Ideología y currículo* (Akal, Madrid, 1986), *Educación y Poder* (Paidós-MEC, Barcelona, 1987) y, en particular, *Maestros y textos. Una economía política de las relaciones de clase y de sexo en educación*, de Michael W. Apple (Paidós-MEC, Barcelona, 1989).

zas y etnias oprimidas, las minorías marginales y todos los grupos sociales dominados en general.

Este planteamiento «total» y democrático-radical de partida puede ilustrarse, por ejemplo, con una cita de Apple: «Me he referido (...) a la importancia de continuar las luchas por la democracia en nuestras instituciones educativas, esto es, por una cultura, un proceso de trabajo y un gobierno democráticos. Esta posición se basa en un reciente conjunto de argumentos que hoy se discuten en la comunidad de izquierdas. Es un conjunto de argumentos importantes no sólo para la educación, sino también para nuestro pensamiento político en general. No sólo debe rechazarse el reduccionismo de la clase todavía tan extendido en el pensamiento socialista democrático, sino que también es necesario cuestionar la idea de que, a largo plazo, las luchas económicas son lo único que cuenta. Acentuar únicamente estas últimas es ignorar el hecho de que —si se me permite hablar técnicamente por un momento— los individuos se constituyen en una multitud de discursos, en una multitud de instituciones, desde el lugar del trabajo remunerado a la familia, la escuela, los medios de comunicación, etc. En términos políticos, ninguno de éstos es un lugar necesariamente privilegiado. Lo que interesa es el efecto de todos en conjunto. Así, son importantes las intervenciones y las luchas que tienen lugar en cada uno de ellos. Laclau y Mouffe (***) resumen esto teóricamente en los siguientes términos: “Las instituciones judiciales, el sistema educativo, las relaciones del trabajo, los discursos de resistencia de las poblaciones marginadas (de las mujeres

y gente de color), todo ello construye formas originales e irreductibles de protesta social y, en consecuencia, contribuye a la complejidad y riqueza discursivas sobre las que debería fundarse el programa de una democracia radical.” Nuestra tarea consiste en establecer lazos concretos en el terreno educacional y en estos otros terrenos. De ahí puede surgir un “discurso” democrático compartido, aunque pluralista» (Apple, 1989: 192).

Como campo cultural potencialmente privilegiado para el aprendizaje reflexivo y el desarrollo de la autonomía personal mediante la enseñanza formativa y el acceso a la cultura letrada y «elaborada», la escuela tiene ventajas culturales y educativas muy notables. Se trata de aprovecharlas para multiplicar el número de los intelectuales comprometidos con la defensa de los derechos de la persona frente a los derechos con la propiedad privada, y con la «acción cultural para la libertad» frente a la «acción cultural para la dominación», en general. Pero para ello hay que comenzar por el análisis de la pedagogía económica que hay que combatir y de las últimas transformaciones del capitalismo con las que se encuentra más directamente relacionada.

Así, en el dominio económico destaca, por ejemplo, la «gestión científica del trabajo», producto de la reestructuración empresarial, con sus correspondientes efectos: como la centralización acelerada de las funciones de dirección y de control, y la informatización técnica y la racionalización administrativa y gerencial de la actividad económica en general; o el aumento notorio de las distancias existentes entre el poder y el sa-

(***) La cita es del libro de Ernesto Laclau y Chantall Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy: Toward a Radical Democratic Politics*. Verso, Londres, 1985, p. 192 (traducción castellana en Siglo XXI: *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización democrática*, Madrid, 1987).

ber de los ingenieros y otros expertos en la concepción, la planificación y el diseño de los productos, y los de los trabajadores encargados de su producción. Hay igualmente algunas transformaciones de la estructura social bastante significativas. Como el aumento de las distancias generales entre los más ricos y los más pobres. O la reorganización interna de las «clases medias»: retroceso de la «clase media tradicional» de la administración, el derecho, las profesiones «liberales» y la «cultural elaborada» en general; y ascenso paralelo, por el contrario, de la «nueva pequeña burguesía» (la «nueva clase media») especializada en las actividades semiprofesionales, semiintelectuales, semiartísticas y «semielaboradas» en general del *show business*, la publicidad directa o indirecta, la cultura visual electrónica y la «nueva industria sensorial de la conciencia» (cine, televisión, vídeos, revistas, prensa, discos y otros emisores y receptores eléctricos y electrónicos), en general, como nuevas formas de control política-simbólico de los ciudadanos.

Esto último resulta especialmente significativo. Hoy como ayer, el «fetichismo de la mercancía» y otras formas típicas de la «falsa conciencia» característica de la cultura capitalista brotan de forma espontánea y directa con la experiencia forzosa de las relaciones sociales materiales de la producción y la distribución y el consumo de la riqueza. La inmensa mayoría de los jóvenes y los ciudadanos en general aprende así muy pronto, por ejemplo, que con el capitalismo «el trabajador se ha convertido en una mercancía y para él es una suerte encontrar a quién venderse», como dijo el joven Marx hace ciento cincuenta años (OME, 5: 308). Pero hoy el sistema de ideas, creencias y valores característico del capitalismo (insolidaridad social, competitividad ciega, pragmatismo, cul-

to a la riqueza, etc.) aparece notoriamente reforzado por el trabajo de la fracción de la nueva pequeña burguesía especializada en la nueva industria sensorial de la conciencia. De hecho, esa «industrialización de la mente» parece la cuasa directa del «nuevo analfabetismo de masas», con su fragmentación de la información, con su reducción positivista de la misma a la pura inmediatez y con su colonización de las conciencias, en definitiva, al poblarlas de imágenes y bloquear así el desarrollo del pensamiento abstracto, la conciencia crítica y la libertad del individuo.

En segundo lugar, el análisis particular de la cultura escolar elemental y obligatoria norteamericana por parte de Apple y de Giroux, como el de los grupos oprimidos del mundo en general por parte de Freire, muestra claramente la relación existente entre este tipo de transformaciones de la cultura capitalista tomada como un todo y la nueva pedagogía hegemónica con centro en los Estados Unidos. A saber: 1) ascenso creciente de la «gestión científica del trabajo docente» en las relaciones sociales entre los diferentes agentes escolares; 2) reforzamiento de esa nueva forma de control mediante nuevos soportes técnicos; y 3) renovación coherente del universo simbólico escolar (discursos, contenidos curriculares básicos y nuevas ideas, creencias, valores y demás representaciones pedagógicas) en ese mismo sentido, con un predominio claro de la forma de enseñar (del «cómo» se enseña) sobre los contenidos básicos de la enseñanza («lo que» se enseña).

Como en el mundo empresarial, la «gestión científica del trabajo» dentro de la cultura escolar equivale en la práctica a la separación radical entre el poder y el saber de la minoría de expertos que diseñan la nueva pedagogía, por un lado, y la inmensa mayoría de los pro-

fesores, que se encargan de su ejecución material bajo la dirección y el control administrativo y técnico de los primeros, por el otro. La nueva política educativa descualifica al profesor de la enseñanza obligatoria, proletarizándolo y llevándolo incluso —sobre todo en las grandes áreas urbanas— hasta el agotamiento emocional. Esa misma política intensifica también su trabajo: cada vez hay más cosas que hacer; y cada vez menos tiempo para hacerlas. Le fuerza a un reciclaje sistemático para su continua «recualificación profesional», poniéndolo bajo la dependencia técnica y el control administrativo directo de la pléyade de «nuevos expertos» en educación, como fracción de la «nueva pequeña burguesía» especializada en el control político-simbólico de los ciudadanos: desde los asesores del gabinete personal del ministro al psicólogo, el psicopedagogo y el orientador escolar de cada centro concreto, pasando por los directores y subdirectores generales, consejeros, didactas, formadores de profesores y demás especialistas de la «nueva pirámide burocrático-escolar». Le deja también, de paso, sin tiempo material para la lectura, la planificación y la reflexión crítica sobre el currículum, el diseño de estrategias curriculares y de enseñanza de grupos e individuos basándose en el conocimiento a fondo de esas personas, así como para la creación personal de los programas, métodos, técnicas didácticas y materiales educativos propios. Y le descalifica en la práctica como auténtico profesional cuando pretende discutir los contenidos de la enseñanza y su derecho a elegirlos: esto —como las aptitudes pedagógicas y curriculares en general— queda básicamente para los altos expertos de la administración educativa y de las empresas editoriales que monopolizan el sector. Así, frente a la retórica oficial del neo-

profesionalismo de los docentes, aparece la cruda realidad del «vaciamiento del oficio docente», al redefinir al profesor como «manager de niños o de jóvenes», «profesional de todo y de nada» y «administrador» material y ejecutor aislado de los planes, procedimientos y mecanismos de evaluación de otros. Aparte de que la proletarización del profesorado se completa eficazmente también con la feminización masiva de estos niveles elementales y obligatorios, combinada por cierto con la reproducción de la dominación patriarcal tradicional. Hay una dominación de género muy clara sobre las profesoras, que, además de cargar con la mayor parte de las tareas del hogar, se ven sistemáticamente relegadas en cada centro (en las tareas de dirección, por ejemplo) y en la nueva jerarquía político-burocrático-escolar.

Como es lógico, este control técnico y administrativo de los profesores (y, por tanto, indirectamente también de los alumnos) y de las relaciones sociales de la cultura escolar presupone también unos soportes técnicos diferentes de los de la cultura escolar tradicional. De hecho, esos soportes técnicos van desde la «moda de la informática» (introducción creciente del ordenador en el aula, «currículum informatizado», progreso del «texto informático» a costa del «texto tradicional», etc.) a la generalización del «aula tecnológica» y la tendencia a la reestructuración «técnica» de los materiales de enseñanza por la cúpula burocrática de la administración escolar y las grandes editoriales. Teniendo en cuenta que el texto ha servido siempre como un mecanismo básico para el control de la cultura escolar, la evolución de la economía política de la educación está en este sentido bien a la vista. Las nuevas condiciones estructurales del mercado del libro de texto suponen, en efecto y

entre otras cosas, una concentración mucho mayor del poder, así como la burocratización de la edición, la estandarización de las editoriales y del fondo editorial, y una producción orquestada y creciente de «textos dirigidos», especialmente en la enseñanza elemental, pero también en la universidad. Con ello, se reduce aún más el poder del maestro, mientras aumentan, en cambio, los desequilibrios previamente existentes entre las diversas escuelas, las diferencias entre los profesores y las desigualdades tradicionales —de clase, género, raza o etnia— entre los alumnos. Y, con el agravante añadido de que «la nueva tecnología lleva consigo una *forma de pensar* que orienta a una persona a enfocar el mundo de una manera particular. Los ordenadores implican maneras de pensar primordialmente *técnicas*. Cuanto más transforma la nueva tecnología el aula en su propia imagen, tanto más una nueva lógica sustituye a la comprensión crítica, sea política, sea ética» (Apple, 1989: 168).

Puesto que las palabras y los símbolos en general —además de las cosas: los objetos y procesos transformados por el hombre— se interponen siempre en las relaciones sociales entre los hombres, la nueva pedagogía hegemónica tiene también una dimensión lingüístico-simbólica no menos notoria.

Hay así, por de pronto, tanto un discurso economicista y psicológico abstracto y formalmente centrado en la «enseñanza de las necesidades de la industria», como una orientación gerencial y administrativa del lenguaje escolar de «la ciencia y la eficacia». Se exageran la autonomía, la problemática y la influencia relativa de la cultura escolar, multiplicando las consignas sobre su eficacia económica: desde la «educación para el desarrollo» o la «potenciación del capital humano», hasta

la «superación del desajuste entre educación/empleo y educación/progreso técnico». Se abusa del lenguaje y la concepción sesgadamente psicologistas, olvidando que el individuo humano se forma siempre en un medio social. Y se habla sistemáticamente, por tanto, de una infancia y una juventud abstracta, que no existe en ninguna parte, ignorando por tanto la diversidad objetiva —de clase, género, raza o etnia— de la infancia y la juventud realmente existentes.

No sólo esto. Porque los conocimientos curriculares importantes (el «diseño curricular básico», como se dice hoy día) se definen fundamentalmente en función de los intereses y de la mejora del status laboral y social relativo de los técnicos de la administración educativa y los expertos del currículum. El lenguaje de la competencia, el rendimiento y la eficacia va sustituyendo progresivamente a los sistemas de lenguaje más amplios centrados en el conocimiento, la comprensión y del desarrollo personal. Y todo ello, unido a la estandarización creciente del conocimiento escolar, con vistas a una mejor gestión y control del mismo, así como a la primacía general de las consideraciones prácticas, devalúa, en definitiva, el trabajo crítico e intelectual de profesores y estudiantes, integrando a los primeros en el aparato legitimador de las clases dominantes: así, «este tipo de discurso no sólo supone una violencia simbólica contra los estudiantes por el hecho de devaluar el capital cultural que éstos poseen como base significativa para el conocimiento y la investigación escolares, sino que tiende a instalar a los profesores en modelos pedagógicos que legitiman su papel como funcionarios (Giroux, 1990: 140).

Además, la racionalidad tecnocrática y estas ideologías instrumentales se extienden también a la formación de los

futuros profesores, el reciclaje «profesional» de los maestros y su trabajo en el aula, bajo el dominio pedagógico del «formalismo de la didáctica». De forma que, «en lugar de aprender a reflexionar sobre los principios que estructuran la vida y la práctica del aula, a los futuros profesores se les enseñan metodologías que parecen negar la necesidad misma del pensamiento crítico» (Giroux, 1990: 173-174). Y, por otra parte, se trata de imponer a todos los profesores el predominio del «cómo» sobre el «qué» y el «por qué», así como un diseño automatizado, superficial y reduccionista de los contenidos curriculares básicos, que ignora por completo muchos aspectos fundamentales del medio humano y sus opciones políticas y morales actuales más altas.

«Seguramente, *lo que se enseña* es al menos tan importante como el procedimiento pedagógico» (Apple: 114). «Pero la idea de reducir lo que se aprende a una serie de destrezas no es algo banal (...). La característica de un buen alumno es la posesión y acumulación de grandes cantidades de destrezas para servir a intereses técnicos. Como mecanismo ideológico para mantener la hegemonía es muy interesante (...). Este es el mensaje de la nueva pequeña burguesía desarrollado en el terreno ideológico de la escuela» (Apple, 1987: 165-166). Por tanto, «los problemas que rodean el proceso de descualificación no se limitan a los maestros, sino que incluyen las maneras en que se enseña a los estudiantes a pensar en su educación, sus futuros roles en la sociedad y el lugar de la tecnología en esta última (...). El discurso del aula se centrará más en la técnica y menos en el contenido. Una vez más, el “cómo” reemplazará al “por qué”» (Apple, 1989: 168).

Por último, el diagnóstico de la nueva pedagogía hegemónica y de su contexto cultural general se completa, na-

turalmente, con el esbozo de las líneas maestras de un proyecto pedagógico contrahegemónico alternativo que permita a los profesores y alumnos asumir el papel reflexivo y crítico de los intelectuales transformadores, de acuerdo con la «conclusión a la que llegó Gramsci: crear un grupo de “intelectuales” que forme parte de las “clases subordinadas”» (Apple, 1987: 186). Se trata, en general y ante todo, de redefinir «las escuelas como esferas públicas donde la dinámica de compromiso popular y política democrática puede cultivarse como parte de la lucha por un Estado democrático radical» (Giroux, 1990: 225); de la repolitización antielitista del compromiso profesional del profesorado; y de la necesidad de «desarrollar teorías con vistas a la práctica a partir de la experiencia concreta de escuchar a los oprimidos y aprender de ellos» (Giroux, 1990: 168), pensando y actuando siempre como un compañero y nunca como un superior.

Consiguientemente, la primera condición de la «educación escolar como práctica de la libertad» es la «acción dialógica», en un doble sentido, negativo y positivo. Esto es: rechazo del paternalismo elitista y populista, la burocratización, la creación sistemática de *slogans*, la propaganda y todas las versiones de la «acción antidialógica» en general, por un lado; y fomento decidido del diálogo solidario, crítico, realista, integrador y liberador con las diferentes culturas del silencio, con un conocimiento previo riguroso de las necesidades reales de los grupos sociales subalternos, de la cultural real (de clase, género, etc.) de profesores, estudiantes y padres, y de los condicionamientos particulares de cada contexto político concreto, por otro.

«En tanto la acción cultural para la libertad se caracteriza por el diálogo, y

su objetivo principal es concienciar al pueblo, la acción cultural para la dominación se opone al diálogo y sirve para domesticar a la gente. La primera intenta problematizar; la segunda crea *slogans*» (Freire, 1990: 104). «La educación de carácter liberador es un proceso mediante el cual el educador invitará a los educando a reconocer y descubrir críticamente la realidad. La domesticación trata de impartir una falsa conciencia a los educandos, que redunde en una fácil adaptación a su realidad, mientras que (...) la educación para la libertad es un acto de conocimiento y un proceso de acción transformadora que debería ejercerse sobre la realidad» (Freire, 1990: 116). Pero esto último supone un «replanteamiento (...) que cancela la práctica reaccionaria, dentro de las burocracias educativas, de definir a los profesores como técnicos y empleados pedagógicos, que como tales son incapaces de tomar decisiones políticas y curriculares» (Giroux, 1990: 219). Por eso mismo hay que comenzar por el reconocimiento y el aprovechamiento eficaz de la experiencia profesional del maestro, con vistas a la recuperación del control sobre su propio trabajo y de su autonomía laboral y política, en particular.

Supuesto esto, la acción política y dialógica del profesor como intelectual crítico y transformador se desarrolla dentro y fuera de la escuela. Por una parte tiene que integrarse directa o indirectamente en la alianza político-cultural constituida por los grupos sociales contrahegemónicos: sindicatos obreros, colectivos feministas, grupos de educación popular, ecologistas y movimientos sociales de solidaridad ciudadana y de defensa de la libertad individual, la justicia social y de los derechos humanos en general. Pero, al mismo tiempo, debe centrarse en la construcción del propio

espacio institucional para ejercitar ese mismo compromiso activo mediante la definición y la realización de proyectos educativos realmente transformadores, comenzando por la explotación y la potenciación de las relaciones democráticas entre los diversos agentes escolares y entre cada centro y su entorno social más inmediato. Así, el maestro transformador colabora con los alumnos y con los padres para constituir «círculos de cultura» conjuntos donde abordar los principales problemas escolares en estrecha relación con el contenido local e incluso nacional de la cultura. Estudia las relaciones asimétricas del poder escolar y las prácticas pedagógicas más frecuentes, mientras deja de ver a los alumnos como simple clientela profesional, y se interesa por sus experiencias en el hogar y en la calle, por sus preocupaciones y sus expectativas personales con respecto al empleo (o al paro), y por todos los aspectos relevantes de su «cultura viva», con el fin de influir realmente sobre el medio concreto en el que tienen que construir su vida, y de contribuir de ese modo a su potenciación como individuos autónomos, sujetos políticos y líderes democrático-radicales. E impulsa también, por el mismo tipo de razones, todas las formas posibles del trabajo en grupo, la comunicación y la colegialidad, en la escuela y en su periferia cultural, oponiéndose a la atomización individualista, a la lógica profesional de la competitividad y la emulación puramente egoísta, y a la obsesión por el status académico y social, características de la cultura capitalista.

Naturalmente, la educación para la libertad requiere también un nuevo tipo de discurso pedagógico y modelos curriculares alternativos, creando «condiciones que faciliten el desarrollo de métodos y contenidos pedagógicos que contribuyan a que los estudiantes se con-

viertan en sujetos activos en el aula y dejen de ser simples objetos receptivos» (Giroux, 1990: 96). Una educación crítica y problematizadora necesita de otros contenidos, otros métodos y de la construcción de un currículum propio, con unidad, claridad, realismo y sentido histórico, partiendo de los condicionamientos culturales y de la experiencia cotidiana de la gente con la que se trabaja, manteniendo los elementos democráticos que ya existen, y sustituyendo la «tradición selectiva» del diseño oficial del currículum por la «memoria liberadora» para recuperar «lo que no se enseña» y que, sin embargo, es relevante: la «historia de los otros» (las clases populares, las mujeres, los pueblos oprimidos, las culturas marginales, etc.); el saber del mundo real en el que vivimos (explotación económica y movimientos de clase, dominación política, colonización cultural y movimientos de liberación, ecología, feminismo y dominación patriarcal, racismo y xenofobia, etc.); los grandes «temas generadores» (naturaleza genérica de la vida animal, naturaleza del hombre y de la cultura, unidad del hombre y de la naturaleza, grandes etapas de la historia, «universo temático» de una unidad epocal, etc.), con sus correspondientes ideas directrices (determinismo físico, niveles de integración de la realidad, evolución animal y selección natural, individuo y medio humano, los ciencia entendida como resumen de la experiencia histórica humana, etc.); «temas bisagra», como el concepto antropológico de cultura, introducidos por el profesor para facilitar la conexión entre dos o más temas, destacar algún aspecto fundamental de lo que se está estudiando o precisar el conocimiento general que se está alcanzando en un determinado momento; y, en general, resustancialización de los contenidos curriculares a partir de la tra-

dición principal del pensamiento y de la cultura.

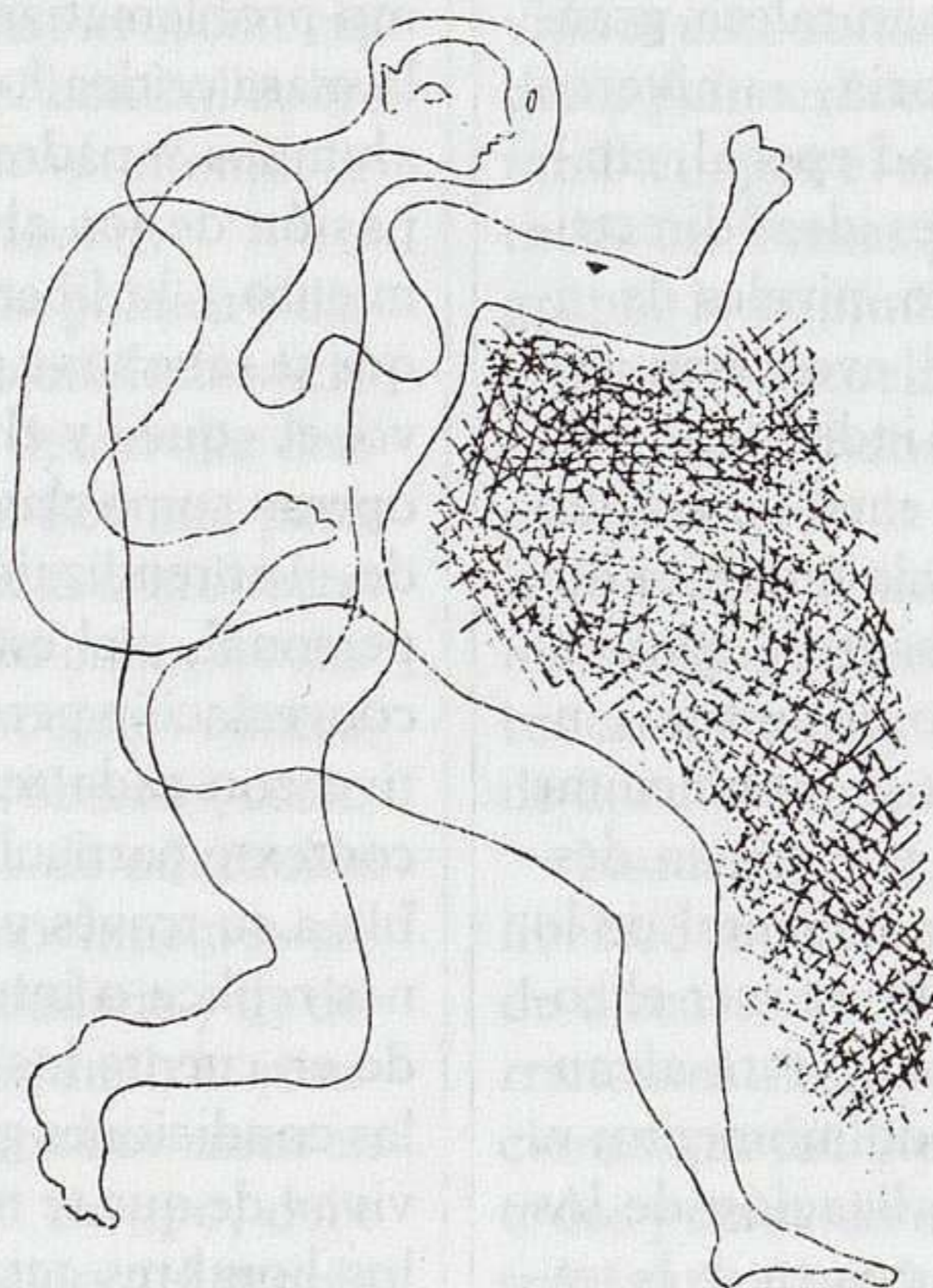
Todo esto supone también un método de enseñanza (y de investigación), unos materiales y unas técnicas adecuadas. Y Freire, en particular, ha explicado con cierto detalle en uno de sus libros más conocidos (*Pedagogía del oprimido*) las características generales de una metodología «concienciadora» para abordar los «temas generadores»: descodificación de las situaciones existenciales de los alumnos y del lenguaje académico; diálogo y participación de todos, con una perspectiva explicativa problemática y dialéctica (interdisciplinar, integradora e histórica); percepción del núcleo de la cuestión, del conjunto de las contradicciones, de los diferentes niveles interpretativos (mítico, filosófico, científico, etc.) y de las soluciones alternativas reales y posibles: lecturas, análisis de editoriales y dramatizaciones didácticas; y potenciación general del pensamiento crítico, en definitiva.

En cualquier caso, frente a este tipo de contenidos y de métodos, no parece que haya mejores estímulos del realismo problematizador, del desarrollo de la masa crítica formada por profesores, alumnos y padres, y del impulso de la pasión de los alumnos por el conocimiento y la libertad. De esta forma lo que se sabe sirve para apropiarse lo nuevo, el «qué» y el «por qué» se aprende operan como clave del «como» se aprende, el aprendizaje espolea la motivación personal, y el estudio aparece como la conversación personal de cada sujeto activo con cada texto concreto y con su contexto particular: con el autor que habla a su través y con las gentes a quienes replica o intenta persuadir, teniendo en cuenta los problemas objetivos y las condiciones generales de la «cultura viva» de que se trate; pero también con los hombres actuales y desde los pro-

blemas de nuestro tiempo. Sobre todo, si todo eso se completa con la claridad expositiva del lenguaje de la crítica y de la posibilidad, poniéndose al nivel de los alumnos, con la elaboración de materiales curriculares alternativos —preferentemente impresos, públicos y baratos—, con la práctica del trabajo escrito y con el desarrollo de las virtualidades formativas de la cultura impresa en general.

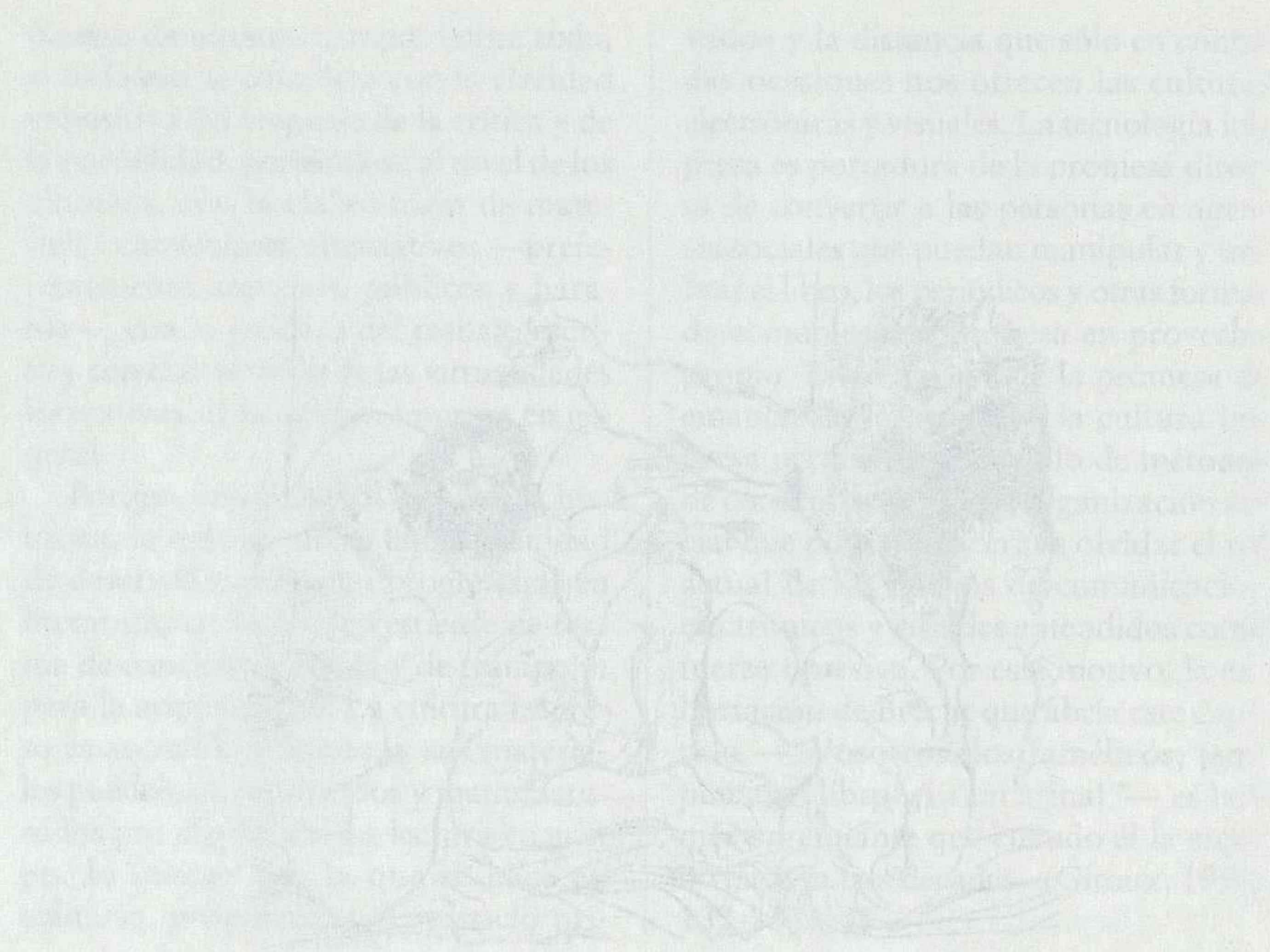
Porque, «en la actual coyuntura histórica, la lectura ofrece la oportunidad de desarrollar enfoques progresistas en literatura, en su doble vertiente de forma de conciencia crítica y de trampolín para la acción social. La cultura impresa es accesible y barata, y sus materiales pueden ser producidos y manufacturados por el público. La lectura en grupo, lo mismo que la que se hace en solitario, proporciona el «espacio pri-

vado» y la distancia que sólo en contadas ocasiones nos ofrecen las culturas electrónicas y visuales. La tecnología impresa es portadora de la promesa directa de convertir a las personas en agentes sociales que puedan manipular y utilizar el libro, los periódicos y otras formas de comunicación impresa en provecho propio. Es portadora de la promesa de emancipación. Además, la cultura impresa permite el desarrollo de métodos de conceptualización y organización social que podrían hacernos olvidar el rol actual de los medios de comunicación electrónicos y visuales entendidos como fuerza opresiva. Por este motivo, la exhortación de Brecht que abría este capítulo —“Vosotros, los famélicos, ¡empuñad el libro! ¡Es un arma!”— es hoy más apremiante que cuando él la escribió hace ya tres décadas» (Giroux, 1990: 132-133). ■





Minotauro brindando con escultor y dos mujeres, 1933
Pablo Picasso



El presente documento es una obra de dominio público.

uto?ías

9

*Ya he sacado mis cuentas
y no le pago
a nadie.*

*Ni al sastre que me hizo estas solapas
como alas de plomo
ni al pobre almacenero
que no me vende azúcar
ni al Banco que me ahorca
ni al librero que gime
ni al destino que claro no recoge
las tiernas oraciones
que envío contra reembolso*

*Ya he sacado mis cuentas
y no le pago
a nadie*

*Cobraré el aguinaldo en billetes de uno a uno
y me iré caminando por Dieciocho
silbando un tango amargo
como otro distraído*

Mario Benedetti
(Inventario 1948-1980)

8



¥